



***LA REINA  
DEL  
CEMENTERIO***

***VITTO DE LEONE***

# **La reina del cementerio**

**Vitto De Leone**

**Libro 1**

## Capítulo 1

El primer giro que dio la vida de Ricchi fue cuando su madre murió hacía dos años atrás para ese entonces el chico contaba con quince años y fue como si le hubiesen cortado la cabeza (Tienes cuerpo pero la cabeza dejó de funcionar porque no está). El segundo giro fue cuando el padre se convirtió en un psicópata, alcohólico a poco tiempo de perder a su esposa. Y el tercero cuando Ricchi se enamoró de la "Reina del cementerio" y tuvo que enfrentar las pruebas extremas del mundo de los muertos.

### *Tiempo actual*

— ¡No me vas a joder con mi novia! — gritó el padre mirando a Ricchi con ojos vidriosos de tanto whisky.

El chico se acurrucó en la esquina de su habitación tratando de no mirar al padre para no provocar otro ataque de rabia. El padre se dio vuelta y tambaleando salió de la habitación. Los pasos poco firmes golpearon por la escalera, alejándose.

Ricchi miró a su alrededor, su poster de "Metallica" había quedado en mil pedazos en el piso así como el grabador. El chico trató de levantarse de la posición donde lo había acorralado su padre pero no pudo. Las costillas dolían horrores, su remera negra todavía tenía una mancha gris de la suela corrugada del zapato policial del padre.

Hizo otro intento, esta vez se levantó más despacio. Pego la oreja en la puerta, abajo sólo se escuchaban los insultos del padre y la risa ronca de Melly, la madrastra, la cual odiaba como a nadie. Trató de calmarse un poco. Ya era hora de actuar. El plan estaba elaborado hacía tiempo. La valija bajo la cama ya estaba repleta de su ropa.

Lástima que el grabador, no lo puede llevar.

"Justo ahora lo rompió este bastardo" — Pensó con el dolor acumulado de sus años de sufrimiento.

No hay nada más que decir, ya era el colmo. Se miró al espejo y un moretón le pintaba la sien de azul oscuro. Despacio se sentó en la cama, respiró lentamente para no molestar las costillas y miró a la ventana.

"Si este dolor no se calma, no llegaré lejos" — Meditaba.

Él no quería abandonar la ciudad. Nació en ella y toda su vida de diecisiete años la había hecho en ella. En el cementerio de la ciudad estaba la madre donde cada tanto iba para contarle sus cosas en la tumba donde descansaba. Pero ya no le quedaba de otra.

Ricchi se agachó y sacó debajo de la cama la valija. Solo le faltaba guardar un par de cosas. Listo... El chico abrió la ventana, era una linda tarde de otoño. Desde la calle se escuchaban ruidos de los vecinos, una risa divertida, un partido de futbol en la tele...

Una vida completamente normal, lástima que él no tiene una vida así y se tiene que ir.

Los pasos de su padre borrachos subiendo por la escalera le sacaron de sus últimas dudas. Tiró la valija por la ventana y saltó tras ella, aterrizando en el pasto rompiendo de una vez los puentes de

retroceso hacia su pasado. Lo último que escuchó desde su casa eran los gritos del padre. ¡Ese hijo de perra se escapó!... ¡Ya lo voy a agarrar!

A la estación de tren Ricchi llegó en un taxi, por suerte solo eran las nueve de la noche.

¿Y ahora qué? Pensaba con algo de angustia.

En un momento él pensó que escapar del padre no sería fácil. El hombre siendo un oficial de policía tenía maneras de encontrarlo muy fácilmente. Por eso mismo Ricchi nunca lo pudo denunciar por violencia. Así que esto sería un viaje de ida.

Para desviar un poco la persecución Ricchi sacó el pasaje hasta la capital, pero decidió bajarse antes. Eso le daría algo de tiempo. No había la menor duda de que su padre lo buscaría, un oficial de policía, que cuida su reputación pero en realidad es un psicópata, es un tipo peligroso que no cesaría en su empeño por aparentar ser un ciudadano ejemplar. Por eso, no quería imaginar que sería si lo atrapa.

El tren arrancó, dándole un poco más de tranquilidad, por lo menos momentánea. Una angustia le rompía el corazón. El chico sabía que va a extrañar a sus amigos. A Quentin y a Chilly. A él le faltaba solo un año para abandonar la casa del padre legalmente como mayor de edad. Pero ahora la situación cambió. Por escapar de la casa, su padre podía meterlo en algún internado para adolescentes rebeldes. Aunque probablemente su padre, "el noble oficial Riggs", no iba a querer manchar su reputación con un hijo rebelde. Por más que tuviera el sistema nervioso bien quemado. "Sea lo que sea, ahora hay que disfrutar la libertad." — Pensó el chico para darse ánimos.

En el camino, Ricchi trató de aguantar el sueño para no llegar a la estación final. Así pues, aguantando el hambre y mirando por la ventana disfrutó el viaje. Dos horas después el tren llegó a la estación "Beltrama". Parecía una ciudad chica o un pueblo.

"Hay que bajarse acá" — decidió Ricchi, — "Es menos probable que me encuentren".

Agarró la valija y saltó del tren ya en movimiento...

Si Ricchi sólo supiera que le va a pasar en esta ciudad en los próximos días, seguramente seguiría el viaje y nunca se bajaría en este lugar donde se revelará uno de los grandes misterios del mundo de los muertos...

## Capítulo 2

Ya eran las 23.30. Ricchi despidió el tren con una mirada triste y después miró a su alrededor. Era una estación relativamente pequeña apenas con dos andenes, sala de espera, una parada de taxi y colectivos, una cafetería abierta las 24 horas.

"Hay que buscar hotel. ¿Por dónde empiezo?" — se preguntó algo preocupado.

No existía acá el mostrador de información turística y el único locutorio estaba cerrado a esa hora...

"Parece que voy a dormir en la sala de espera. Y bueno, no es tan grave." — Se dijo para darse ánimos.

Cuando te sientes libre el mundo es tuyo, así pensaba. Compró un sándwich en el quiosco y se sentó en el banco dispuesto a satisfacer su hambre. Al lado de él pasó un policía y se quedó quieto por miedo. El policía se detuvo y miró al chico. Era un hombre de pelo canoso y la cara muy

larga.

— Hola muchacho. — Le dijo el Policía.

¿Disculpe señor? — Dijo el chico para quitar cualquier sospecha — ¿hay algún colectivo a ésta hora que me deje en el centro? ¿O cómo podría llamar para reservar un hotel?

El policía lo miró de pies a cabeza y luego respondió.

— No hay colectivos a esta hora. El primero sale a las cinco y media.

¿Y acá en la estación no hay un hotel? Preguntó Ricchi ya algo nervioso.

El policía se rio al tiempo que le respondía.

— No hay chico. ¿Primera vez en Beltrama?

— Sí. Vine a visitar unos parientes...

— Aguanta hasta la mañana y tomate colectivo número doce.

Gracias.

El policía siguió su camino. A unos metros se detuvo y miró al chico, y le advirtió.

— No duermas.

— ¿Porque? — quiso saber algo más preocupado ya por la advertencia.

— Te pueden robar.

Gracias. — Fue lo único que pudo decir...

El policía asintió con la cabeza y se fue.

Cerca de la una de la mañana los ojos del chico ya parecían dos bolsas de cemento que ardían fuego. Una voz ronca, salida del parlante de arriba anunciando la llegada de algún tren. El cansancio lo tapó al chico como una niebla.

"Así me voy a quedar dormido. Voy a la lavar la cara a ver si me despierto un poco." Pensó cansado y abatido de la noche que transcurría en aquel lugar desconocido.

Arrastrando la valija Ricchi se fue al baño. Realmente estaba muy dormido por eso no vio a dos jóvenes que lo estaban vigilando hacía rato y que entraron tras él en el baño. El agua fresca le alivio un poco el sueño.

Los dos adolescentes con gorras de béisbol y zapatillas sucias entraron al baño y sin disimular lo miraron a través del espejo. Por dentro Ricchi sintió escalofrío.

— "No pasa nada. A los más grandotes que estos rompíamos los cuernos."

— ¿Eh, flaco? — dijo uno de ellos.

— ¿Qué quieres? — Ricchi se dio vuelta.

— ¿No tienes para prestarme unos "mangos"?

No tengo.

Ricchi levantó la valija y quiso pasar entre los chicos.

— Espera un poco — uno de ellos lo agarró del brazo.

¡Te dije que no tengo! — dijo Ricchi levantando la voz y lo empujó.

El chico tambaleo un segundo y de repente sacó la mano del bolsillo y la metió como una ráfaga en el pecho de Ricchi. Un golpe terrible lo dobló por la mitad, otro golpe llegó a la nariz. En la cabeza del chico empezaron a saltar caballos desbocados, los oídos se hicieron dos parlantes rotos. Ricchi se golpeó contra la pared y se deslizó al piso.

"Usaron una "plomera" — pensó Ricchi.

Con la cabeza llena de campanas, como desde el fondo del mar, sintió que le estaban sacando la campera y revolvían sus bolsillos. Lo último que escuchó eran pasos rápidos alejándose y los golpes de ruedas de valija por el piso.

Unos minutos después el chico se sentó apoyándose en la pared.

"¡Mierda! ¡Si los encuentro, los mato!"

Se quedó sentado un rato con los ojos cerrados. Tenía ganas de dormir así sentado hasta que se calmara el dolor pero no podía quedarse mucho tiempo allí. Empezó a levantarse. De repente el piso también se levantó y lo golpeó en la cara con su palma sucia y dura.

### Capítulo 3

Así lo encontró el policía canoso, El "caralarga"...

En la comisaria a Ricchi le tomaron la denuncia, le pusieron una venda en la cabeza al tiempo que le daban un calmante. Más de eso no podía esperar, mucho habían hecho en un lugar poco hospitalario. También le ofrecieron hacer una llamada a sus padres a lo cual el chico agradeció pero dijo que a la mañana temprano él iría a ver a sus parientes que vivían en la ciudad, alegando que tenía la dirección pero no el teléfono. De esa forma se aseguró que no siguieran insistiendo con lo de la llamada. Dijo que iba a estar bien para no dar más explicaciones de las necesarias.

Los policías le ofrecieron llevarlo al hospital, pero el chico también se excusó de la mejor manera al tiempo que pedía un poco de agua para tomar y volvía a la sala de espera de la estación de tren. No tenía esperanzas de encontrar a los ladrones y además tenía que irse de la ciudad lo más pronto posible. Mañana seguro su padre iba a arrancar con la búsqueda y era cuestión de minutos para que en la comisaria apareciera su foto entre los buscados.

"¿Pero cómo se puede viajar sin dinero?"

Todo esto pensaba Ricchi con ojos cerrados, sentado en el banco. Ahora sí podría dormir tranquilo, ya no tenía nada que le pudieran robar. Se cruzó de brazos al tiempo que sentía temblar sus músculos, sin campera tenía frío. Agradeció que sus documentos de identidad estaban en el bolsillo y no en la billetera, aún tenía algo valioso: ¡Su identidad!

"¡Malditos ladrones!" pensaba al tiempo que sentía su cabeza tan pesada, parecía estar llena de piedras.

Allí sentado, con frío y solo, trató de elaborar algún plan. Tenía dos opciones o meterse en el tren sin boleto o robar algo de plata. Esta última opción no le agradaba mucho y además parecía gracioso. Recién lo robaron a él y ahora él mismo piensa en robar.

Se quedó por un rato con ojos cerrados...De repente escuchó la voz de mujer.

— Hola.

Ricchi abrió los ojos y miró a su alrededor. A su lado estaba sentada una chica. Tenía unos dieciséis o diecisiete años, unos ojos hermosos, pelo bien cuidado, estaba maquillada muy linda y tenía un vestido blanco. Parecía que estaba de fiesta.

—Hola — dijo él, algo sorprendido.

— ¿Se te pasó dolor de cabeza?

— ¿Que?

—Tu cabeza. — Señaló la chica con un ademán.

—Ah, estoy mejor, gracias. — respondió algo intrigado.

—La chica sonrió.

—Tienes que comer algo...

Ricchi otra vez miró a su alrededor, el lugar estaba solitario y sombrío ¿De dónde había salido? ¿Qué quiere de él? No había nadie en aquel sitio a esa hora y las pocas personas en la estación estaban en sus cosas, dormitando o conversando entre ellas a una buena distancia.

“¿Estaré soñando?” — pensó Ricchi y frotó sus ojos.

Observó otra vez a la chica. Ella no tenía valija ni bolso ni siquiera una cartera.

—Tienes que comer algo — repitió la chica.

— ¿Disculpa, te conozco?

—Me llamo Ela. Ahora me conoces.

Ricchi suspiró.

—Me llamo Ricchi.

La chica se levantó.

—La cafetería está abierta toda la noche. ¿Me acompañas?

—Eh, si... claro — contestó Ricchi sin saber por qué al tiempo que se levantaba sin entender que estaba pasando y esperando descubrirlo pronto.

Al llegar a la cafetería Ricchi revisó su bolsillo y encontró unos billetes que casualmente se quedaron fuera de la billetera. No alcanzaba para un boleto de tren, pero si para dos cafés.

La cafetería se llamaba “El viejo tren” y era bastante cómoda. La chica se adelantó y se sentó a lado de la ventana.

"Debo tener la cara toda hinchada. ¿Qué quiere esta chica de mí?" — pensó Ricchi.

— ¿Qué quieres comer o tomar? — le preguntó.

—Nada — la chica sonrió — Solo me quedo un rato contigo.

Ricchi se sentó frente a ella y la miró fijamente.

—Te quiero hacer una pregunta. — le preguntó de manera directa — ¿De qué se trata todo esto?

—La mirada de Ela se puso triste, se dio vuelta y miró por la ventana. Ricchi también se fijó si había algo en la calle pero era solo la noche con pocas luces y una calle sombría y solitaria.

—Perdóname — de repente dijo Ela en voz baja.

Ricchi bajó la mirada y se puso acomodar servilletas. Luego de un minuto se levantó.

—Discúlpame — le dijo a ella — Traigo café y hablamos.

Ella asintió con la cabeza sin mirarlo.

Desde la barra haciendo el pedido Ricchi observó a la chica una vez más. Era muy hermosa.

En cualquier otra situación normal es probable que ella ni se fija en él pero ahora era algo raro ese interés.

"¿No estará mal de la cabeza esta chica?" — pensó él. — "O capas que tuvo una tragedia muy grande".

Ricchi se sacó la venda que cubría parte de su cabeza, la metió en el bolsillo del pantalón y acomodó su cabello. El dinero le había alcanzado justo para dos café y una barra de chocolate. El chico acomodó las tasas en la mesa y estiró la mano con el chocolatín.

—Esto es para ti.

—Gracias, — la chica sonrió, pero ni miró al chocolate. Solo le miró a los ojos como tratando de ver algo adentro del pibe.

Este se quedó con la barrita en la mano.

—Déjala en la mesa. — le dijo ella.

Ricchi se sentó.

—Perdóname, ¿sabes? — dijo a la chica.

—No pasa nada — Ela sonrió, estiró la mano para agarrar la tasa de café. Pero de repente se

mostró asustada y escondió las manos bajo la mesa.

Ricchi la miró sorprendido.

— ¿Te pasa algo?

Ela suspiró.

—Después te cuento. Ahora cuéntame algo de ti.

Conversaron durante media hora la cual paso volando. Ricchi quiso contarle a la chica muchas cosas, pero solo le contó un par de mentiras y un par de verdades que quería compartir de corazón. Ela parecía no sorprenderse con nada. Seguía un poco distraída. De ella conto muy poco. Que había nacido en esta ciudad, vivía con sus padres, el año pasado terminó secundaria y este año pensaba entrar a la universidad pero ya no lo podía hacer. Cuando Ricchi preguntó porque, Ela solo bajó la mirada y se puso triste con los ojos brillantes por las lágrimas que contenía.

Él no quiso seguir preguntando.

"¿Estará enferma?" — pensó.

Ricchi ya sentía algo por ella como si la conocía de toda la vida. Había algo en Ela que le provocaba ternura y confianza.

El café lo levantó un poco y le quitó el sueño. Ricchi quería compartir más tiempo con Ela. Ella ya le gustaba mucho aunque la conociera tan poco y le intrigaran muchas cosas sobre ella. Sentía que ya no estaba arrepentido de llegar a ésta ciudad. De repente miró a la mesa.

— ¡No tomaste café!

Pero Ela sonrió tristemente y solo movió la cabeza.

— Café no...

— ¿Me permitís?

Ela asintió y Ricchi voló el café de un trago. Bueno, el café se terminó. ¿Que sigue ahora? se preguntaba. El chico ya no tenía sueño pero tampoco tenía dinero. Verdaderamente, no tenía un futuro claro. Y así, no podía ofrecer a Ela nada. Suspiró... la situación era complicada porque le gustaba la chica.

Ela pareció leer sus pensamientos. Lo miró a él, después miró alrededor y suspiró también.

—Vamos — dijo Ela — tenemos que irnos.

Ricchi se dejó llevar y juntos salieron de la cafetería. Ela se mantenía a distancia, sin acercarse.

— ¿Adónde podemos ir ahora? — preguntó él.

A tomar un taxi.

—Está bien... — aceptó él.

Parece que el romance sigue... pensaba.

“¿Que tendrá esta chica en la mente?”

En la parada había un taxi esperando. Ricchi se quedó pensando que no tenía para pagar el viaje pero a Ela parecía que no le importaba el asunto.

—Subí — dijo Ela.

Ricchi se acomodó en el asiento. Ela se quedó afuera sosteniendo la puerta.

—Por favor, — dijo al taxista, — a la calle Lincoln, 366, ¿sabe dónde es?

El taxista asintió con la cabeza mientras Ricchi la miró esperando que subiera, pero ella no mostraba intención de ir con él.

—Escúchame — dijo Ela a Ricchi un poco nerviosa — ahora te vas a mi casa. Allí puedes quedarte hasta que estés mejor. Allí también te pagaran el taxi.

Ricchi no entendía nada. Era una situación algo rara pero el chico decidió confiar.

Él estiró la mano para tocar el brazo de ella, — ¿Te veo allá?



Ella sacó su brazo para que él no la tocara mientras lo miraba con mucha tristeza.

—Tienes que irte.

El auto arrancó y Ricchi se quedó mirando atrás hasta que el vestido blanco desapareció en la noche...

## Capítulo 4

El taxi estaba corriendo por las calles nocturnas.

Ricchi observaba ésta nueva ciudad donde tuvo una aventura increíble. Y que el destino lo juntó con una chica tan maravillosa como Ela.

Él se sentía cómodo y tranquilo. Parecía que todos los problemas se quedaron atrás. Por un momento pensó que había algo raro en ella. No se dejó tocar y no le importó mucho tener un vestido arruinado con la mancha.

Todo esto se le cruzó por la mente.

Y ahora él va en un taxi, a su casa. Una leve sospecha le pinchó el cerebro. Ricchi empezó mirar con más atención a las calles. ¿Cómo será el barrio adónde van?

En otro momento el trataría liberarse del taxi, pero ahora no le quedó dinero, y el taxímetro ya marcaba un buen valor. Ricchi no quería tener problemas con el taxista, y además ¿adónde ir ahora? eran las 3 de la madrugada.

"Bueno, llegaremos al lugar y vemos. Yo siempre pude defenderme, bueno excepto hoy en la estación...bueno...excepto de mi padre".

Entraron a un barrio lujoso. El taxi ya se movía más lento, el chofer estaba buscando la dirección. Por fin se detuvo en frente de una casa grande.

Tenía un predio muy vistoso. Pero era la única de la cuadra con luces prendidas en todas las ventanas. ¿Que estará haciendo esta gente despierta a esta hora? Después se acordó que Ela estaba vestida de fiesta. ¿Que estarán festejando? Pero no se escuchaba la música.

En un momento Ricchi pensó que es probable que Ela estuvo en la fiesta y discutió con su novio. Por eso estaba tan triste. Ahora él miró a la casa con otros ojos. No tenía ganas meterse a las discusiones ajenas. Pero tomó la posta y salió del auto.

—Espéreme por favor, enseguida vuelvo — dijo Ricchi al taxista — voy a pedir que me pagan el viaje.

El taxista asintió con la cabeza.

Ricchi se dirigió a la entrada. Pisó algo raro en la vereda y sintió una cosa blanda bajo sus zapatos.

Eran flores, desparramados por toda la vereda. Claveles haciendo camino a lo largo de la calle.

Un presentimiento raro le dio vuelta el estómago.

La puerta de la casa estaba abierta de par en par. Adentro se veía todo iluminado. Y lo más raro – ningún sonido.

Ricchi se acercó y golpeó el marco. Nadie respondió, aunque ahora desde adentro se escuchaban las voces de la gente hablando en voz baja.

Despacio el chico entró a la casa.

De repente vio todo el panorama.

En un comedor amplio había una mesa larga, servida para la cena. Los platos con restos de la comida, ensaladeras vacías, botellas llenos por la mitad. Unas veinte personas, hombres, mujeres, niños y adolescentes.

Ricchi observó a todos con una mirada rápida. Le llamó atención una mujer como de 50 años, sentada en la punta de la mesa.

Estaba vestida de negro, con ojos hinchados del llanto. Al lado de ella había un hombre de la misma edad, muy robusto, vestido de traje negro. Tenía una barba negra.

De repente todos cortaron la conversación y miraron a Ricchi.

— Hola, — dijo Ricchi, completamente desorientado y muy incómodo.

Todos lo miraron con atención. El hombre de barba se levantó de la mesa y lentamente se acercó al chico.

— ¿Cómo estás? siéntate.

— Ah, gracias. Allí afuera está el taxi, no lo pude pagar.

— Está bien — dijo el hombre — ahora yo lo pago.

Le hizo al chico un gesto invitándolo a la mesa y se dirigió a la puerta.

Ricchi caminó hacia la mesa.

— Gracias, sabe. Me llamo Richard. Ela me dijo que puedo quedarme unos días — dijo Ricchi acomodándose en la mesa — ella no quiso venir ahora conmigo.

Todos se quedaron quietos y miraron a él con ojos abiertos al máximo.

El hombre de barba se detuvo en la puerta al medio salir.

El silencio rompió la bocina del taxi. Parece que chofer ya perdía paciencia.

Primero reaccionó el hombre de barba.

— ¿Que dijiste?

— Yo digo, — la voz de Ricchi empezó a temblar, — que Ela me mando acá. Recién se quedó en la estación de tren.

La mujer de negro se largó a llorar. El hombre de barba se acercó rápidamente a Ricchi y con un gesto brusco, lo agarró de la remera.

— ¿Cómo te atreves, venir acá y decir esto? — la cara del hombre se retorció de rabia — ¡yo soy el padre de Ela! ¡Mi hija está muerta! ¡Y la acabamos de sepultar hoy!

De repente Ricchi vio que todo el mundo alrededor se puso negro.

## Capítulo 5

Ricchi trató de liberarse del hombre.

— ¡Pero, déjenme que les explico!

— ¡Fuera de acá! — el padre lo levantó a Ricchi llevó a la puerta y lo tiró.

El chico cayó al piso pero se levantó rápidamente.

— Perdón, capas que me equivoque.

En este momento el vio una foto en la pared, el marco de la foto estaba cruzado con una cinta negra por la esquina. Sin duda era Ela. En la foto ella sonreía tímidamente.

Ricchi levanto la mano y señaló la foto.

— ¡Es ella! ¡Recién la deje en la estación!

— ¡Ándate de acá! — dijo el padre apretando los puños.

La madre se levantó de la mesa.

— ¡Es mi hija! ¿Porque estas burlando de nosotros?

— ¡Nada que ver! — Ricchi se puso pálido — Les digo que conozco a esta chica. Recién estábamos juntos en la estación de tren.

Uno de los que estaban en la mesa, un señor flaco y delgado con pelo largo también se levantó y se acercó a Ricchi, pero de una manera más pacífica.

— A ver, pibe. Parece que tienes cabeza lastimada.

— Ah, eso. Fue un problema que tuve en la estación.

— Ven, — dijo el hombre a todos, — este pibe está mal.

Las miradas de la gente se cambiaron del odio a lastima.

Ricchi se sentó en la mesa. Miró sorprendido a todos.

La tormenta se aflojo un poco.

— No entiendo nada — dijo Ricchi con la voz temblando — esto no puede ser. Yo conozco esta chica. Estaba vestida de blanco.

— Es así como la sepultamos — respondió el padre. Y ahora voy a llamar a la policía. O mejor a la ambulancia.

— ¿Porque no me creen?

— Tranquilízate. Todo va a estar bien.

Otra vez sonó la bocina del taxi.

— ¡Esperen! — Ricchi se levantó — el taxista. Él también la vio. Ella paró el taxi.

— Escúchame hijo — empezó el padre de la chica,

— Ahora lo traigo al taxista — dijo Ricchi y se dirigió a la puerta.

— ¡No lo dejen ir! — saltó el hombre de pelo largo, pero Ricchi ya estaba afuera.

No era fácil convencer a un chofer enojado. Ricchi le dijo que le van a pagar adentro de la casa y también la espera.

Cuando el taxista apareció en la puerta y Ricchi tras él, todos lo miraban como a un fantasma.

— Por favor señor, — dijo Ricchi al taxista, — ¿les puede contar con quien estuve yo, cuando tome el taxi?

Todos pararon de respirar.

— ¿Que tiene que ver con el pago de viaje? — respondió el chofer.

— Porque no me creen. ¿Puede decirlo de una vez?

— Estuviste con una chica.

— ¿Cómo estaba vestida?

— ¿Qué se yo? Tú tienes que saber mejor.

— Por favor, ¿puede responder?

— Me pareció ver un vestido blanco.

Ricchi salto adelante y señaló la foto de Ela en la pared.

— ¿Es ella?

El chofer se acercó. Miró con ojos de miopía.

— Parece que sí.

Padre de la chica se acercó a Ricchi.

— ¿Qué quieres insinuar? Ustedes dos se arreglaron.

— No — dijo Hugo — ¿por qué no me creen?  
— ¡Porque mi hija está muerta! Y ahora llamo a la policía.  
Padre saco el celular del bolsillo y empezó a marcar el número.  
— ¡Esperen! — dijo Ricchi — hay otros testigos. En la cafetería donde estábamos antes de subir al taxi. La mujer del mostrador la tiene que recordar bien.  
— ¿Que más vas a inventar?  
— Les pido por favor. Denme última oportunidad. Me estoy volviendo loco.  
— Está bien — se rindió el padre.  
Cinco minutos después encontraron teléfono de cafetera en internet. La señora de la cafetería confirmo que un pibe estuvo con una chica. La chica no comió nada. Después de mandar la foto de la chica y de Ricchi a celular de la señora se quedaron esperando mensaje.  
El celular del padre anunció llegada del mensaje.  
“Si. Son ellos”  
Era un shock para todos.  
Todos miraron a Ricchi. Algunos con temor, otros con curiosidad.  
La madre de la chica se largó a llorar. El padre sirvió un trago.  
— No entiendo nada, — dijo él con las manos temblando apoyando el vaso en la mesa.  
— Jerome, — dijo el señor de pelo largo, — sería imposible que su hija actúa después de su muerte, pero puede ser otra cosa.  
— ¿Cómo qué?  
— Puede ser que cuerpo de tu hija fue secuestrado.  
La madre estaba cerca del desmayo.  
Un silencio pesado se cayó sobre el ambiente.  
Primero tomó la posta el padre. Era un hombre muy fuerte.  
— Voy a llamar a la policía.  
— ¿Para qué? – preguntó el señor de pelo largo.  
Padre hizo una pausa.  
— Para asegurarme que cuerpo de mi hija está en el cementerio.  
— No lo hagas — suplicó la madre.  
— Lo tengo que hacer – contestó padre de Ela y miró a Ricchi con amenaza. — y además...  
quiero estar seguro que no la sepultamos viva.

## Capítulo 6

A la entrada del cementerio llegaron en una hora. Solo los padres, Ricchi y el hombre de pelo largo llamado Herbert. Por su manejo de la situación él parecía una persona importante en la ciudad.

Los policías ya estaban allí con palas en las manos. Eran dos hombres. Callados y muy serios. Los llamó Herbert para que vinieran.

Ricchi casi se caía del sueño. Él no entendía para que lo trajeron acá. Pero Herbert convenció al padre de Ela, que era necesario. Serviría como testigo.

Los padres se acercaron a los policías y con las manos endurecidas de nervios, firmaron el permiso para exhumación. Recién después, todos entraron al cementerio.

Ricchi vio el camino al sepulcro marcado por los mismos claveles. La luz de luna pintaba el lugar color tinta azul.

La madre de Ela, caminaba colgada del brazo de su marido, y no paraba de llorar. Al llegar, primero revisaron la tumba. Las linternas de policías mostraron que la tierra estaba todavía fresca e intacta.

Uno ellos policías miró a Herbert.

— ¿Empezamos?

Herbert estaba observando la tumba, como tratando de encontrar algo raro en ella. En un momento él miró a Ricchi. Miró fijo. Escaneando su comportamiento. Y parecía que Herbert le creía al chico.

— No pensé que voy a enterrar a mi hija dos veces en un día – dijo padre de Ela con la voz llena del dolor y se acercó para tocar la foto de la hija en la lápida.

Herbert les dio señal a los policías – "empiecen".

Los dos uniformados empezaron levantar la tierra quejándose del esfuerzo físico. Herbert les alumbraba el campo con dos linternas.

Los padres de Ela estaban al lado abrazados.

De a poco apareció el cajón. También estaba intacto.

— ¿Vez? Esta allí. ¿Qué más quieres? — dijo la madre al marido. — ¡yo no puedo verla otra vez! — Se largó a llorar y escondió la cara en el pecho del marido.

El padre tomó aire.

— Vamos hasta el fin – dijo él con la voz ronca de emoción — Abren el cajón.

Los dos policías saltaron a la tumba con cuidado, tratando de no pisar la madera.

Con las puntas de palas empezaron a levantar la tapa.

En un minuto la tapa se corrió.

Las linternas apuntaron a lo que estaba adentro.

Todos se asomaron para ver mejor.

Ela estaba adentro acostada en una posición relajada. No cabía duda que está muerta.

El padre se arrodilló. Miró un rato a la cara de su hija. Se levantó y se dio vuelta a Ricchi. Lo miró fijo y meneó la cabeza.

— Necesitas un tratamiento, chico.

Herbert estaba muy concentrado en su observación de la cara de Ela.

Ricchi también. Sin ninguna duda era la chica que él conoció hace unas horas. La chica con quien él habló. Y que le gustó tanto por su belleza.

— Nos vamos — dijo el padre – terminan sin nosotros.

Herbert le puso la mano en el hombro, consolándolo.

— Lamento mucho, Jerome.

Ricchi no podía creer en lo que veía.

— Me permite la linterna – dijo a Herbert.

Herbert le estiró la mano con linterna y lo miró con curiosidad.

Ricchi pasó el rayo de luz por la cara de la chica.

Sin ninguna duda era Ela.

"¡Me están jugando una broma!"

Ricchi saltó al cajón y agarró a Ela de la mano. Sintió que la chica estaba muy fría.

La sacudió. El cuerpo se movía como una muñeca de trapo. Ela estaba muerta. Ricchi no sabía que pensar. Su mente se daba vueltas alrededor del sistema solar. Lo "despertó" la voz de Herbert.

— Ya basta. Sáquenlo de allí. Este chico necesita ayuda de un psiquiatra.

Uno de los policías se agachó y lo agarró a Ricchi del brazo.

Del susto el chico en un segundo se dio vuelta y se soltó como una víbora.

Sin más decir empezó a correr.

— ¡Deténganlo! – gritó Herbert. Atrás se escuchaban los pasos rápidos de los perseguidores.

Ricchi corría sin ver el camino, esquivando los sepulcros y las criptas, rogando de no atropellarse.

De a poco los perseguidores se atrasaron. Ricchi se detuvo. Respiraba muy profundo. Los pulmones se reventaban. Trató de oír la persecución. Pero no se escuchaba nada.

Caminó despacio sin hacer mucho ruido. Miró alrededor. La imagen del cementerio a la luz de luna aterrizaba. El estómago de Ricchi se hizo tamaño de pelota de ping-pong.

"No temes" — dijo a sí mismo. "Hay que temer a los vivos, no a los muertos". Y allí no más se acordó de Ela. ¿Estaba viva o muerta? Él estaba seguro que la vio, que pasaron tiempo juntos, eso no fue un sueño. Y él no está loco.

"Parece que tengo que dormir acá en el cementerio". Ya con solo pensar en eso casi se cae del susto. Pero más lo aterrizzaba llegar en manos de Herbert. Por lo menos los muertos de acá, no lo van a encerrar en un manicomio.

Ricchi caminó un poco más, buscando lugar. Vio una cripta. Se acercó despacio. Golpeó la puerta.

"¡Que tarado! ¿A que estoy golpeando?"

Abrió la puerta crujiente y se metió adentro. Tratando de no mirar al cajón que estaba en el medio, se sentó en un rincón. Cerró los ojos.

Recordó a Ela. Con vida. Su mirada. Su voz suave. Sus ojos.

"Gracias por todo, Ela. Eras mi ángel. Adiós."

Se quedó dormido con una leve esperanza de encontrar a Ela una vez más.

Probablemente alma de ella. En el cielo.

## Capítulo 7

En el cementerio viven muchos pájaros. Y si, es un lugar tranquilo. Ellos despertaron a Ricchi con sus cantos.

El chico abrió los ojos, estiró los brazos y piernas. Los rayos del sol entraban a la cripta. El cajón del dueño de cripta ya no parecía tan aterrador.

Ricchi salió afuera. La mayoría de los miedos se quedaron en la noche. Empieza un nuevo día. Aunque Ricchi se sentía triste.

Sin casa. Sin familia. Sin la chica que podría ser tu novia.

Su mente le dibujaba a Ela. Así como la vio por primera vez. Hermosa. Especial.

Se le ocurrió pensar que no llegó a preguntarla ¿porque se acercó a él? ¿Qué necesidad tenía?

¡Dios mío! ¡Qué difícil es todo esto! ¿Por qué la gente muere?

Parecía que después de todas las pruebas difíciles y algunas realmente insoportables por fin encontró un respiro. Y otra vez el destino lo golpeo fuerte.

Los ojos picaban de agua salada.

"¡No!" — Pensó Ricchi — "¡los hombres no lloran!"

Hoy él va a seguir el viaje. Va a poder escapar. De a poco va a formar una vida nueva. Va a encontrar una chica, más linda todavía. Basta. La decisión está tomada.

Ricchi caminó a lo largo del cementerio. Antes de retirarse de acá quiso despedirse de Ela.

La tumba de la chica estaba con tierra fresca y húmeda del rocío.

Él se sentó en frente y apoyó la cabeza en las manos. No sabía que pensar. Solo veía adelante la imagen de Ela. Parecía escuchar su voz.

Apoyó la mano en la tierra.

— Que corto fue nuestro romance — dijo a la foto de Ela en la lápida — se terminó sin empezar. Te fuiste. Nunca estaríamos juntos ¿verdad? Estabas destinada a vivir en otro mundo.

El chico se levantó. Se quedó un rato mirando a la foto. Nada más que decir. Es la hora de irse.

Ricchi volvió a la ciudad.

Unas manzanas robadas en el jardín por el camino. Una remera, robada de la sogá. Un poco húmeda, pero no importa, no estamos en el invierno. El estado de ánimo empezó a subir de a poco.

Así pasó el día. El sol ya se iba. Ricchi estaba terminando una larga caminata hasta la estación de tren.

En la estación había mucha gente, así que no le costó nada a perderse y no topar con los policías.

El próximo tren a la Capital salía en diez minutos. Solo hay que meterse.

Ricchi se fue al andén.

Los cinco segundos que guardia del tren miró al otro lado, le alcanzaron a Ricchi para saltar por la ventana adentro del vagón. Había unos diez pasajeros. Los pocos que lo vieron entrar de éste modo miraron por otro lado. Nadie quiso tener problemas con un adolescente rebelde. O capas, un delincuente joven.

Ricchi se sentó en el medio, al lado de la ventana. Si viene un guardia, va a tener que escapar por todo el tren.

Respiró con alivio.

La vida vagabunda tiene sus ventajas. Nadie te pone las reglas.

Ricchi miró a la estación por última vez. Suspiró.

Anunciaron que tren está por arrancar.

Listo. Eso es todo.

De repente escucho al lado de él una voz tan bien conocida.

— ¡No me dejes, por favor, estoy asustada!

Ricchi de golpe se dio vuelta. Sus ojos saltaron a la frente.

Adelante de él estaba Ela.

Del susto Ricchi se levantó y se quedó pegado con la espalda a la ventana. No le salían las palabras.

Ela lo estaba mirando preocupada. Tenía puesto el mismo vestido blanco manchado con café. Pero ya no se veía tan arreglada que la última vez. El maquillaje estaba corrido a manchas negras bajo los ojos. El pelo estaba desalineado.

"Parece que salió de la tumba" — se le cruzó por la cabeza a Ricchi.

— No me dejes, por favor — repitió Ela y se acercó un paso.  
Tren se sacudió y empezó la marcha muy despacio.  
Ricchi tragó la saliva.

## Capítulo 8

— ¿Qué haces acá? — era lo a Ricchi se le ocurrió decir.

— Te estaba buscando. Quiero estar contigo — dijo Ela.

— ¿Pero cómo apareciste acá? Te vi en el...

— Yo sé. Por eso estoy asustada.

Ricchi apretó fuerte la cabeza con las manos.

“Cálmate” — dijo a sí mismo — “esto tiene que tener una explicación.”

Ricchi se sentó. Invito a Ela sentarse al lado.

Ella lo miró con agradecimiento y más relajada.

El chico respiró profundo.

— Cuéntame todo lo que te paso.

Ella junto las palmas apretando los dedos en un gesto muy sincero.

— Recuerdo muy poco. Yo estaba enferma. Estuve en el hospital. En la de Santa Brigitta, sabes el que está en el centro...

— Eso no importa ahora — dijo Ricchi impaciente — continua.

— Sí, claro. Después me encontré en un lugar muy oscuro, sin nada de luz. Me asuste. Trate de salir, empecé moverme pero no podía hacer nada. Creo que me desmayé. De repente me encontré en el cementerio. Al lado de la tumba.

Ela se largó a llorar.

— ¡Era mi sepulcro! ¿Entiendes? ¡Vi mi foto en la lápida!

Lágrimas corrían sin parar. Ela sollozó. Tapó la cara.

Ricchi le tocó la palma tratando de aliviar su dolor. Primero lo que sintió era el frío. Ela estaba muy fría. Demasiado. Tenía temperatura del cuerpo muy por debajo de lo normal de un ser humano y además por debajo de la temperatura del ambiente.

Segundo que le cruzó por la cabeza, es que está tocando a una chica que estaba muerta. Ahora se resucitó, o así pareciera.

"Parece que no es fantasma. ¿Sera zombi?" — pensó. Pero ella tenía color de piel normal, un poco pálida tal vez.

— Está bien — dijo Ricchi — ¿qué paso después?

Ela secó las lágrimas como pudo.

— Era de noche. Yo salí del cementerio tan rápido como pude. Me dan miedo los cementerios. Y en principio no sabía adónde ir.

— ¿Y no pensaste ir a tu casa?

Ela lo miró a Ricchi con una mirada pensativa.

— Tenía miedo. Por un momento pensé que me hicieron una muerte clínica o me metieron en un coma.



— ¿Para qué?  
— Para sacarme de encima.  
— ¿Quién? ¿Tus padres?  
— Hay algunas cosas de mi familia que tú no sabes. Algún día te cuento. Es que si seguiré viva.  
"Viva" — pensó Ricchi — "¿realmente lo es?"  
— ¿Y después que paso?  
— Me fui caminando. Caminé mucho. Llegué a la estación de tren. No sabía qué hacer. Y después te vi a ti.  
Ela evitó mirarlo a los ojos, parecía tener vergüenza.  
— Parecías un buen chico. De confianza. El resto ya sabes.  
— ¡No, no se! ¿Para qué me mandaste a la casa de tus padres?  
Ela otra vez empezó a llorar.  
— Perdóname. Es que me contaste lo que te pasó, estabas herido, sin recursos. Quise ayudarte. Y además...  
— ¿Que?  
— ...Tenía miedo que vas de la ciudad y nunca más te voy a ver.  
— ¿Para qué?  
Ela bajo la mirada. Ricchi entendió todo. Le miró a los cachetes si no se ponen rojos. Pero el color de piel de seguía igual. Pálido.  
El tren seguía su ritmo. Por dos minutos se detuvo en una estación. Y otra vez arranco. Ricchi escucho que se golpeó la puerta del vagón.  
Todo este tiempo sin darse cuenta él estaba atento a la llegada del guardia del tren. Así que cuando la puerta golpeo Ricchi se puso atento.  
"Allí llegaron las guardias".  
Se dio vuelta.  
Pero no eran las guardias. Eran dos policías.

## Capítulo 9

Los dos policías en un segundo escanearon el vagón con las miradas y se detuvieron en los chicos.  
Ricchi allí no más se levantó.  
— Mierda, es por mí — dijo a Ela.  
La chica se dio vuelta y miró a los policías.  
Ricchi caminó a la salida opuesta de donde entraron los policías. Ela corrió atrás de él.  
— ¡Deténganse! — grito uno de los agentes.  
Ricchi salió del vagón y empezó a correr. Ela tras él.  
— ¿Adónde vas? — gritó el chico a ella.  
— Voy contigo — gritó Ela.  
Ricchi no tenía tiempo para discutir este tema ahora. Que lo sigue si quiere.

Así del vagón en vagón, aguantando el tambaleo del tren.

El próximo era vagón—restaurante.

Corriendo, Ricchi se fue al costado por el movimiento del tren y por el camino tiro unos platos y vasos de la mesa. Por la espalda de los chicos volaron gritos de la gente enojada.

Cada dos segundos Ricchi se daba vuelta para ver dónde están los perseguidores. Y donde está Ela. La chica no se despegaba de él. Parecía tener un buen entrenamiento. Pero igual, Ricchi no tenía que dejar que ella corra peligro por él. Ella no tenía nada que ver con los problemas de él con policía.

— No me sigas – otra vez dijo Ricchi sin dejar de correr.

— No. Voy contigo. Así me siento más tranquila.

“No debe tener emociones” – pensó Ricchi.

Pasaron dos vagones más dejando a los policías a distancia.

Ricchi corría adelante, Ela no se despegaba de él.

— ¿Por...que...te...persiguen? — pregunto Ela sin bajar el ritmo.

— Si te alcanzan pregúntales — contestó.

— ¡Eres un bastardo! — grito Ela enojada pero seguía corriendo.

Llegaron al último vagón. Hay que saltar en movimiento.

Ricchi se detuvo, miró atrás. Los policías aparecerán en cualquier momento

— Voy a saltar del tren – dijo el chico tratando de restablecer la respiración. Ela lo miró firme.

— Yo también.

“Esa chica está loca. Puede morir.” De repente se acordó que supuestamente ella ya murió una vez. Qué situación increíble.

—Hace lo que quieres – dijo a ella.

Con un gesto apurado Ricchi abrió la puerta. Tormenta de aire le pego en la cara.

Miró a la persecución. Los dos policías se detuvieron con las miradas asustadas, ojos buen grandes. Era inesperado para ellos. Pero seguían acercándose con cuidado.

"No queda otra, tengo que saltar."

Ahora Ela lo miraba asustada.

"No te vas a arriesgar" – pensó Ricchi de Ela.

— ¡Perdóname por todo, adiós! — le gritó él tratando lo escucha a pesar del ruido del tren y el viento.

Ricchi se tiró al abismo. La corriente de aire lo agarró y revoleó sobre la tierra. La caída parecía eterna.

“¡Bum!” — lo recibió la tierra.

— ¡Ah!

"¡Costillas!" Un dolor fuertísimo le corto la respiración. Parecía que nunca en la vida se iba a reponer.

Por la inserción se dio unas vueltas en el pasto hasta que pudo detenerse. Así no más levantó la cabeza y miró al tren. Desde la puerta abierta se veían las caras de los policías. El tren los llevaba a su propio destino.

“Está bien. Los dos “poli” no van a saltar para atraparme. Capas que lo harían por un asesino”.

Ricchi se sentó.

Primero que vio después del tren, era un pedazo de tela blanca en el pasto. Unos metros más adelante estaba Ela. Sentada como sin nada.

Ricchi se levantó y tambaleando se acercó a la chica.

— Eres más loca que yo.  
Ela sonrió.

## Capítulo 10

Ricchi se sentó adelante de ella, ya no podía estar parado del dolor.

Miró directo a los ojos. Su cara reflejaba que esto no es una broma.

Ela se sintió preocupada.

— Te quiero preguntar algo — empezó Ricchi. — ¿Por qué me persigues?

Ela bajo la mirada.

— No sé. Ya te dije. Me siento muy sola y muy asustada.

— Esto no es la razón. Podrías volverte con tus padres. Ya que pudiste salir del cajón.

— Por favor escúchame...

Pero los ojos de Ricchi escupían chispas de soldadura.

— ¡No quiero escuchar nada! Tú eres un fantasma, una momia, no sé, una zombi. No me persigues. ¡Yo te vi en la tumba con mis propios ojos! No me digas que tuviste un sueño letárgico. No es verdad.

La tapa de la olla se abrió. Vapor salió. Ricchi respiró profundo.

— Y además tengo bastantes problemas propios. Me persigue la policía.

Ela se levantó. Dos caminitos de lágrimas corrían por sus mejillas.

— Adiós Ricchi. Nunca me vas a ver, lo prometo.

Ela se dio vuelta y empezó a caminar. Subió a las vías del tren y se dirigió a la ciudad. De donde ellos recién llegaron.

Ricchi la miró arrepentido.

Ela caminaba despacio, con los hombros caídos. Cada tanto levantaba la mano para secar lágrimas. Parecía una chica absolutamente normal. Herida en sus sentimientos. Sola. Abandonada por todos. Sin saber adónde ir. Sin nadie en este mundo. Pero probablemente con muchos en el otro.

Ricchi se acordó su primer encuentro en la estación de tren. Parecía un sueño. Ahora ya no lo era.

“Que mal que salió todo”.

Una fuerza interna lo llevo levantarse. Acomodar el pelo. Sacudir la remera y pantalón. E ir tras Ela.

Ricchi se acercaba a paso rápido.

— Ela, espérame.

Ella no reaccionó.

Ricchi la alcanzó y tiro del brazo.

— ¿Qué quieres ahora? — los ojos de ella tiraban relámpagos.

— Quiero decirte algo.

— ¿Cómo qué? ¿Ahora no me tienes miedo? ¿Te gusta hablar con zombis?

— Ela, yo no...

— ¿No, qué? ¡En vano confié en ti! Voy a seguir mi camino, anda hacer la tuya.

— Escúchame.

Ela sacó el brazo.

— ¡Ándate!

Desde lejos sonó un tren acercándose rápido.

— Ela, perdóname todo lo que te dije. Trata de entender que yo nunca estuve en una situación así...

— ¡Yo tampoco! ¿Sabes? Y no me gusta estar así. Imagínate que me siento “incomoda”. Nunca en mi vida tuve un vestido sucio y roto. Nunca antes saltaba de un tren, ni te digo de todo lo otro que me pasó.

La chica lo empujó. Ricchi cayó volando por la bajada. Se detuvo abajo.

El tren ya estaba muy cerca.

Ela miró a Ricchi... al tren... y tomo una decisión.

Solo se dio vuelta, apretó los puños y cerró los ojos.

El tren ya estaba a unos cincuenta metros.

Ricchi miró a Ela un segundo.

No sabía que pensar. Su mente se puso en blanco. En la cabeza los cables hicieron corto circuito.

De repente la bocina del tren reventó el aire. Una ola de sonido directo le penetro el pecho y resonó en el corazón.

Eso lo despertó.

Pero Ela estaba demasiado lejos y el tren demasiado cerca.

— ¡Ela no! ¡Por favor!

Ella se dio vuelta. Ahora estaba a espalda del tren. Lo miraba a Ricchi. En su mirada se leía el último “adiós”.

Ricchi se levantó. ¡No llega! Solo se quedó mirando a ella.

El tren ya estaba a unos diez metros. La bocina se reventaba hasta quedarse ronca.

De repente Ela cerró los ojos y agarro la cabeza con las manos como de mucho dolor. Sus piernas se aflojaron en un tambaleo. Su cuerpo se inclinó perdiendo equilibrio. Empezó caerse al costado de las vías. Al último segundo el tren la rozó y empujó como una muñeca de trapo. Ela voló en el aire y se cayó al pasto dando vueltas hasta llegar a la llanura. Allí quedó con brazos abiertos es como se preparaba para volar.

La sirena del tren no se calmaba.

Con últimas fuerzas Ricchi caminó hasta Ela.

Se arrodilló, la levantó y abrazó de los hombros. Sintió el frío de su cuerpo.

Atrás de él se detuvo el tren.

El chico escuchó los gritos, los gemidos de susto. Los pasos de la gente corriendo hacia él.

## Capítulo 11

En cuestión de segundos alrededor de Ricchi aparecieron unos hombres. El reconoció uniforme

de las guardias del tren.

— ¿Qué carajo fue esto? — empezó a gritar un guardia.

Ricchi levantó la cabeza.

El hombre que gritaba era alto y robusto con bigotes de morsa, que saltaban en cada palabra.

Ricchi lo miró sin expresión. Ya no le importaba nada alrededor. El dejó a Ela morir por segunda vez.

— A ver, apártate chico — El guardia de bigotes de morsa lo agarro de los hombros y sacó de Ela.

Ricchi obedeció. Se quedó sentado al lado.

El bigotudo se arrodilló adelante de la chica y abrió su ojo.

Se quedó preocupado.

— ¡Mierda!

La agarró de la muñeca probando pulso. No lo encontró.

Suspiró. Apoyó la oreja al corazón. En menos de cinco segundos levanto la cabeza.

— ¿Cómo esta ella? — pregunto otro guardia.

El bigotudo meneo la cabeza.

— Esta muerta. ¡Mierda! Llama a la policía. Y a una ambulancia...para llevar el cuerpo.

— Pobre chica — dijo el segundo guardia.

— Lo lamento, hijo — el hombre de bigotes le puso la mano en el hombro de Ricchi.

Ricchi no reaccionó. Solo cerró los ojos. Un tiempo largo. Hasta que el tren se fue. Hasta que una voz con tono oficial cortó el aire espeso alrededor de Ricchi.

— ¿Este chico estaba con ella? Eh, muchacho, ¿me cuentas lo que paso?

Ricchi abrió los ojos. Un policía muy gordo lo miraba a los ojos.

Ricchi miró alrededor. El tren ya no estaba. Solo unos hombres alrededor de él. Dos guardias y dos policías. Y Ela. En el pasto. En su postura intacta con brazos abiertos.

Después de un par de preguntas, comunes en este caso, los policías se concentraron en Ela.

Apenas le vieron la cara de cerca se miraron entre ellos sorprendidos. Parece que encontraron algo inusual.

La revisaron brevemente.

El gordo se dio vuelta y miró a Ricchi.

— Ahora vamos a la ciudad. Tienes que firmar unos papeles. Ahí viene la ambulancia.

En este momento Ricchi se acordó que son policías. Y que lo buscan. Pero ya no le importaba.

— ¿Puedo ir en ambulancia con ella? — preguntó al gordo.

— Ningún problema.

Después de constatar su muerte, los médicos levantaron a Ela con cuidado y subieron en la camilla.

Ricchi entró a la ambulancia y se tiró al banco. Subió el doctor. El auto arranco despacio, saltando por las imperfecciones del suelo.

Ricchi miró al cuerpo de Ela. Ella estaba tapada con una sábana hasta el rostro. El auto saltó en un pozo. La mano de la chica salió debajo de la sabana y se quedó colgado. Con cada movimiento del auto la mano se movía en un gesto como llamándolo. "Ven, ven, ven".

Al llegar a la ruta ambulancia arrancó con más velocidad. Atrás corría la patrulla.

— ¿Adónde la van a llevar? — preguntó Ricchi al doctor.

— A Beltrama. Al hospital "Santa Brigitta".

## Capítulo 12

Ya era de noche cuando entraron a la ciudad. Otra vez Beltrama. Para Ricchi esta ciudad ya se convertía en algo simbólico relacionado con amor, dolor, pruebas de valentía y sucesos extraños.

El enfermero entro la camilla a la guardia. El doctor y los policías se quedaron parados en el mostrador. Ricchi se quedó sentado en una silla.

La recepcionista, una mujer joven con penado impecable se despegó del monitor.

— Hola Bred, hola Steve, saludó a los médicos.

— Buenos tardes señores — dijo a los policías.

— ¿Qué tenemos? — preguntó al doctor.

— Muerte. Una chica. Tren. — parecía que cada palabra que usaba, el doctor compraba a precio alto.

La recepcionista miró al cuerpo tapado con la sabana.

— Ahora preparo los papeles para ti — dijo al doctor.

Miró a Ricchi. Después a los policías.

— ¿Y el chico?

El policía gordo apoyó las palmas gruesas en el mostrador.

— Él estuvo con ella.

La recepcionista lo miró a Ricchi con compasión.

— Pobre chico — dijo en voz baja.

— ¿Quién está de turno? ¿Quién me firma la constancia? — preguntó doctor.

— Virginia — contestó la mujer — ahora la llamo.

Al escuchar ese nombre el doctor hizo una sonrisa como soñando con algo hermoso.

Mientras recepcionista llamó a la doctora de turno, Ricchi miraba a Ela. Mejor dicho al cuerpo muerto. No sabía que pasara en el próximo minuto. Capas que a él lo lleva policía. A Ela la llevan a la morgue. Dos seres humanos separados por la muerte.

— ¿Algún documento de la chica? — pregunto la mujer.

Todos miraron a Ricchi. Ricchi miró a cada uno de ellos.

— Yo no la conozco mucho — contestó — Sé que se llama Ela. Pero no sé el apellido.

“¿Que historia loca! Creo que no puedo contar todo lo que pasó. No me van a creer.”

Todos seguían mirándolo esperando que diga algo más. Se hizo silencio absoluto. En un hospital. De noche.

De repente desde pasillo se escucharon los pasos de tacos. Parecía que clavaban sellos en el piso, marcando a una mujer segura y rígida. La mujer entró a la recepción y saludo a todos.

Primera impresión de Ricchi era que la mujer salió de la portada de una revista de moda. Con sus treinta y pico de años era fascinante. El cuerpo tallado. Los ojos parecían tener universo entero adentro.

En el uniforme tenía un cartelito

"Dra. V. Clemens."

El doctor se puso frente de ella, parecía un adolescente tímido hablando con una estrella de

cine. Casi tartamudeando le explicó la situación.

— Está bien — contesto la doctora y miró brevemente a Ricchi.

Hacia un procedimiento de rutina. Se acercó a la camilla y destapo la cara de Ela.

En un segundo los ojos de la doctora cambiaron de expresión. Se agacho un poco para ver más detalles del rostro de Ela.

Le sacó las mechas de la cara. Dos segundos más y la mujer ya volvió a su estado común, de una doctora responsable de un hospital. Pero notablemente algo cambió en ella. Solo que lo escondió muy profundo.

Se dio vuelta a los médicos. — Steve — llévala directo al morgue. Allí la recibe Edson. Bred — dijo al doctor.

— ¿Si, Virginia?

— Llena los papeles y alcánzalos a mi oficina. Vamos Steve te acompaño — se dio vuelta al enfermero.

Los policías se miraron entre ellos.

— Espere un segundo — dijo el agente gordo — esta chica está bajo nuestra custodia.

— ¿De qué me está hablando? — ahora Virginia estaba revelando su poder en su territorio. Pero no parecía muy sorprendida, parece que esperaba algo así.

— ¿Está muerta, no ven? ¿Tienen miedo que se les escapa? ¿Con que derecho...?

— La chica murió en las circunstancias sospechosas. Tenemos que investigar el caso.

La doctora agarró el brazo de Ela y parecía que estaba tocando un tesoro.

— ¡Aun así! — La doctora levantó la voz — la vamos a llevar al morgue.

— Llévela adonde quieren, pero bajo nuestra custodia.

La doctora miró alrededor, como esperando apoyo de alguien. La recepcionista y los médicos de la ambulancia la miraban sin entender que está pasando.

— Está bien — dijo la doctora al gordo. — síganme. Vamos Steve.

El enfermero agarro la camilla y siguió a la doctora. Los policías más calmados fueron tras ellos a paso relajado, como agentes del poder.

## Capítulo 13

Ricchi se quedó sentado. Tuvo un día largo. El cansancio le rebalsaba.

La recepcionista lo miró con lastima.

— ¿Era tu novia? — preguntó la mujer.

— Eso creo — contestó el chico.

La mujer salió del mostrador, y se sentó al lado de él.

— A veces perdemos lo seres queridos. Pero la vida sigue. Tú eres joven...

“Todo esto ya lo sé” — pensó Ricchi. “quien me explicaría el misterio relacionado con esta chica”.

— ¿Tienes hambre? — pregunto ella.

— Un poco.

Trató de no pensar en todo lo que pasó. Él perdió a Ela una vez más. No quedo nada que le llamaba interés. No tenía hambre pero la recepcionista trató de consolarle y el acepto la

propuesta.

— Tengo un bono alimenticio — dijo ella — Podes pedir algo en el comedor.

La mujer se levantó, fue al mostrador y le entregó a Ricchi dos boletos.

— Anda por ese pasillo derecho, vas a ver el cartel "Rayos x", doblas a la izquierda y caminas hasta el fin del pasillo, allí vas a ver el cartel que indica donde está el comedor.

Ricchi agradeció a la mujer y camino por el pasillo.

Las indicaciones de la recepcionista eran precisas, pero la mente de Ricchi estaba cansada y él se perdió. Los pasillos del hospital a esta hora estaban vacíos. El chico camino a un lado, al otro, pero los carteles que vio eran de "fluorografía", "fisioterapia" pero nada de lo que el buscaba.

En un momento Ricchi entró a un pasillo poco iluminado. A lo largo de la pared había unos asientos. Al lado de la puerta ancha de dos partes había otro cartel. "Morgue".

Ricchi se detuvo. Los recuerdos le golpearon la cabeza. Las fuerzas abandonaron el cuerpo. El chico se sentó. Cerró los ojos. Atrás de esa puerta estaba Ela. El cuerpo de ella. Sin su sonrisa, su voz. Ya no tiene expresiones su hermosa cara que se pone tan bella cuando la chica se enoja... se enojaba.

"Realmente estuve enamorado de ella. Que ganas de verla por lo menos una vez más. Tocarle la mano, por más que es tan helada."

Ricchi tenía ganas de estar lejos de este lugar, en otro universo.

Los golpes de las ruedas por el piso lo sacaron del mar de pensamientos. El ruido se acercaba desde la morgue.

Ricchi giró la cabeza, esperando. Parece que venía más de una camilla.

Las dos puertas se abrieron con un golpe fuerte. Salieron dos enfermeros con una camilla cada uno. Ricchi no los conocía.

En las camillas había muertos, tapados con sabanas. Ricchi tenía una loca esperanza que están llevando a Ela y miró a los cuerpos.

En el tiempo breve no pudo ver muchos detalles, ni las caras tapadas con sabanas pero lo que vio, le revolvió el estómago. Las piernas de los muertos tenían pantalones azules y ambos muertos tenían zapatos de policía. Tan familiares a Ricchi gracias a los golpes recibidos del propio padre.

Los dos enfermeros estaban muy apurados. No lo registraron al chico. Lo último que vio Ricchi antes que los enfermeros con las camillas desaparecieron doblando en la esquina, era que el cuerpo en la segunda camilla era enorme. De una persona muy gorda.

## Capítulo 14

Sin entender que está haciendo, Ricchi se levantó y siguió a los camilleros. Los bonos de la comida se quedaron en el asiento.

Los dos enfermeros salieron del hospital por la puerta trasera. Ricchi corrió tras ellos tratando esconderse para que no lo vean. Afuera los esperaba una ambulancia. Los hombres abrieron las puertas y metieron a los dos cuerpos adentro. Ricchi dejó de respirar. Reconoció los cuerpos de dos policías que llegaron al hospital con él. El cuerpo del policía gordo, los hizo traspasar. Les costó levantarlo. Dejaron los cuerpos en el piso como dos bolsas.

"¿Pero qué está pasando?" — pensó Ricchi. Su pensamiento fue interrumpido por las sirenas



policiales que estaban llegando al hospital. Los camilleros al escuchar la policía saltaron al auto y arrancaron a toda velocidad, largando humo y dejando afuera camillas vacías.

Ricchi dobló a la esquina para ver qué pasaba en la entrada principal del hospital. Llegaron tres patrulleros rompiendo el silencio con sirenas y la oscuridad con brillos azules y rojos de luces giratorias. Con chillido de frenos se clavaron frente la entrada. De los autos empezaron a saltar los uniformados. Dos de ellos registraron el auto que dejaron los policías cuerpos de los cuales recién cargaron en la ambulancia. Entre los policías se resaltaba un hombre que llevaba traje. Era Herbert. Parecía el jefe. A pasos grandes el hombre entró al hospital, acompañado por sus inferiores. Ricchi se quedó pensando. No entendía, si esto estaba relacionado con Ela. Pero lo que pasó en el próximo minuto le sacó las dudas. Ricchi escucho que la salida trasera de donde recién sacaron los policías muertos se abrió. El chico se fue a ver quién es. Se quedó helado. Salieron caminando una mujer y un hombre del personal médico. Llevaban una chica que casi no podía caminar. Ella solo los miraba con ojos perdidos. Era Ela. También tenía puesto uniforme del hospital. Estaba descalza. Ricchi estaba a punto de caer. "¿Qué carajo está pasando? ¡Ela otra vez está viva! Adonde la están llevando. Los tres fueron caminando hasta la ambulancia más cercana. Ricchi actuó por impulso. ¡Ela está viva! Y parece que está en peligro. Ricchi corrió hacia ellos. — Esperen. ¿Qué están haciendo? Los tres lo miraron a Ricchi. Ela lo reconoció. Parecía ida, pero le sonrió. Los médicos lo miraron sorprendidos. — ¡No es asunto tuyo! — dijo el hombre. Ricchi se acercó y li miró fijo. Apretó los puños. — ¿A dónde...la están... llevando? — Seguí Etna, — dijo el hombre a la mujer, — yo me encargo. La enfermera empujo a Ela adentro de la ambulancia. La chica se dio vuelta. — Ricchi, — llamo Ela suplicando. Pero adelante del chico se presentó un problema. El hombre pegó un salto y agarró a Ricchi del cuello. Una patada en las rodillas y el chico se cayó. Otra en la cabeza lo dejo con un dolor insoportable. El hombre corrió hasta la camioneta y salto al volante. Ricchi trató de levantarse. No iba a dejar que lleven a Ela. No ahora, cuando otra vez está viva. Le pidió ayuda a él. Confía en él. Al momento que la camioneta arrancó, el chico abrió la puerta y se sentó al lado del chofer. Los ojos del enfermero parecían dos platos. Pero ya no había tiempo de ocuparse de Ricchi. Lo dejó para después. El auto salió a toda la velocidad del predio del hospital. Atrás de ellos aparecieron tres autos policiales retumbando el aire con sirenas.

## Capítulo 15

Al estar otra vez cara a cara con el chofer Ricchi decidió mostrar quien manda acá. Ya estaba enfurecido. Se apoyó en la puerta y empezó a martillar al chofer con las zapatillas. El hombre no esperaba un ataque feroz. Trato de defenderse con una mano mientras sostenía el volante con la otra.

La ambulancia volaba por la avenida esquivando los autos. Los patrulleros corrían tras ellos como perros cazadores.

El chofer ya estaba sangrando y rugiendo como un oso acorralado.

Ricchi le dio un golpe más y la cabeza del chofer se chocó contra el vidrio de la puerta. El hombre se quedó casi inconsciente y apoyó la cabeza sobre el volante.

El auto dio una vuelta entera sobre propio eje.

Ricchi abrió la puerta de lado del chofer y empujó al hombre afuera. El chofer salió rodando por la calle y se detuvo bajo un auto parado.

Un salto al asiento y Ricchi ya estaba al mando de la camioneta.

Miró al retrovisor.

Ninguna de las patrullas se detuvo para agarrar al enfermero caído. Entonces los policías van tras alguien más. Y eso podría ser Ela.

Ricchi sabía manejar bien. Le gustaba mucho.

Lo enseñó el padre. Antes era un hombre normal. Antes que murió la madre de Ricchi.

Después de un par de cuadras el chico sentía la camioneta como su propio juguete.

Ahora solo queda escapar de la persecución. Si sería tan fácil.

Ricchi pegó una mirada rápida al salón.

Ela estaba sentada en el piso. La enfermera la abrazaba. Es como tenía miedo de perderla.

"Por lo menos no le hace daño a mi chica" — pensó Ricchi.

Allí no más se dio cuenta. "¿Mi chica? ¿En realidad todo eso me pasa a mí?"

"Después vamos a aclarar las cosas y todos los malditos misterios sobre resurrección múltiple. Ahora solo hay que escapar".

Las sirenas de los patrulleros le dieron a Ricchi una idea. El prendió la sirena de la ambulancia. Así tenía paso libre.

Policías estaban jugando en serio. Ricchi lo entendió apenas salieron de la avenida a las calles laterales.

Unos martillazos sacudieron el vehículo.

"¡Están disparando, hijos de perra!"

El chico vio en el retrovisor a los policías apuntando con pistolas. Cada segundo de las armas salía humo.

La distancia entre la ambulancia y las patrullas ya era unos cincuenta metros.

Ricchi miró alrededor. Están saliendo de la ciudad. Los faroles se despidieron parpadeando con ojos amarillentos. La ruta estaba oscura.

El chico miró al indicador de combustible y le empezaron temblar las manos. La aguja saltaba tocando el cero.

¿Qué hay adelante? ¿Dónde se puede esconderse? ¿Cómo proteger a Ela? Y al fin, ¿QUE CARAJO QUIEREN ESOS TIPOS DE NOSOTROS?

Ricchi miró al costado de la ruta. Una granja. No es buena opción pero no hay otra. ¿Y qué hago allí? ¿Asustar a las gallinas?

De repente se le prendió la idea. Gallinas no, policías.

La ambulancia es más grande que las patrullas. Calculando la distancia, la velocidad y el impacto sorpresa, el chico bajo la velocidad paulatinamente. Cuando los autos se acercaron a unos veinte metros Ricchi giró la camioneta y atacó a las patrullas de frente. Primeras dos llegaron desviarse al último segundo. La tercera trato de girar pero la ambulancia la roso y la tiro al costado de la ruta. El patrullero chilló con los frenos, y se fue rodando abajo, abriendo un camino en los arbustos.

Mientras otros dos autos se daban vuelta Ricchi salió de la ruta y se metió por un caminito entre los árboles. Era una leve chance de escapar. "¡Sirena! — pensó Ricchi y al toque apago la sirena de la ambulancia. Así no lo perseguirán por el sonido.

Anduvo un kilómetro más, esquivando los árboles. Finalmente se detuvo y apagó las luces. Al salir del auto primero lo que vio eran arbustos rotos por donde paso la ambulancia.

"Si se meten acá, nos van a encontrar fácilmente. Llegaran por el camino marcado."

Ricchi abrió las puertas traseras del auto, preparándose a enfrentar a la enfermera.

Pero de la breve observación entendió que no hay peligro. Por lo menos para él y Ela.

La enfermera estaba tirada en el piso tapando a Ela.

Dos agujeros sangrando se veían en su pecho.

La mujer lo miró al chico con ojos vidriosos del dolor. Trató de levantar la mano, para atajar cualquier acción violenta. Ricchi la agarró de los hombros y acostó al lado de Ela. La mujer ya no podía resistir. Ricchi miró a Ela.

— Ricchi — dijo la chica. Tenía ojos llenos de lágrimas.

— ¿Ela, estas bien?

— Creo que sí.

— ¡Nos tenemos que ir! Enseguida llega la policía.

— Está bien — dijo Ela con la voz muy débil y trató de levantarse.

La enfermera estaba atenta a ellos. Otra vez levantó la mano y le pidió a Ricchi que se acercara.

El chico se agachó sobre ella.

Las palabras de la mujer salían con dificultad.

— Pro...teje...a...la...Rei...na.

Ricchi no entendió el significado. Se quedó con cara de pregunta.

Pero la mujer no tenía nada más para agregar.

Solo estiró la mano. Le ofrecía un celular.

El chico tomó el teléfono.

De lejos se escuchaban los aullidos de las sirenas.

Ricchi la miró a la enfermera por última vez. Ya no podía ayudarla. Se dio vuelta a Ela.

— ¿Puedes caminar?

— Si. No estoy herida.

— Entonces vamos.

Ricchi la agarró de la mano y los dos empezaron a caminar rápido adentro del bosque. Tras ellos aullaban las sirenas como lobos hambrientos.

Lo último que pudo ver Ricchi cuando miró a Ela, era un agujero de bala en la cadera de la chica. Pero Ela no se quejaba en absoluto y caminaba firme.

## Capítulo 16

— ¿Adónde vamos? — preguntó Ela, respirando agitada.

" Que raro" — pensó Ricchi, — "ella no siente el dolor de la bala, pero se cansa al caminar".

— No sé, — contesto a la chica. — por ahora más lejos posible.

La oscuridad del bosque era intensa. Ricchi se caía en cada paso. Ela se atropellaba tras él. Después de correr un rato, Ricchi se detuvo.

"¡Pero que tarado! ¡El celular!"

Sacó el teléfono del bolsillo. Un rayo disperso les alumbraba el camino con luz tenue. Al poco tiempo salieron a una parte vacía de los árboles. Ricchi se tiró al pasto. Ela se cayó al lado. El chico trato de escuchar una posible persecución. No había nada. Parece que están a salvo. Si se puede sentirse así en un bosque. De noche.

Ricchi iluminó a Ela. Ella tapo los ojos con la mano.

— Baja la luz por favor — pidió con la voz débil.

— ¿Cómo estás? — preguntó Ricchi. No sabía más que decir. La mente otra vez se puso en blanco. Todo lo que les paso era inexplicable. Por lo menos con la ciencia.

— ¿Por qué me preguntas? — respondió Ela.

— Es que te vi muerta otra vez.

Ela se levantó acordando la última discusión en las vías del tren.

— ¿Todavía no te acostumbraste?

— No sé quién podría acostumbrarse a eso. Me gustaría escuchar alguna explicación.

— Pues, ¡no la tengo! Yo sé lo mismo que tú. O tal vez menos, ya que estuve inconsciente.

— ¡Estabas muerta! ¡No inconsciente! ¡Te llevaron a la morgue! ¡Y saliste de allí caminando!

Ela lo miró sorprendida. Bajó la mirada. Se sentó en el pasto con la cabeza agachada.

— Ayúdame por favor — dijo en voz baja — me voy a volver loca.

Ricchi suspiró.

— Está bien.

Él puso su mano en la palma de ella.

— Primero vamos a descansar. Después vamos a pensar que hacer.

Ela lo miró aliviada.

— ¿No me vas a dejar sola?

— No. Lo prometo.

Ela se acercó y lo abrazó. Apoyó la cabeza en su hombro.

Una ola de hielo se le pasó a Ricchi por el pecho y los brazos. Ela tenía cuerpo muy frio.

Ricchi no se animaba sacarla de encima, veía que el abrazo le hace bien. Aguantando el frio le hizo cariño en la cabeza.

— Vamos a tratar de dormir un poco.

— Dormite. Yo no tengo sueño.

Ricchi se acostó en el pasto.

— Ven — dijo Ela.

Puso la cabeza del chico en sus rodillas.

Ricchi cerró los ojos. No imaginaba que puede quedarse dormido. Trató de no pensar en todo lo que pasó.

— ¿No eres un vampiro? — pregunto a ella sonriendo.

Ela también sonrió.

— Duerma tranquilo. Si voy a querer tu sangre, no lo vas a sentir.

Ela le acarició el pelo. En un momento el chico sintió un beso tímido en su mejilla.

Lo último que no podía sacar de la cabeza antes que se quedó dormido, eran palabras de la enfermera.

"Protege a la reina".

## Capítulo 17

La mañana era muy fría y húmeda. El sol tiraba los rayos por agujeros entre las ramas de árboles. Los pájaros celebraban un día nuevo, no paraban de cantar.

Ricchi sintió que la remera se le pegó a la espalda. Estaba empapada. Ricchi se sentó.

Ela lo miró sonriendo.

— ¿Dormiste bien? Estabas hablando mientras dormías. Tuviste pesadillas.

Ricchi bostezó y frotó los ojos.

— Buen día. ¿Tú dormiste algo?

— No tengo sueño.

— Bueno. Hoy vamos a buscar las respuestas.

Ricchi miró al uniforme de enfermera que Ela tenía puesto.

Ela percató su mirada y se miró.

— No es la ropa adecuada. ¿Y mi vestido blanco? ¿Qué paso con él?

— Después te cuento. ¿Vamos?

El camino más rápido para llegar a algún lugar civilizado era por la ruta. En un camión ya en una hora los chicos se bajaron en la entrada de Beltrama. Ela miró las calles. Parece que extrañaba su ciudad y su vida acá. También estaba asustada del peligro que corría.

Encontraron un hotel chiquito en una calle angosta.

Al estar en la habitación Ricchi se sentó en la ventana.

Ela se quedó en el borde de la cama.

Cuando parece que las pruebas ya terminaron, te das cuenta que las peores todavía están por delante.

— ¿Sabes? — Dijo Ricchi, — yo cuando vine a esta ciudad, no tenía pensado quedarme por mucho tiempo. Hasta que te encontré a ti. Después pasaron todas esas cosas. Todavía no sé qué es todo esto. Pero hay una cosa muy importante que te quiero decir.

Ela estaba escuchando muy atenta. Se quedó quieta. Apretó fuerte los puños.

— Cuando estoy contigo, — Ricchi miró por la ventana, no podía mirar a los ojos de la chica — estoy dispuesto a luchar. Para protegerte de toda esta gente. De tu condición física. No sé si estas viva o muerta. Estas en este mundo o en el otro. No sé si me van a matar los policías o los médicos.

Ricchi empezó a escarbar una manchita en la palma de la mano.

— Ela. Yo quiero estar contigo. Y voy hasta el fin. No sé si podemos ser una pareja. Pero ya con solo verte, tocarte la mano — me da vida.

Ela se levantó de la cama. Se acercó y abrazó al chico. Apoyó la cabeza en su hombro.

— Te amo Ricchi. Por más que tengo más misterios que Frankenstein. Te amo. Y si estoy muerta, me voy a ir de tu vida. Pero nunca dejaré de amarte.

Se quedaron abrazados, haciendo cariño, hasta que a Ricchi empezaron temblar labios del frío. Los dientes bailaban el ritmo de música tecno.

— Bueno, vamos a conseguir algo de dinero — dijo Ricchi. — tengo hambre. Y hay que pagar este hotel.

Ricchi se acercó al teléfono y marco un número. Una llamada de larga distancia.

## Capítulo 18

Chilly atendió el teléfono enseguida. A Ricchi le dio gusto a escuchar a un viejo amigo. Una llamada de cinco minutos y al colgar Ricchi se quedó pensando con el tubo en la mano.

Entonces su padre dijo a todos en la ciudad, que Ricchi se fue a estudiar a la universidad. Mejor así. No lo va a perseguir. Capas que no quiere tener un hijo prófugo que mancha la reputación de este bastardo.

El chico se sentía más tranquilo. Aunque ya no le tenía miedo. Solo deseaba romperle la cabeza a los golpes como hizo con el chofer de ambulancia.

Entonces los policías desde principio no lo perseguían a él, sino a Ela. Muy interesante. También Chilly comió el verso que padre de Ricchi no le mandaba dinero. Como un buen amigo le prometió ayudar. Por un momento Ricchi se sintió mal por usar a su amigo de esta manera, pero no podía contarle todo. No ahora.

Decidieron con Ela que ella se queda en el hotel. No puede salir a la ciudad. Por lo menos de día. Y menos con el uniforme del hospital. Ricchi va a salir a buscar dinero que le manda Chilly y después compra lo que era necesario.

Cerca del mediodía Ricchi ya volvió al hotel. Trajo ropa para Ela. La chica estaba contenta.

Rápidamente reviso las bolsas. Se quedó quieta un segundo y lo miró con una sonrisa.

— ¿Qué pasa? — preguntó Ricchi.

— Mi amor — dijo Ela — olvidaste comprarme ropa interior.

Ricchi suspiró y bajo la mirada.

— Perdóname.

— No pasa nada. Aguanto.

Se vistió y al mirar al espejo empezó reírse.

— Este jean me queda grande. La blusa está bien, aunque no es mi estilo. Zapatos están bien. Son cómodos. Gracias.

El chico sacó de la otra bolsa las hamburguesas y una “Coca”.

— Me muero de hambre. Y mientras tanto pensemos que hacer.

— No tengo hambre — dijo Ela — pero te acompaño.

Se sentaron en la cama con alimentos en el medio.

— Entonces. Vamos a tratar a deducir que es lo que paso — dijo Ricchi, disfrutando el sabor de la

jugosa hamburguesa.

— Está bien — dijo Ela — cuéntame lo que paso después del tren.

Ela levantó la hamburguesa con cuidado, la miró con sospecha, olió. Mordió un poco la punta.

— Yo pensé que el tren te mató — empezó a contar Ricchi — vinieron los guardias, te revisaron y llamaron a... ¿Ela... que te pasa?

La chica tenía los ojos abiertos de par en par. La cara estaba torcida del susto.

Ricchi la agarro de los hombros.

— ¿Qué te pasa?

Ela parece que estaba aguantando alguna sensación terrible.

Con un gesto brusco le apartó los brazos. Tapo la boca con la mano y salió disparando al baño.

Ricchi se metió tras ella.

Ela vomito la hamburguesa que había mordido. Su cuerpo temblaba de los espasmos. Le hizo un gesto que no la mire. Ricchi se dio vuelta. Se quedó preocupado. Al terminar, Ela enjuagó la boca y lavó la cara. Se dio vuelta y abrazó a Ricchi.

— ¿Estas mejor? — pregunto él.

La chica asintió con la cabeza.

— Perdóname, mi amor.

— No pasa nada — Ricchi le hizo cariño en la cabeza.

Ela se alejó.

— Me voy un rato a la cama.

— Está bien.

— No te acerques por favor por un rato.

— ¿Por qué? — dijo Ricchi.

— Tienes olor a la hamburguesa.

Pronto Ela ya estaba mejor.

Ricchi terminó de comer sentado en la ventana abierta. Después tiró los envoltorios al tacho en el baño.

Se sentó en la punta de la cama y la agarró a Ela de la mano. Ya estaba acostumbrado a la temperatura baja de la chica.

— ¿Sabes que estoy pensando?

— ¿Que? — preguntó Ela.

— Ni viva, ni muerta, no te vi comer nada en todo este tiempo. ¿De qué te alimentas?

— Me gustaría averiguarlo — dijo Ela. — lo único que te puedo decir, que desde el cementerio, en ningún momento se me ocurrió comer ni tomar algo. Es como éste deseo tengo borrado de mi memoria.

## Capítulo 19

Ricchi le contó a Ela todo lo que paso desde accidente en las vías del tren. Ella escuchaba atenta. Pero estaba aterrorizada. No sabía cómo manejar la situación.

— Tenemos que descubrir varias cosas — dijo Ricchi — una. ¿Por qué te persigue la policía? Este hombre con pelo largo.

— Herbert Todd. Es amigo de mi padre. No sé qué cargo ocupa en la policía pero tiene en sus manos el departamento entero.

— Bien. Después, lo que paso en el hospital. Llegaste muerta y saliste caminando.

Ela miró a la ventana. No tenía respuesta.

— Hay algo más que quiero saber — dijo Ricchi — tus desmayos. ¿Que los provoca? Ya tenías varios. Pero cada vez vuelves a resucitar. ¿Cómo es posible?

Ela miró a Ricchi pensando.

— ¿Por qué simplemente no escapamos de esta ciudad? Vamos a estar lejos de todo este horror.

Ricchi suspiró.

— Justamente por tus desmayos. Tus muertes provisionarias. No las sabemos manejar.

— Bueno. Si es así, yo pienso que hay solo una manera de averiguarlo ya que el último episodio fue en el hospital.

— Si — dijo el chico — hablar con la doctora. Esa mujer, que es muy hermosa. ¿Cómo se llamaba?

— Virginia Clemens, jefa de la neurología.

— Espera. ¿Cómo la conoces, si no la viste? Estabas en uno de tus desmayos.

Ela acomodó el pelo. Es como tratar de sacar un episodio desagradable de su memoria.

Era mi doctora, cuando yo entré al hospital por mi enfermedad.

A la media noche Ela y Ricchi salieron del hotel. Tomaron un taxi hasta hospital Santa Brigitta, pero se bajaron dos cuadras antes.

Acordaron que Ela lo espera a Ricchi en una placita. Él va solo y trata de encontrar a la doctora.

La plaza estaba apenas iluminada.

— Me da miedo dejarte sola.

— No te preocupes por mí. — Ela sonrió triste — No me van a matar.

— Ya se. Pasaste lo peor.

Ricchi ya abrazó.

— ¿Sabes? No sé cómo termina todo esto. Quiero que sepas. Siempre te amaré.

— Yo también.

— Enseguida vuelvo.

— Te espero. Tenga cuidado. Eres mortal.

Ricchi sonrió.

Alejándose unos pasos se dio vuelta.

— Ela, ¿sacaste la bala de tu cadera?

— Si — contesto ella.

Después de asegurarse que no hay policías cerca, Ricchi entro al hospital sin saber que lo espera allí.

En la recepción estaba la misma mujer que le dio a Ricchi los bonos de la comida la vez pasada. Ella lo reconoció al chico enseguida.

— ¿Cómo estas querido?

— Bien, gracias.

— Lamento tanto lo de tu novia.

— Gracias. Le quería hacer una pregunta.

— Si, por favor.



— ¿Podría yo hablar con la doctora Clemens? ¿Por casualidad no está de turno ahora?  
La cara de la mujer se quedó retorcida del susto.  
— Oh, ¡No sabes lo que paso! A la doctora Clemens la llevaron a la comisaria — dijo la mujer —  
y agregó en voz baja — dicen que mató a dos policías.

## Capítulo 20

Ricchi la miró a la recepcionista sin saber que decir.  
— ¿Y... quien está a cargo de los asuntos? Quería saber ¿adónde llevaron la...el cuerpo de mi novia?  
— Ahora te digo.  
La mujer tecleó algo en la computadora. Frunció las cejas.  
— ¿Estás seguro que la llevaron? No hay ningún registro de traslado. Supuestamente todavía esta acá. En la morgue.  
Ricchi pasó la mano por la frente.  
— Estoy seguro. Debe haber un error. ¿Con quién yo podría hablar?  
— Anda directo a la morgue. Allí esta Edson. Él debe tener alguna información en su libro.  
— Gracias.  
— De nada querido. ¿Sabes dónde es?  
— Si.  
Por el camino ya conocido Ricchi llegó a la puerta con el cartel "Morgue". Miró alrededor. Nadie. A ésta hora en el hospital hay poco movimiento.  
Ricchi tomó el aire y empujó la puerta doble.  
Entró a un pasillo poco iluminado. Unas lámparas de luz blanca hacían pequeñas islas de luz en el piso. El fondo del pasillo estaba escondido en la oscuridad.  
El chico caminó adelante. Sus pasos rezongaban en el silencio.  
Al llegar al fin del pasillo Ricchi vio otra puerta doble.  
Sin pensar más, entró.  
Era una sala enorme. También con poca luz. Había una pared entera de nichos. En el medio una docena mesas de acero.  
Era primera vez que Ricchi estuvo en la morgue.  
“Un día me va a tocar a mí una de esas mesas” – pensó – “ojala que no sea hoy”.  
— ¿Que quiere acá? ¿Quién es usted? — escucho Ricchi la voz de un señor mayor.  
Atrás de un escritorio estaba sentado un hombre. Tenía uniforme del hospital.  
Parecía unos sesenta años. Era muy bajito. Tenía cabeza pequeña y pelada y la cara arrugada.  
Cuando hablaba, movía el cuello como una tortuga de arriba por abajo.  
Ricchi se acercó al escritorio.  
— Hola. Busco al señor Edson.  
— Lo encontraste. ¿Y?  
— Hablé con la señora de la recepción y ella dijo...

— Hace la corta. ¿Qué quieres?

Ricchi tomó el aire.

— Ayer acá en la morgue estaba mi novia. Después la trasladaron a otro hospital.

— ¿De la morgue al otro hospital? ¿Para qué?

— Esto lo quería saber.

— Ven mañana. No es la hora.

“¡Lo voy a reventar a este viejo!”

— Escúcheme señor Edson. Trate de entender que mi novia murió. Y yo necesito llevar su cuerpo para funeral. Y ella no está acá. ¿Adónde la llevaron?

“En realidad yo sé dónde está. Lo que necesito que me digas que le está pasando a ella. Y como la resucitaron acá.”

— Por favor señor Edson. ¿Puede revisar sus registros? Ayer yo hablé con la doctora Clemens. Las cejas del viejo saltaron arriba. En próximo segundo ya otra vez puso la máscara de tranquilidad.

El encargado de la morgue suspiro.

— Veo que no puedo desasirme de ti. ¿Cómo es el nombre de tu novia?

— Ela Dickens.

— ¿Que?

Edson se levantó de la mesa y se acercó a Ricchi.

Miró alrededor como tratando de detectar una conspiración.

— ¿Tu eres el chico que estaba con Ela?

— Si. Soy Richard.

El viejo frotó las manos. Estaba revolviendo en la cabeza varias opciones.

— La doctora Clemens esta arrestada, ¿sabes chico?

— Si. Ya lo sé.

— y Ela Dickens desapareció.

— No desapareció. Está conmigo.

— ¿Que?

La cara del viejo se estiró.

Las manos frotaron los cachetes y se metieron en los bolcillos.

— ¿Cómo dijiste?

— Le dije que Ela todo este tiempo estaba conmigo.

Los ojos del viejo saltaban arriba y abajo. Su cuello de tortuga se movía a los costados. Por un momento el miró atrás de Ricchi como tratando de encontrar a Ela allí.

— Tenemos que ir a verla, chico. ¿Tú sabes de qué se trata todo esto?

— Algo. Por eso vinimos acá.

— Está bien. Vamos. ¿Dónde está la chica?

— Me está esperando afuera.

— Vamos.

De repente Edson se detuvo.

— No. Mejor tráela acá. Pero con mucho cuidado. Traten que nadie los vea. Entran por la puerta trasera del hospital.

En un rato los chicos ya estaban en la puerta de la morgue.

— Espera — dijo Ela — dame la mano.

— ¿Estas asustada?

— Un poco.

Ela suspiró.

— Me dan miedo estos lugares. Por otro lado no sé de qué me voy a enterar ahora.

— Sea lo que sea. Estoy contigo.

— Entonces vamos.

Apenas entraron a la sala Edson la miró a Ela con mucha atención.

La reconoció.

El viejo se acercó y abrazó a Ela fuerte.

— ¡Señorita Dickens! ¡La estábamos buscando!

Parece que el viejo encargado no sentía que el cuerpo de Ela estaba helado.

## Capítulo 21

— Pasen chicos. Siéntense acá. — los invitó a sentarse sobre una mesa de acero.

Ricchi miró la mesa con sospecha. Era donde ponían cuerpos.

Edson estaba rebalsando de alegría.

Ela se sentía perdida.

— Señor Edson — dijo Ricchi — ¿usted nos puede contar de que se trata todo esto?

— Si, seguro. Claro no puedo contarles todo. Tienen que hablar con la doctora Clemens. Y yo tampoco sé mucho.

El viejo no quitaba los ojos de Ela. Parecía que vio una maravilla.

— Pero lo que sé les cuento.

Señorita Dickens. Usted está entre amigos.

Ela miró a Ricchi.

— Nos puede contar por favor — dijo Ricchi.

Edson ni lo registró.

— ¿Tiene hambre señorita Dickens?

— No — contesto Ela sorprendida.

— Pronto va a tener. Usted tiene que alimentarse.

El viejo agarro una sábana y la puso sobre una de las mesas.

— Recuéstese acá — invitó a Ela — ahora le traigo el alimento.

Ela y Ricchi se miraron sorprendidos.

El chico le hizo gesto con la cabeza. "Hacelo. Estoy contigo."

Edson se fue a otra habitación.

Ela se acostó en la mesa.

— Dame la mano — pidió a Ricchi.

En unos instantes volvió el viejo con un suero, lleno de un líquido rojo rubí con brillo de la misma piedra preciosa.

— ¿Qué es esto? — preguntó Ela preocupada.

Edson se detuvo.

— Ah, cierto. Usted no sabe nada sobre esto. Con este elixir nosotros la alimentábamos esos días.

Edson acomodó el suero en el soporte. Levanto la manguerita con aguja en la punta.

— Deme la mano.

Ela miró a Ricchi. El chico asomó la cabeza.

Ela suspiró.

Edson le colocó el suero.

— Ahora cuéntenos todo. — dijo Ricchi.

Edson lo miró con ojos cansados.

— Señorita Dickens es muy especial. Cuando ella lamentablemente murió, teníamos que resucitarla con ese elixir. Desde allí le colocamos el suero cada dos días.

— ¿Y si no tiene elixir?

— Creo que ustedes ya vieron que pasa en este caso.

— Si — dijo Ricchi a Ela — tus desmayos.

— ¡Je! — Dijo Edson con tono burlón — desmayos. No son desmayos. Son...bueno chicos como les dije no puedo contar todo, solo doctora Clemens puede...

— ¡Pero ahora está presa!

— Yo sé chico. Hay que esperar un poco. Mientras tanto...ah, ¿ya está señorita Dickens?

Edson sacó el suero. No se molestó de tapar agujero con algodón como siempre lo hacen los médicos. Sangre no salía.

Ela agarró el suero con restos de elixir.

Lo miró contra luz. Lo abrió con una tijera. Lo olió.

— Que cosa rara. Y tiene aroma a rosas. Es agradable.

Edson la miró a la chica sonriendo.

— A mí también en principio llamaba la atención. Bueno chicos. ¿Quieren venir conmigo? Por fin la encontramos señorita Dickens. ¡Qué alegría! Vamos chicos. Tengo el auto en la salida del hospital.

Ela lo miró a Ricchi con cara de pregunta.

Ricchi le hizo seña "no".

— Escúcheme señor Edson — dijo Ricchi — no podemos ir con Usted ahora. Hay un par de cosas que tenemos que hacer primero.

El viejo los miró a los chicos sorprendido.

— ¿Pero cómo? La señorita Dickens está en peligro...

— ¿En qué peligro? — preguntó Ricchi.

— Es que... solo nosotros la podemos proteger.

— ¿Quiénes son ustedes?

Edson se puso nervioso.

— Eh. No lo puedo contar todo, solo la doctora Clemens puede...

— Entiendo — dijo Ricchi con determinación — entonces esperemos a ella. Mientras tanto nos vamos a esconder.

El viejo encargado empezó a frotar las manos.

— ¿Pero cómo los encontramos? Señorita Dickens va a necesitar el elixir.

— Llámeme a este número de celular — Ricchi sacó el celular y le pasó el número al viejo.

Edson con manos temblando anotó los quince dígitos en su celular. De repente se quedó sorprendido.

— Pero es el número de la señora Grims, la enfermera de...

— Ya lo sabemos — contesto Ricchi — ella me dio el celular. Ahora nos tenemos que ir. Avísenos

cuando podemos hablar con la doctora Clemens.

Ricchi agarró a Ela de la mano.

— Vamos — se dio vuelta al viejo — gracias por su ayuda señor Edson.

Los chicos salieron de la sala. El viejo encargado se quedó mirando tras ellos pensando que hacer. Estaba preocupado.

## Capítulo 22

— ¿No te parece que todo esto es sospechoso? — dijo Ela preocupada.

— Si. Por eso no da ir con este tipo. Ahora estoy dudando que la doctora es tan buena como parece.

Salieron de la morgue y Ricchi se detuvo. Miró a Ela en los ojos.

— No sé en qué estamos metidos, pero hay que tener mucho cuidado.

Ela suspiró.

— Ela — dijo Ricchi — creo que estamos bastante cuidadosos para evitar peligro. Para hablar con la doctora voy a ir solo. Y después...

— No me puedo sentir tranquila — dijo Ela con la vos temblando.

— No pasa nada. Por lo menos ya sabemos que te alimentas con ese elixir. Ahora vamos a salir de acá más pronto posible.

Los chicos se fueron caminando por los pasillos del hospital.

De repente Ela se detuvo.

— ¿Escuchas eso? — preguntó a Ricchi.

— No. ¿Qué es?

— El llanto.

Ricchi la miró sorprendido.

Ela estaba concentrada.

— Vamos — dijo ella.

— ¿Adónde?

— Todavía no sé.

Ela dobló en la esquina del pasillo. Ricchi la siguió.

En un par de pasillos más llegaron a una puerta doble con el cartel " terapia intensiva".

— Creo que es acá — dijo Ela en voz baja.

— ¿Que hay allí? — Ricchi se puso nervioso.

— Todavía no sé — repitió ella.

Ela empujó la puerta y los chicos entraron en un pasillo bien iluminado. Un par de camillas vacías. Una docena de asientos. Y un hombre de unos cuarenta años sentado con las manos tapando la cara. Estaba llorando.

Ela caminó hacia el hombre. Se detuvo a un metro de él. Lo miró. Después miró a la puerta de enfrente. Era sala de operaciones.

Parece que Ela trataba de entender la situación.

El hombre vio a Ela. La miró buscando consuelo.

— Mi mujer... está muriendo.

Ela lo miró raro al hombre, parece que no lo entendía. Volvió a mirar a la puerta de la sala de operación. Algo la preocupaba, pero no el hombre.

Con un golpe seco la puerta se abrió. Salió un cirujano, alto y delgado.

Se acercó al hombre.

— Lamento mucho, señor — dijo cirujano sacando en barbijo — era muy complicado. No la pudimos salvar.

El hombre otra vez tapó la cara con las manos y empezó a temblar del llanto silencioso.

Cirujano le puso la mano en el hombro.

Ricchi estaba mirando a toda esa escena compadeciendo al pobre hombre.

Ela lo miró al cirujano, después al hombre. Después miró alrededor. Vio algo. La cara de Ela se puso seria.

Ela se acercó a un asiento vacío y se puso enfrente.

— No lo hagas — dijo Ela hablando al vacío.

Ricchi la miró sorprendido.

— ¿Ahora no, entiendes? — Ela seguía hablando con la voz firme.

El cirujano y el hombre la miraron con asombro a la chica. Sus caras se estiraron.

Ela seguía hablando.

— Entiendo todo, pero no es el momento. Tienes otra oportunidad. Úsala.

En este momento la puerta de la sala de operaciones se abrió y un enfermero sacó una camilla. En la camilla estaba cuerpo de una mujer, tapado con la sabana hasta la cara.

El hombre se levantó y miró a la camilla. Se acercó y tomó la mano de la mujer muerta.

Ela le tiró una mirada y seguía hablando a la silla.

— No ahora, entiendes. Tienes que intentarlo otra vez. ¿Que? Yo sé. Pero se puede.

El cirujano hizo la seña al enfermero que lleve la camilla.

El marido de la mujer muerta otra vez se sentó angustiado.

El enfermero empezó a correr la camilla por el pasillo.

Ela miró a la silla vacía y después se deslizó la mirada a la camilla que se estaba alejándose.

De repente el cuerpo en la camilla se movió. Primero los brazos, después la mujer destapó la cara y finalmente se sentó.

El enfermero de golpe soltó la camilla. Por inserción la camilla corrió unos metros más y se detuvo.

Todos se quedaron mirando a la mujer resucitada con bocas abiertas. Todos, menos Ela.

La chica se dio vuelta y se acercó al marido de la mujer. Se puso enfrente de él.

La cara de Ela estaba distorsionada del enojo.

— Ahora tú, — dijo Ela al hombre. — esto fue primera y última vez que pasa esto. No tendrás otra oportunidad.

El hombre la miraba a Ela con cara de asombro.

— ¿Que? ¿De qué me estás hablando?

— ¡Tú cállate! — le dijo Ela, — no estoy hablando contigo.

Pero seguía mirando a los ojos del hombre.

— De lo que hiciste lo vas a pagar con tu existencia.

La mujer resucitada seguía sentada en la camilla. Estaba muy atenta mirando a Ela. Parece que la mujer sabía de qué se trata.

— A partir de este momento... — empezó Ela diciéndole al hombre. Pero de repente se dio vuelta

y miró a lo largo del pasillo.

— ¡No! — dijo Ela, amenazando — ¡Vuélvete!

Ricchi primero miró adonde miraba Ela, y después vio al hombre que estaba deslizándose de la silla al piso como un muñeco de trapo.

El cirujano reaccionó primero. Se acercó al hombre empujando a Ela a un costado. Le miró los ojos al hombre, le busco el pulso.

— ¡Mierda! — Dijo cirujano — ¡no tiene pulso! Traigan una camilla.

De la sala de operaciones ya salían los enfermeros acercándose al hombre con muerte clínica.

Ricchi miró a Ela. No entendía nada.

Pero Ela estaba ocupada.

— A partir de este momento — seguía hablando Ela al vacío del pasillo — tu estarás con ella y la vas a cuidar en todo momento hasta que llega su tiempo de partir. Después vas tú. Ahora vuélvete.

Al decir esto Ela parece que estaba mirando a alguien caminando por el pasillo hacia ella.

Los médicos levantaron el cuerpo del hombre y lo acomodaron en la camilla. En este momento el cuerpo de él se sacudió de un temblor fuerte, los pulmones tomaron aire y el señor abrió los ojos.

El miró a los médicos sin entender nada.

Ricchi empezó sentir mareos de tantos nervios. Ela se acercó a él a paso rápido y lo agarró de la mano.

— Vámonos — dijo Ela.

Ricchi asomó la cabeza y la siguió.

Lo último que vio de la escena en el pasillo que la mujer resucitada estaba sentada en la camilla mirando su marido celebrando la victoria. Y él la miraba también pero con ojos de susto.

Alrededor de él todavía corrían los médicos revisándolo.

## Capítulo 23

En un taxi Ricchi y Ela llegaron a la puerta del hotel. En todo el camino Ela no quiso hablar de lo sucedido. Solo le dijo a Ricchi que sentía un poder dentro de ella. Supuestamente hablaba con almas. Pero no las vio, solo tenía un sentimiento de la presencia. Como una molestia en su cabeza. Pagaron el taxi y salieron.

De repente Ela lo agarró a Ricchi fuerte de la mano.

¡No me siento bien! ¡Ayúdame!

Ricchi la tomó de la cintura. En próximo segundo las piernas de ella se aflojaron y la chica cayó al piso.

— ¡Ela! ¡Ela!

Ricchi la sacudió de los hombros, pero ella no reaccionaba.

Parecía otro desmallo.

¡Otra vez, no!

Ricchi la llevo a la habitación del hotel, dando una breve explicación al chico de la recepción.

Al llegar a la habitación la acostó en la cama.

Ela otra vez parecía muerta. Nada de pulso, ni de latidos del corazón.

Ricchi estaba sentado al lado de ella, tomándole la mano.

“Otra vez el desmayo. ¿Por qué? ¿Ya le dieron el elixir, que debe durar dos días? Pero no funcionó.”

Ricchi se levantó y se acercó a la ventana. Afuera estaba la noche. Faroles. Autos corriendo por la calle. Una vida normal.

“¿Que cansado estoy de todo esto!”

El chico frotó la frente.

“¿Cuánto más hay que aguantar?”

Se le cruzó por la cabeza que podría dejar a Ela acá e irse. Escapar a otra ciudad. Encontrar una chica normal. Sin ese tipo de problemas. Encontrar un trabajo, estudiar algo. De una vez para siempre salir se esta pesadilla.

Ricchi miró a Ela.

Ella parecía tan frágil. Tan desprotegida. Y tan hermosa. Es como estaba durmiendo. Va a llegar la mañana y ella se va a despertar. Van a desayunar juntos. Hablar del futuro, que sin duda será hermoso.

“Voy a luchar por ella. Esto me tocó a mí. Voy a cumplir mi parte”.

Afuera la calle se puso gris. Llegaba el amanecer.

Ricchi suspiró profundo y tomo una decisión.

Tomo la guía telefónica y revolvió hojas hasta que encontrar lo que buscaba.

Marco el número de teléfono.

— Hola — contestó una voz de hombre. Se sentía que recién se despertó.

— Buenos días — dijo Ricchi — necesito hablar con señor Weiland, el abogado.

## Capítulo 24

Ricchi llegó a la comisaria primero, el abogado cinco minutos después.

Era un hombre petiso, gordito. Tenía un traje de lujo y corbata de los colores de jungla.

Además cachetes inflados y rojos.

— ¿Buenos días, usted es Richard? — el abogado le estiró la mano con dedos cortos y gordos.

— Buenos días.

— Antes que entremos, me gustaría hacerle un par de preguntas sobre el caso.

Ricchi asomó la cabeza y le conto que una doctora está detenida por sospecha de homicidio de dos policías. Ricchi tiene que hablar con ella. Es importante.

Abogado Weiland pensó un poco.

— Está bien. Voy a tomar el caso. Vamos.

Entraron a la comisaria.

Ricchi miró alrededor.

Un mostrador, una docena de escritorios, unas veinte personas en movimiento.

El abogado se sentía acá como pez en el agua.

En media hora Ricchi y Weiland entraron a la habitación de encuentros.



Weiland lo invitó a Ricchi sentarse. También se sentó y sacó unas hojas del portafolio. Para tomar notas.

Entro la doctora Clemens bajo custodia.

Miró a ellos.

La cara del abogado se estiró del asombro. Una mujer tan hermosa no la tienes como clienta todos los días.

La doctora reconoció a Ricchi.

— Buenos días — dijo ella — ¿a qué se debe tanto interés por mi persona?

— ¿Se acuerda de mí? — preguntó Ricchi.

— No mucho. Estuviste en el hospital hace poco.

— Así es — dijo el chico — me gustaría hablarle sobre Ela Dickens.

— Era mi paciente — contestó la doctora fríamente — no la pudimos salvar. Pobre chica.

Ricchi la miró a la doctora, pensando una estrategia. Parece que la doctora Clemens tiene sus razones para ocultar asuntos de Ela.

Ricchi suspiró.

— Escuche doctora. Ayer yo y Ela fuimos al hospital...

Al escuchar esto por la mirada de la doctora paso una leve sombra.

— Hablamos con señor Edson — continuó Ricchi.

— Sí. Es el encargo de la morgue.

— Y el señor Edson le dio a Ela...

— Esperen un minuto — intervino el abogado — ¿por qué no hablamos de los policías que fallecieron?

Ni Ricchi ni la doctora Clemens no lo miraron.

Ricchi decidió dejar de dar vueltas.

— Cuénteme la verdad doctora, Ela está conmigo. Pero necesita su ayuda.

La doctora bajó la mirada pensando.

— ¿Qué quieres saber?

— Todo.

La mujer tocó el anillo con la piedra azul que tenía puesto y empezó a darlo vueltas en el dedo.

— Mira chico. Es una historia larga. No te conozco tanto para revelar todo el asunto.

— ¡Pero lo tengo que saber! — el chico estaba perdiendo la paciencia — ¡Ela está en peligro!

El abogado los miró sorprendido.

— Esperen, por favor. ¿Qué tiene que ver una tal Ela, con el asunto de los policías? Me parece que ustedes no me cuentan la verdad.

— Doctora — dijo Ricchi — tenemos que ayudar a Ela. Si es que para usted ella es tan valiosa como para mí.

La mujer lo miró a los ojos.

— Confío en ti.

Doctora sonrió tristemente.

— Es una historia larga y empezó hace muchos años, cuando esta ciudad todavía era un pueblo.

La cara del abogado se puso color tomate.

— ¿Le parece que tenemos tiempo para una historia larga? Mi tiempo es valioso.

— Le voy a pagar su tiempo — dijo Ricchi — continúe por favor — miró a la doctora.

— Entonces. En esta ciudad vivía una chica... — otra sonrisa triste. Los recuerdos la ponían nerviosa.

— Era una buena persona. Era curandera del pueblo. Pero un día no pudo salvar el hijo del alcalde. Pobre chico murió.  
Los ojos de la doctora se llenaron de lágrimas.  
— y allí... a la chica la declararon bruja. Y ejecutaron en una fogata.  
Ricchi escuchaba sin respirar.  
El abogado ya estaba resignado.  
— Pero antes que la quemaron, la chica tomó un elixir...  
Doctora suspiró. Tenía un nudo en la garganta.  
Ricchi le tocó la mano.  
— Bueno — dijo la doctora volviéndose a la realidad. — ¿cómo esta Ela ahora?  
— Ayer fuimos a ver al señor Edson— continuo Ricchi — le dio elixir...  
La mujer sonrió.  
— Pobre Ela. ¿Cómo aguanto el elixir? Seguro que sufría mucho. Nunca le dimos esta sustancia mientras estaba consiente. Pero es una chica muy valiente.  
— No. Todo lo contrario. Le agradó.  
Una leve sorpresa le pasó por la cara de mujer.  
— Y además — continuo Ricchi — tenía aroma agradable, a rosas, me parece.  
La cara de la mujer se hizo piedra.  
— Lo que no entiendo — continuó Ricchi — ¿por qué apenas salimos del hospital, Ela otra vez se desmayó? No tiene pulso. Está como antes...  
Los ojos de la doctora tiraron relámpagos.  
— ¡POR QUE NO ES EL ELIXIR QUE LA REINA NECESITA! ¿Hace cuánto que está muerta?  
— De...desde...ayer — dijo Ricchi asustado.  
El abogado temblaba entero.  
La doctora apoyó las palmas a la mesa.  
— ¡Si señorita Dickens no recibe elixir correcto, pronto su cuerpo se va a descomponer y la vamos a perder para siempre!  
La mujer se levantó de golpe, se inclinó sobre la mesa y agarró al abogado de la punta del saco.  
— ¡SACAME DE ACA! ¡YA!

## Capítulo 25

Ricchi y el abogado salieron de la comisaria.  
El abogado Weiland estaba exprimido como un limón.  
Sudaba caliente.  
— ¿Qué le parece lo va a poder hacer? — preguntó el chico.  
— Déjame ver — dijo Weiland y sacó su celular.  
Después de un par de minutos de conversación cortó la llamada y guardó el teléfono.  
— Mira, chico. Recién hablé con un juez. Hay una posibilidad de sacar a la doctora bajo fianza. Que más pronto consigas dinero — más rápido la tienes contigo. Igual no me cierra el misterio que ustedes dos están tramando. Pero esto por ahora no es el asunto mío.

— ¿Cuánto hay que tener de plata?

— Diecisiete mil, con mis honorarios adentro — dijo el abogado sonriendo — piensa chico, como lo vas a hacer. Cuando estés listo llámame.

— Está bien — dijo Ricchi solo por decir algo. Sintió un mareo.

Weiland tomó un taxi y se fue.

Ricchi miró a la entrada de la comisaria. Allí adentro estaba la esperanza del chico para encontrar la ayuda para Ela. ¿Pero dónde puede conseguir tanto dinero?

Ricchi caminó unas cuadras y se acomodó en el banco de una plaza.

Se rompía la cabeza pensando. Una tras otra descartaba las posibilidades.

Su padre, Chilly y otros amigos. Préstamo de algún banco, robo de algún banco. Venta de algo valioso.

Nada servía.

Ricchi miró al cielo.

En este momento como una ola de agua helada le pego una idea loca. Solo de pensar en esto se le quedaban flojas las piernas. Pero había que actuar rápido. Y eso parecía la opción más viable que otras. La más riesgosa, pero podría funcionar. Con eso puede conseguir dinero para fianza. Solo porque tiene un ase en la manga.

"¡Dios mío! ¿Qué más voy a tener que enfrentar?"

Ricchi se levantó.

"Tranquillo, hace la memoria. ¿Cómo se llamaba la calle?"

Se acordó. Fue rápido a la avenida y paro un taxi.

Subió de prisa.

— Por favor, — dijo al taxista — a la calle Lincoln 366. Rápido por favor, estoy muy apurado.

## Capítulo 26

Mientras el taxi corría por las calles de Beltrama, Ricchi estaba pensando en el giro que dio su vida. En realidad no imaginaba como podría vivir con Ela. La condición de la chica era muy rara. ¿Muerta viviente? ¿Cómo proyectas tu vida con un cadáver caminante? Pero él la ¡AMA! No puede estar sin ella. Y por eso quiere salvarla. ¡Dios mío! ¿Salvarla de qué? ¿De la muerte? ¿De la vida de fantasma?

¡“Me voy a volver loco! Ela está viva, merece vivir. Tuvo una segunda oportunidad.

No me voy a renunciar.”

El taxi paro en frente de casa de padres de Ela.

Ricchi salió del auto.

Sentía vacía la cabeza. No sabía cómo empezar la conversación, que explicación dar. Solo le ardían en el cerebro las palabras de la doctora. "Si no la salvamos pronto, la vamos a perder".

Ricchi se acercó a la puerta y toco el timbre.

La puerta se abrió. Era la madre de Ela. Llevaba la ropa negra.

Al reconocerlo miró a Ricchi con odio.

— ¿Tu? ¿Qué quieres esta vez?

— Hola señora. Tengo que decirle algo muy importante.  
— Ya nos causaste bastante sufrimiento. ¡Vete de acá!  
Ricchi se acercó un paso.  
— ¡Me tiene que escuchar! Su hija los necesita. Ella está en peligro.  
La mujer lo quemó con la mirada.  
— Parece que no entiendes.  
Se dio vuelta mirando adentro de la casa.  
— Jerome. Vino este bastardo loco y nos está agrediendo otra vez.  
Se escucharon los pasos.  
Salió padre de Ela. Al ver a Ricchi, sus ojos se llenaron de sangre.  
— ¡Eres un maldito bastardo! ¿No te alcanzó de hacernos sufrir la vez pasada?  
Ricchi se acercó un paso más. Se puso muy cerca de hombre.  
— ¡Escúcheme bien! Soy tan normal como ustedes. Pero pasé últimos tres días junto a su hija. Y ahora ella necesita su ayuda. Si no, va a morir.  
El hombre no esperaba que el chico le hablara con tanta determinación.  
— Y además, señor, piensa un poco. ¿Cómo el taxista y la empleada de la cafetería reconocieron a Ela?  
El hombre trataba de acomodar el rompecabezas. Rascó la barba.  
— Y por último — dijo Ricchi — si ahora viene conmigo, le mostrare el cuerpo de su hija que está intacto sin nada de descomposición. No crea en mis palabras, crea en sus ojos.  
Era el ase que Ricchi tenía que usar.  
Los puños de Jerome se abrían y se cerraban.  
Se abrían y se cerraban.  
Se abrían y se serraban.  
Él estaba mirando a los ojos del chico, tratando de encontrar una gota de razonamiento de la situación. Y parece que la encontró.  
— Este buen. ¿Dónde está mi hija?  
La mujer salió de atrás de él.  
— ¿Que estás haciendo Jerome? ¡No puedes hacerme sufrir otra vez! Llama a Herbert para que encierre a este loco en un manicomio. ¡Él está suelto dañando a la gente!  
— Cálmate Mary. Yo no le creo nada. Yo sé que mi hija está muerta.  
El hombre miró a Ricchi con lastima.  
— Lo único porque lo hago — dijo a su mujer, — es porque este chico necesita ayuda.  
— ¡No! — Gritó la mujer — él necesita un tratamiento.  
— Justamente de eso te estoy hablando.

## Capítulo 27

El "Ford" de Jerome, padre de Ela, era muy cómodo. Corría por la calle como una lancha por un lago.

Ricchi estaba sentado atrás, la madre de Ela al lado del marido. La mujer parecía una estatua.

Miraba adelante fijo, no se movía.

Nadie hablaba. Solo Jerome suspiraba fuerte cada dos cuerdas.

Ricchi cerró los ojos. Trato de relajarse. Todavía lo espera la escena cuando los padres van a ver el cuerpo de su hija.

Y además, él no sabía cuánto tiempo queda para salvar a Ela.

— ¿Es por acá? — preguntó Jerome nervioso doblando a una calle lateral.

— Si, por favor — dijo Ricchi — es allí, hotel "Brisa".

"Que Dios me ayuda" — pensó Ricchi.

Entraron al hotel. Subieron escalera.

La madre de Ela lo miraba a Ricchi como a un demonio.

El hombre percató la mirada.

— Relájate Mary, no hay nada allí. Son alucinaciones del chico.

Ricchi sacó la llave de la habitación y con las manos temblando abrió la puerta.

Les hizo un gesto "pasen".

— Tu primero — dijo el hombre.

Ricchi entró.

Caminó por el pequeño pasillo hasta el dormitorio.

Ela estaba en la cama así como Ricchi la dejó. Una breve mirada al cuerpo le dio entender que él está corriendo contra el reloj. La piel de la chica era azul con unas manchas grises en las articulaciones. Los dedos y los párpados eran morados.

Sonaron los pasos por el pasillo. Entraron los padres de Ela.

En el momento la reconocieron, aun con otra ropa.

— Eh! — el padre de Ela parecía que se ahogó con agua. Sus ojos se abrieron grandes. La cara se estiro dejando la boca abierta.

La madre se cayó de rodillas al piso. Se agarró del borde de la cama, apretando el pecho del lado izquierdo.

Ricchi los miró a los dos.

¿Ahora me creen?

Padre de Ela pegó un rugido de animal rabioso. Estiró el brazo y agarró a Ricchi del cuello.

— ¿Qué hiciste? — dijo el hombre.

— ¡Estoy tratando de salvar a su hija! ¡Mírenla! Ella necesita su ayuda! Si no, ¡va a morir!

La mujer se acercó al chico y le pegó una cachetada.

— Hijo de perra! — gritó ella escupiendo la saliva.

Ricchi miró a Ela.

"Perdóname mi amor" — pensó él — "No sé cómo salvarte. Parece que no puedo hacer nada. Pero voy a intentar".

Ricchi agarró el brazo de Jerome que le apretaba el cuello, lo tironeó tratando de liberarse.

Pero el hombre lo sostenía fuerte.

— ¡Váyanse de acá! — Gritó el chico — ¡ya voy a encontrar la manera de salvarla!

— ¡Cállate la boca, pendejo! — dijo padre de Ela.

Lo giró al chico y lo chocó la cabeza contra la pared.

En la cabeza de Ricchi explotó una bomba nuclear.

El mundo cambió de color.

Se puso blanco y negro.

Y después negro.

La conciencia se volvía a los tirones.

Un sacudón.

Los planetas del sistema solar giran alrededor del sol con la velocidad de una calesita.

Otro sacudón.

Océano Pacífico levantó una tsunami y ahogó al chico.

Ricchi abrió los ojos. Las gotas de agua chorreaban por su cara. Brillaban a la luz del día.

Tercer sacudón.

Desde lejos se escucha una conversación.

— ¿Qué piensas hacer Jerome? — la voz de la madre de Ela.

— La vamos a enterrar una vez más — la voz de padre de Ela.

— ¿Y el bastardo este?

— Lo entregaré a Herbert.

## Capítulo 28

Ricchi trató de levantarse. La cabeza era frágil como cascara de huevo. La nuca estaba pegajosa de la sangre. El chico se sentó a una silla.

Padre de Ela estaba sentado en la cama al lado de su hija. Le miraba a la cara.

La madre evitaba mirar a Ela, a Ricchi, al marido y a todo el mundo. Solo observaba la decoración de cortinas que cubrían la ventana. La mujer estaba nerviosa, cada rato acomodaba su pañuelo negro.

Ricchi apretó fuerte la sien tratando de calmar el dolor de cabeza.

— ¿Por qué ustedes no me creen? ¿No ven que Ela no está muerta?

Jerome lo miró como a un loco.

— ¿Parece estar viva? — dijo él — te digo una cosa chico. ¡Mejor cierra la boca antes que te tire por la ventana! Ya aguanté bastante tus locuras. Tuve mucha paciencia, pero ya se me agotó.

Secuestraste el cuerpo de nuestra hija y estás jugando con él. Estás muy mal de la cabeza. Mira, hasta le cambiaste la ropa.

Ricchi miró a Ela. Se acordó el momento cuando Ela probó este jean y la blusa. Como se reía ella mirando al espejo.

Una angustia le apretó fuerte el pecho de Ricchi.

Él deseaba que Ela se levantara, abriera los ojos y que se terminara esta pesadilla que ellos dos estaban pasando.

"¿Sera que los padres de Ela tienen razón? ¿Y que yo estaba alucinando? ¿Y qué saqué el cuerpo del sepulcro?" — pensó el chico. "Pero no puede ser. Todo lo que pasamos juntos fue real. Tan real como la vida misma. Como el dolor físico. Como el amor verdadero. Y yo la amo a esta chica. No aguanto estar sin ella. No puedo verla así. Saber que se está muriendo. Voy a luchar. Y ahora la clave es — elixir".

— Escúchenme — dijo Ricchi — Solo les pido que hagan último intento. No cometan el error de matarla. Yo la amo igual que ustedes. Estos días pasamos juntos con ella. Ela está viva.

Jerome lo miró con mucha lastima.

Rascó la barba.  
Sacó el celular.  
Marcó el número.  
La mujer le clavo al chico una mirada de odio.  
Esperando que le atienden la llamada Jerome otra vez miró a su hija. Parece que quería aprovechar de verla una vez más hasta perderla para siempre.  
Los ojos del hombre brillaban de lágrimas.  
Miró la cara de la chica muerta.  
Tocó la mano del cadáver que era su hija.  
De repente soltó la mano de Ela y se levantó de un salto. . El celular se cayó al piso.  
Muy sorprendido el hombre miró a Ricchi.  
— ¿Por qué esta tan fría? — preguntó el hombre.  
Ricchi suspiró.  
— Porque no está muerta. Solo necesita un tratamiento para poder levantarse.  
Jerome se sentía perdido. No sabía en que creer.  
La madre se Ela lo miró sorprendida al marido.  
Padre de Ela estiro la mano y toco la cara de la chica.  
— Está helada. ¿Qué le paso?  
— Le puedo contar — dijo Ricchi, — pero mejor que lo haga la doctora.  
— ¿Que doctora?  
— La mujer que puede resucitar a su hija.  
Ricchi saco su celular. Empezó a marcar el número.  
La madre de Ela se acercó al hombre.  
— ¿Qué te pasa Jerome? ¿Porque haces caso a este loco?  
— Cálmate Mary, solo quiero entender que está pasando. Hay algo que no me cierra.  
— Tengo que llamar a un abogado — dijo Ricchi — tenemos poco tiempo.  
En el piso "se despertó" el celular de Jerome.  
"¿Hola? Hola Jerome, ¿hola?" — se escuchaba la voz de Herbert.

## Capítulo 29

Después de hablar por teléfono con el abogado, el padre de Ela se quedó convencido de ir a ver a la doctora.  
Pero todavía tenía que convencer a Mary, la madre.  
Ella empezó a gritar que su marido está loco. Que toda la gente está embrujada.  
Le costó mucho a Jerome calmar a su mujer. Finalmente ella acepto de cuidar a Ela, mientras él con Ricchi van a la comisaria a hablar con la doctora.  
Al salir del hotel, Ricchi miró al padre de Ela.  
— ¿Por qué usted me creyó?  
Jerome abrió la puerta del auto.  
— Yo pensé en todo lo que pasó — dijo el hombre — traté de entender tus motivos. También me

di cuenta que cuerpo de mi hija no estaba desvanecido, como podría ser al estar en la tumba. Por eso, te doy una oportunidad. Espero que tengas razón y podrás resucitara.

El hombre subió al auto. Ricchi se sentó al lado de él.

— ¿Sabes chico? Yo amé mucho a mi hija. Ahora sin ella, mi vida no tiene sentido. Y nunca mas lo va a tener. Al menos que... voy a poder abrazarla una vez más y ver sus ojos abiertos.

El auto arrancó. Jerome otra vez empezó a suspirar cada dos cuadras.

El abogado ya estaba en la puerta de la comisaria, esperando.

Ricchi y Jerome salieron del auto y se acercaron a él.

— ¿Quién es este señor? – preguntó Weiland a Ricchi, señalando a Jerome.

— Es el padre de mi novia – dijo el chico.

Jerome lo miró sorprendido. "¿Novia?"

— Viene con nosotros – continuó Ricchi.

El abogado lo miró a Jerome con sospecha.

— Y además – dijo Ricchi – es él que va a pagar la fianza y los honorarios.

El abogado sonrió. La sospecha se esfumó.

Entraron a la comisaria.



En diez minutos la fianza ya estaba paga. Los policías reciben dinero bastante rápido.

Pero así de rápido te niegan el trámite.

— No se puede dejar salir a la señora Virginia Clemens bajo fianza – les dijo una empleada uniformada – tenemos ciertas instrucciones en caso de ella.

El abogado se puso rojo.

— Yo hable con el señor Bruks, ¿lo conoce?

— Claro que yo conozco al juez. Pero el caso de la señora Clemens está bajo régimen de asuntos internos.

Ricchi la miró a la mujer.

— ¿Qué significa esto?

La mujer miró al abogado.

— ¿Le puede explicar al chico?

— Si – el abogado se puso pálido – en palabras simples, la doctora mató a los policías. Eso lo se sospecha de ella. Esto son asuntos internos. No permite fianza.

— ¿Qué hacemos ahora? – preguntó Ricchi.

El abogado se quedó pensando.

Jerome tosió para retomar la voz.

— ¿Y sin ésta doctora no se puede hacer nada?

— Hay que intentar – Ricchi limpió la respiración de la frente. Se dio vuelta al abogado.

— Tenemos que hablar con la doctora.

— Eso sí, se puede hacer – dijo Weiland.

Era la misma habitación donde se encontraron con la doctora la vez pasada. Aun la mujer vigilante era la misma. Pero no la doctora.

Cuando ella entró, Ricchi notó como se desmejoró. Estaba mucho más delgada. La cara tenía pálida. Ojeras negras. Las manos temblando. Caminaba lento, con cuidado para no caer. Y además la mirada de la doctora lo sorprendió a Ricchi. Parecía ida. Es como está luchando con últimas fuerzas tratando de agarrarse de la vida.

Los dos hombres y el chico la miraron con ojos abiertos al máximo.

— Tengo que salir de acá – dijo la doctora con la voz débil en vez de saludarlos– estoy muriendo.

### Capítulo 30

Jerome miró a Virginia Clemens. La reconoció. Era la doctora que atendió a Ela antes que la chica muriera.

— Buenas tardes señora Clemens.

— Hola señor Dickens. Me alegro de verlo.

— Me gustaría decir lo mismo, pero primero quiero escuchar alguna explicación sobre el estado de mi hija.

— Claro. Le puedo contar todo.

Antes que la doctora llegó a decir algo más, el abogado se metió en el medio.

— Lamento mucho la situación señora Clemens, —dijo el cachetón— pero no podemos sacarla de la cárcel bajo fianza.

— Lo presentía — dijo la mujer con la voz débil — esto no va a ser tan fácil.

Su mirada se puso triste.

— Pensar que yo estoy luchando hace casi cien años. Y ahora cuando parece posible vencer, me ganaron la mano.

Ricchi la miró con lastima. Una mujer tan linda, pero tan infeliz.

— Le quería preguntar por Ela — dijo el chico. — ¿cómo la podemos salvar?

Los ojos de la doctora se quedaron brillantes.

— Si. Ya que no puedo salir de acá, podemos pedir ayuda.

Jerome rascó la barba.

— Primero quiero escuchar una explicación.

La doctora suspiró.

— Está bien.

— Traten de no tardar mucho — dijo el abogado — tenemos poco tiempo.

— Está bien — contestó la doctora — voy a ser breve. Señor Dickens . Exactamente noventa y siete años atrás yo vivía en esta ciudad. Y acá me intentaron de ejecutar en la fogata como una bruja. Me salvé de milagro. Y ese milagro era elixir que pude generar.

— ¿Cómo no la quemó el fuego?

— Elixir es una sustancia muy fría que está en la sangre. Te protege del calor extremo y conserva tu cuerpo. Y no solo esto. Permite revivir la gente recién fallecida. Así resucitamos a su hija.

— ¿Pero para qué?

La doctora miró a la mesa y empezó a dibujar los círculos con el dedo. Estaba nerviosa.

— A su hija la estábamos observando desde chiquita. Ella tiene poderes especiales.

— ¿Cuales?

— Sentir las almas. Y hablar con ellas.

— ¿Pero para que necesita todo esto?

— Cuando yo me resucité, más adelante empecé a resucitar más gente. No quería estar sola. Y también quería vengarme. Así formé un pueblo. Nosotros nos llamamos los "Crimson". Durante muchos años teníamos que escondernos. No podíamos resistir a la masacre que nos hacían. Pero ahora llegó el momento de salir del escondite y vivir una vida normal. Su hija, señor Dickens nos puede proteger. Tiene un arma él más poderoso que he visto.

Los dos hombres y el chico se quedaron asombrados.

De atrás se escuchó el grito de la mujer policía.

— El tiempo de visita se terminó.

— ¡Necesitamos más tiempo! — se levantó el abogado diciendo a la mujer policía. — usted tiene que avisar anticipadamente a cinco minutos al terminar la sesión.

Ricchi la miró a la doctora preocupado.

— Por favor, díganos ¿cómo podemos salvar a Ela?

— Te doy número de teléfono de mi ayudante. Llámale. Él te ayudará conseguir elixir.

Ricchi sacó el celular.

— Estoy anotando.

— Se llama James Brash – dijo la doctora.

Ricchi empezó a anotar en los contactos, pero el celular ya tenía este nombre. Claro. Era celular de la enfermera que murió protegiendo a Ela.

— Para que él les crea, díganle mi verdadero nombre — Elizabeth Trenton. Y también adviértanlo que Edson, el cuidador de la morgue nos traicionó.

Al Jerome y al abogado se estiraron las caras.

— ¡La famosa leyenda de Elizabeth Trenton!

La mujer sonrió. De repente se acordó de algo más.

— Tengo una idea — dijo ella. — ya me falta poco. Entre hoy y mañana voy a morir. Sáquenme de la morgue y pongan elixir.

— Está bien — dijo Ricchi que entendía la situación mejor que otros dos hombres.

— No tarden, hay que salvar a la reina.

— ¿Por qué le dice "reina"?

Doctora sonrió.

— Porque va a reinar.

Jerome le tocó la mano a la doctora en un gesto de consuelo.

De repente se sorprendió.

— Pero usted no está fría como mi hija. ¿Todo lo que nos contó era mentira?

La mujer lo miró sonriendo. Se acercó la mano a su cara.

Recién ahora Ricchi notó la diferencia del color. La cara de la doctora era muy pálida con manchas azules. Y la mano era de color piel normal.

— No les estoy mintiendo.

De repente estiro la piel de una mano con la otra, arranco la piel con las uñas y la saco de la muñeca como un guante.

Los dos hombres y el chico se quedaron asombrados. La piel abajo del guante improvisado también era color azul.

La mujer puso la mano en el cachete de Ricchi. El chico sintió los dedos helados. La mujer lo miró con cariño.

— Te enamoraste de una chica muerta. Pero también te enamoraste de una reina. Pronto veras su gloria.

— El tiempo de la visita se terminó — gritó la mujer policía.

La doctora se fue custodiada por la policía. Después salieron los hombres y el chico. Lo último que vio Ricchi antes de salir, era el guante de piel tirado en la mesa.

## Capítulo 31

Antes de salir de la comisaria el abogado hizo un intento de sacar a la doctora de allí por la causa de la enfermedad. Pero no le permitieron. Lo único que logró era conseguir que lo avisan del estado de salud de la mujer si le pasa algo.

— Bueno — dijo abogado cuando ellos ya estaban en la calle — yo cumplí mi parte.

Jerome estaba distraído mirando a la gente que caminaba por las veredas. Tenían una vida normal. Estaban vivos. Disfrutaban estar vivos.

— Está bien — dijo Jerome al abogado — le voy a hacer el cheque.

Dos minutos después el abogado se fue contento con el papel valioso en el bolsillo. Antes de irse les prometió avisar cualquier novedad sobre estado de la doctora.

Jerome y Ricchi subieron al auto.

El hombre parecía distraído. Estaba pensando algo.

— ¿Sabes chico? Todo lo que paso me hizo reflexionar sobre nuestra existencia. Nuestra vida debe tener un propósito muy importante. Lo único que no sabemos cuál. Tenemos algunas ideas. Sobrevivencia, reproducción, y todo así. Pero lo que realmente no entiendo es – Jerome hizo una pausa — ¿sí sabemos que somos mortales, por que tenemos tanto miedo a la muerte?

Ricchi miraba por la ventaba del auto.

— Es complicado de entender señor Dickens. ¿Y a mí quien me explica que me enamore de una chica que muere y resucita tres veces por semana? Tiene poderes especiales y va a reinar un reino de los muertos. Ni en los libros yo vi esto. Parece una ficción del género paranormal.

— Hay que buscar explicaciones. Hay que seguir adelante. Ahora llama al ayudante de la doctora.

Ricchi suspiró y saco el celular.

— Espera — dijo el hombre — antes que nos metamos otra vez en este infierno de misterios, cuéntame un poco, ¿cómo estaba mi hija en esos días?

Ricchi sonrió.

— ¿Que le puedo decir? Es una chica maravillosa. Hermosa. Muy valiente. Pasamos un buen rato juntos. Nos amamos mucho.

Padre de Ela suspiró.

— Pensar que mi hija encontró su amor después de su muerte. Bueno, vamos a actuar. Llama al ayudante de la doctora.

Ricchi marcó el número.

"¿Hola?" — escuchó la voz de hombre, que a Ricchi le pareció algo conocida.

— Buenas tardes, quiero hablar con James Brash, me pidió comunicarse con usted señora Virginia Clemens, la doctora.

— Disculpe pero no conozco a nadie con este nombre.

— ¿y a Elizabeth Trenton la conoce?

El hombre en otro lado del teléfono hizo una pausa.

— ¿Cómo esta ella?

— Está grave — dijo Ricchi.

Otra pausa.

— Lo escucho – dijo el hombre.

— Tenemos que encontrarnos — contestó Ricchi.

— Está bien. Te espero en calle Monroe y Grant en treinta minutos. ¿Vas a llegar?

— Si.

Ricchi cortó la llamada. Miró a Jerome.

— Vamos.

A la hora acordada ellos ya estaban en lugar. Era un cruce de calles bajo un puente.

Un hombre con mucho cuidado se acercó al auto. Los miró con sospecha.

Ricchi lo reconoció al instante. James Brash, el ayudante de la doctora era el chofer de la ambulancia a quien el chico tenía que enfrentar para salvar a Ela. Allí es cuando murió la enfermera de las balas de la policía. La cara del hombre todavía tenía huellas de la pelea con Ricchi. Los moretones color magenta cubrían la cara casi por completo. Un ojo estaba hinchado. El hombre también lo reconoció a Ricchi. Estaba sorprendido.

El chico y padre de Ela salieron del auto.

— Parece que ahora estamos en la misma trinchera – dijo Ricchi al Brash.

El hombre lo miró con el odio.

— ¡No lo creo! ¡La vez pasada no nos llevábamos bien!

— Sin embargo las cosas cambiaron. Le tenemos que contar todo lo que pasó. Un rato después el ayudante de la doctora ya estaba convencido de ayudarlos. Primer paso sería aplicar el elixir a Ela. Después esperar las noticias de la doctora. Decidieron encontrarse en el hotel. James Brash va llevar el elixir y el suero. Ricchi le dio la dirección del hotel.

Antes de despedirse Jerome lo miró fijo a Brash.

— ¿Te puedo hacer una pregunta? – dijo padre de Ela.

— Si – dijo el ayudante de la doctora tocando el moretón en el ojo.

— ¿Tú también eres uno de ellos? ¿De los resucitados?

— No. Soy un hombre común.

— ¿Entonces porque es tan fiel a la doctora y hace todo éste sacrificio por ella? – intervino Ricchi.

El hombre lo miró pensando si puede revelar el secreto.

— La doctora Clemens me ayudó mucho en un momento muy duro de mi vida. Jerome y Ricchi lo miraban esperando que continúe.

— Ella resucitó a mi hijo.

Ya en el auto yendo al hotel Jerome sacó el celular y marcó el número. Después de esperar un rato, cortó la llamada. Estaba preocupado.

— ¿Qué pasa? – preguntó Ricchi.

— Mi mujer no contesta el teléfono.

## Capítulo 32

Llegaron al hotel en cuestión de minutos. La habitación estaba intacta. Nada de signos de violencia. Todo estaba en su lugar, menos Ela y su madre.

Ricchi y padre de Ela estaban desesperados.

Jerome volvió a llamar a su mujer. Ella no contestó.

Preguntaron al recepcionista. El joven con pelo grasoso y una verruga en la nariz les dijo que no vio nada. Nadie entró, nadie salió. Mientras contestaba las preguntas sus manos temblaban.

Ricchi y Jerome salieron del hotel y subieron al auto. Estaban desesperados. Estaban pensando.

— ¿Que habrá pasado? — Dijo Ricchi — no pueden desaparecer así como sin nada.

Jerome rascó la barba.

— Creo que les pasó algo. Toda esta historia es muy rara.

Jerome miró a Ricchi.

— Te quiero preguntar algo. Estas seguro que a Ela resucitaron?

Ricchi suspiró.

— Si. Si no me cree, vamos a un psiquiatra y que me revisa — dijo Ricchi enojado — yo estoy preocupado por Ela igual que usted. Y no la quiero perder.

— ¿Tu viste cuando la estaban resucitando?

— No. Pero ella aparecía viva más de una vez.

— Está bien — dijo Jerome — Te creo.

Jerome sacó el celular.

— ¿Que va a hacer? — pregunto chico.

— Voy a llamar a mi amigo.

Marcó el número.

— ¿Herbert? ¿Cómo estás? Tengo una emergencia.

Padre de Ela le contó sobre desaparición de su hija y su mujer. También sobre la doctora y el elixir. Finalmente le conto todo.

Después empezó a hablar Herbert.

Con cada palabra que estaba escuchando, Jerome se ponía más rojo de cara. Estaba enojado.

En un momento apretó un botón y las palabras del policía empezaron a salir en altavoz.

—... conozco a la doctora Clemens igual que tú. Atendió a Ela, pero siempre me parecía una mujer rara. Y ahora yo la tenía que arrestar. Está procesada por el asesinato. Además parece tener esquizofrenia. Está obsesionada con la resurrección y otras cosas ocultas. Probablemente va a terminar en un psiquiátrico. Pero lo peor de todo que mientras estaba libre posiblemente armó una actividad macabra que incluía secuestro de los cuerpos. Nosotros acá en el departamento policial ya teníamos algunos indicios que en la ciudad pasan cosas raras. Encontrábamos las tumbas abiertas, cuerpos desaparecidos. Me entiendes Jerome?

— Si, Herbert.

Padre de Ela miró a Ricchi a reojo.

Ricchi estaba escuchando sin respirar.

La voz pragmática de Herbert lo hipnotizaba.

Poco a poco entendía de qué se trataba.

Tenía ganas de llorar.

"¡Ya basta!" — Pensó él — "no aguanto más. Entonces todo este tiempo yo estaba rodeado de locos. Y padres de Ela tienen razón. Y este Herbert también. ¿Pero entonces que fue todo esto?

¿La mano fría de la doctora? ¿Un guante de piel? ¿De piel humana? ¿Sería un truco?

¿Por eso mismo no funciona elixir con aroma de rosas, porque no hay ningún elixir? ¿Y Ela?

Bueno. ¿Cómo explicar todo lo paso con Ela? Un sueño letárgico que la levantó de la tumba. ¿Un coma provisorio? ¿Y eso fue un disparador para la doctora y el grupo de sus ayudantes? ¿La empezaron a considerar la reina? ¿Y Ela no resucitó a la mujer en el hospital? ¿Fue una casualidad y mala praxis de los médicos?

La cabeza de Ricchi estaba por explotar. Y no había ninguna respuesta lógica. Solo la que decía Herbert.

— Y además — continuaba Herbert — si te acuerdas Jerome, todo empezó por ese chico que vino a tu casa el día de funeral.

— S, Herbert — contestó padre de Ela — ahora él está al lado mío.

En el teléfono se escuchó un suspiro de Herbert. Parece que él estaba preocupado por su amigo.

— Jerome, ¿te acuerdas que el chico tenía la cabeza lastimada?

Padre de Ela lo miró a Ricchi con lastima.

— Te pido por favor Jerome, no te caigas en esta trampa. Yo ahora voy a activar la búsqueda de tu mujer, esperemos que está todo bien y a Mary no la agarraron estos devoradores de tumbas. Anda a tu casa Jerome, capas que Mary esta allá. Si no está la vamos a buscar y la encontraremos. Lamentablemente a Ela ya nada la puede perjudicar. Anda a tu casa. Avísame si Mary no está allí.

Entonces voy a hacer todo lo que es a mi alcance para encontrarla.

— Está bien. Gracias Herbert.

— Y éste chico – continuo Herbert – yo no le voy a imputar los cargos por ayudar a unos secuestradores de cuerpos. Pobre chico fue engañado con unas mentiras y los trucos muy finos. Me da lástima por él. De alguna manera él nos ayudó. Encárgate de él por favor. Ayúdale con lo que necesita. Parece tener su propia historia triste en la vida.

— Esta bien Herbert. Me ocupo.

El padre de Ela cortó la llamada.

Apretó fuerte el celular.

— ¿Escuchaste todo, chico?

Ricchi asintió con la cabeza.

El hombre suspiró.

— Lo que puedo hacer por ti – dijo Jerome, — es llevarte a mi casa, para que descanses. Después fijate que quieres hacer. No tengo intención dejarte en un manicomio.

Ricchi estaba escuchando. No sabía que pensar. "Ya está. Me rindo. Me voy de esta ciudad."

— Está bien – dijo Ricchi con la voz cansada.

Jerome arrancó el auto.

Al llegar a la casa se dieron cuenta que la madre de Ela no está. Como tampoco el cuerpo de Ela.

### Capítulo 33

Jerome estaba preocupado. Ahora que en la ciudad está operando una banda de secuestradores de la gente, no era fácil de quedarse tranquilo. El hombre otra vez llamó a Herbert. Le pasó también el teléfono del James Brash, ayudante de la doctora. El policía prometió activar la búsqueda.

Después de cortar el teléfono Jerome se dirigió a Ricchi.

— Siéntate donde quieres — dijo el padre de Ela – en la cocina hay algo de comer.

Ricchi no tenía hambre. Solo miró alrededor. La casa se veía muy triste. Todavía tenía indicios de luto. El chico miró el retrato de Ela cruzado con la cinta negra.

A pesar de todo lo que paso sentía que la extrañaba a la chica.

— Le quiero pedir algo – dijo Ricchi.

— Te escucho.

— ¿Puedo ver habitación de Ela?

— Sí. Es arriba.

Ricchi subió la escalera. Entró a la habitación de la chica.

El ambiente parecía agradable. De un diseño cálido.

En una de las paredes estaba un poster de Metálica, igual que tenía Ricchi en su casa.

El chico se sentó en la cama. Miró las fotos de Ela en la cómoda.

En una de ellas Ela tenía como diez años. Estaba con los padres de picnic en el bosque. Ela está mirando a la fogata, observando la llama. Está muy concentrada y pensativa.

En otra foto, Ela está en la fiesta de graduación. Hay un chico al lado de ella. La tiene de la mano. Ela sonríe. Parece estar feliz.

Otra foto le mostró a Ricchi un cumpleaños de quince de Ela. La chica está riendo. En la mesa hay una torta con un número 15 en el medio. Y todos los parientes y amigos están alrededor.

Ricchi cerró los ojos. No podía aguantar el dolor. Las lágrimas salieron sin permiso. El chico tapó la cara. Largó un gemido.

"¡Dios mío! ¡Como la amaba! ¿Por qué tenía que enamorarme de una chica y en un rato perderla para siempre? Ella también me amaba. ¡Que injusto que es todo esto!"

Ricchi no podía estar en esta habitación. Salió caminado despacio. Las piernas se revelaron. No querían más llevar el cuerpo. La cabeza se convirtió en una piedra.

Jerome estaba sentado en la mesa del comedor. Tenía un vaso de vino tinto en la mano.

Lo miró a Ricchi.

— Perdí a mi hija. Y ahora no sé dónde está mi mujer. ¿Te parece justo?

Ricchi se paró al lado.

— La vida es injusta a veces. Nada más. Tenemos que aceptarlo. Le agradezco por todo. Me voy a ir.

— Lamento mucho que esta banda de locos te metió en su juego macabro. Menos mal que Herbert es una persona coherente. Decir la verdad yo también empecé a creer en todos estos trucos.

Ricchi asintió con la cabeza.

— Adiós señor Dickens.

— Adiós chico, suerte.

Ricchi se alejó y abrió la puerta. La calle estaba vacía. Esta anocheciendo. Pronto se oscurece.

Pronto se va a olvidar todo.

La vida seguirá su rumbo.

Para todos ellos.

Atrás de él Ricchi escuchó sonido del celular. A Jerome le entró una llamada.

Ricchi se dio vuelta.

"Debe ser Herbert. Ojala que la madre de Ela está viva".

— ¿Hola? — dijo Jerome. — ¿Herbert?

Se quedó escuchando. Ricchi estaba mirando fijo al hombre. La cara de Jerome se estiró. Los ojos se abrieron bien grandes. De repente cortó la llamada y miró a Ricchi. Parece que padre de Ela se está volviendo loco.

— ¿Qué pasó? ¿Quién llamó? — preguntó el chico preocupado.

— El abogado... Murió la doctora.

## Capítulo 34

Ricchi sintió un fuerte mareo. Se acercó a la mesa y se cayó sentado en una silla.

El padre de Ela estaba completamente desorientado.

El hombre y el chico se quedaron mirando uno al otro sin saber que decir. Sin saber que pensar.

"Esta pesadilla nunca terminará" — pensó Ricchi.

Después de un rato el chico habló.

— ¿Que se puede hacer ahora?

Jerome movió la cabeza "no tengo idea".



Ricchi miró al retrato de Ela. Algo se conmovió adentro de él.

"Voy a hacer el último intento por esa chica. Por más que me quede sin vida."

— ¿Dónde está ahora el cuerpo de la doctora? — preguntó Ricchi.

— La van a llevar a la morgue, hospital Santa Brigitta — contestó Jerome con la voz muy cansada.

"¡Otra vez este lugar terrorífico!" — pensó Ricchi.

Ricchi se levantó.

— Me voy allá.

Jerome asintió con la cabeza.

— Hace como quieres.

— No sé a quién creer — dijo Ricchi. — no sé qué está pasando. Pero quiero hacer algo que me permita encontrar la respuesta. Ahora estoy seguro que Ela estaba viva. Yo estuve con ella. Y ahora no la voy a abandonar. Adiós señor Dickens.

Jerome lo estaba mirando tratando de entender alguna lógica en toda la situación. No la encontraba.

— Dime. ¿Por qué lo haces? — preguntó el hombre.

Ricchi señaló el retrato de Ela.

— La amo. Eso es todo. La voy a seguir hasta mi propia muerte.

Jerome se levantó.

— Eres muy loco, chico. Y muy valiente. Por eso... voy contigo. Y además... — el padre de Ela se quedó pensando — es probable que voy a encontrar las pistas de mi mujer.

Ricchi sacó el celular.

"¡Al carajo con todo!". Ricchi ya no sabía que es verdad, que es mentira. El único deseo que tenía es ver a Ela. Por lo menos una vez más en la vida.

— ¿Hola? ¿Señor Brash? — Dijo el Ricchi por teléfono — Tengo noticias.

— Si, te escucho — contesto el ayudante de la doctora con la voz nerviosa.

— La doctora Clemens... ha muerto. El cuerpo de ella está en la morgue del hospital Santa Brigitta.

— Está bien. Vamos allá y la resucitaremos. No digan nada a nadie. Los espero allí. Tenemos que actuar rápido. ¿Me dijiste que el viejo Edson, el cuidador de la morgue nos traicionó?

— Si. Así me dijo la doctora.

— Entonces hay que apurarse. Yo llevo elixir. Y ustedes traten de conseguir un arma.

— ¿Para qué?

— Parece que alguien nos delató. A una cuadra de mi casa hay un auto de policía.

— Está bien — dijo Ricchi — vamos a tener cuidado.

— Dale. Los espero.

El ayudante de la doctora ya estaba por cortar.

"No se entiende si estoy hablando con un loco o una persona normal que tiene pruebas de resurrección" — pensó Ricchi.

— Espere señor Brash...

— ¿Que?

— Una pregunta. ¿De qué color es el elixir?

— Negro. ¿Por qué?

— Nada. Para saber.

— Está bien. Es un líquido muy poderoso, créeme. Pero actúa de una manera muy fea. Ya vas a ver.

Brash colgó el teléfono.  
Ricchi miró a Jerome.  
— ¿Tiene un arma?

## Capítulo 35

Ya era de noche. Las calles de Beltrama estaban iluminadas con faroles de luz amarilla. El auto de Jerome corría rápido. A buscar soluciones. A enfrentar el peligro. A salvar a sus seres queridos.

— Tengo un plan — dijo el hombre — cuando lleguemos, podemos apretar a Brash para averiguar todo. Tengo sensación que él sabe más de lo que dice. A ver si podemos encontrar a mi mujer. ¿Qué te parece, hijo?

Ricchi estaba pensando, golpeando celular contra la palma de la mano.

— Estoy pensando — dijo Ricchi — en lo que sabemos hasta ahora. Sabemos que existe una organización que según ellos se dedica a resucitar a los muertos. Por otro lado está la policía, que los busca. Si no hay nadie más en el medio, tenemos que pensar quien de estas dos fuerzas llevó a Ela y a su madre.

— ¿Por qué piensas que la policía llevó a Ela y a mi mujer? Yo creo a mi amigo Herbert. Lo conozco toda la vida.

— No sé. Puede ser que de alguna manera la policía relaciona a Ela con la doctora y su grupo. Ya que a su hija la consideran una reina.

— Parece lógico — dijo Jerome.

— Entonces serían los policías o la banda de la doctora. Al menos que hay alguien más que no conocemos.

El hombre se quedó pensando. Apretó fuerte el volante.

— Coincido. Alguien más que está fuera de nuestra sospecha.

— ¿Cómo quién?

Jerome suspiró.

— Mi mujer.

Ricchi lo miró sorprendido.

— Yo sé de qué hablo, hijo. A Mary le hizo muy mal la muerte de Ela. Pero en un par de momentos me pareció verla algo aliviada. Nunca supe por qué. Y si te acuerdas, Mary siempre optaba por dejar a Ela en el cementerio. No quería escuchar nada de ninguna resurrección.

— ¿Usted cree que su esposa no ha desaparecido? ¿Que ella llevo el cuerpo de Ela?

— Es probable. Algo me hace pensar que además de la morgue, tenemos que buscar en el cementerio.

Jerome detuvo el auto.

— Bueno. Llegamos.

El hospital parecía vacío. Estaba muy silencioso.

"Ding" — al celular de Ricchi entró un mensaje.

Era de Brash.

"Estoy en la entrada trasera."

Jerome y Ricchi salieron del auto.

Miraron alrededor. Todo parecía estar tranquilo.

— Espere — dijo Ricchi.

— ¿Qué pasa?

— Usted realmente confía en Herbert?

— Completamente. ¿Porque?

— Pienso que ya le avisaron lo que pasó a la doctora. Entonces la policía tendría que estar acá.

— ¿Para qué? Herbert persigue a vivos, no a los muertos. Imagino que el ya recibió la confirmación forense constatando la muerte de la doctora. Con eso le alcanza. Si te acuerdas, el no cree en resurrección.

— Si, es verdad — Ricchi sonrió — no como nosotros.

Jerome lo miró a los ojos.

— Yo tampoco creo en eso. Estoy acá para encontrar a mi mujer.

Ricchi se quedó quieto. Unos chorritos de respiración fría empezaron a correr por la espalda.

"¿Podre confiar en el padre de Ela?"

— Está bien — dijo Ricchi — vamos.

Brash estaba en la puerta.

— Hola — saludó él algo distante. Nada de amabilidad. Estaba nervioso.

Ricchi lo miró con atención tratando de encontrar algunos indicios de psicopatía o algo de esta lista de enfermedades. Pero el ayudante de la doctora parecía una persona completamente normal.

"Tampoco soy un psicólogo para detectar la locura de otros" — pensó Ricchi — "solo hay que tener cuidado. Vamos a ver si el famoso elixir funciona. Eso lo define todo".

Por un momento se le cruzó por la cabeza que Herbert tiene razón. Y ahora Ricchi y padre de Ela se están metiendo en una trampa preparada por unos esquizofrénicos. Si es así, lo espera un nicho en la misma morgue.

A Ricchi le empezaron a traspasar las manos.

— ¿Podemos entrar? — dijo Ricchi a Brash.

— Vamos — contesto Brash y entró primero por la puerta del hospital.

## Capítulo 36

Jerome entró atrás de Brash.

Ricchi iba tras ellos.

Antes de entrar el chico se dio vuelta y observó la calle nocturna.

Estaba vacía. Nada de gente. Poca iluminación.

Solo había una ambulancia, dos autos y un camión refrigerador.

Nada más.

Pero Ricchi sentía una sensación fea, indicios del peligro.

Finalmente entró por la puerta del hospital.

El ayudante de la doctora conocía bien el camino a la morgue.

Llegaron rápido. No se cruzaron con nadie.

Al entrar a la morgue se quedaron observando el ambiente.

Jerome estuvo acá por primera vez, miraba con interés.

Ricchi y Brash ya conocían este lugar.

Mesas de acero. Nichos en las paredes.

El escritorio del encargado.

Pero en vez del viejo Edson en el escritorio había un hombre de unos treinta años.

Estaba bien afeitado. Tenía pelo corto. Era musculoso. El uniforme del hospital le quedaba algo chico.

— Hola — dijo Brash sorprendido. Parece que no conocía al nuevo encargado de la morgue.

— Buenas tardes — contestó el hombre y se levantó.

Hizo una breve observación a los tres visitantes. Los miró rápido, de pies a cabeza fijándose en los detalles.

— ¿Y el viejo Edson dónde está? — preguntó Brash.

— No es su turno — contestó el hombre.

— ¿Y usted como se llama? No lo he visto antes.

— Mi nombre es Denner. Hace poco que trabajo acá.

— Está bien — dijo Brash, por más que su cada decía no está nada bien. — necesitamos ver el cuerpo de la doctora Clemens.

— Ningún problema. ¿Tiene permiso legalizado?

— Brash lo miró a Jerome. Jerome lo miró a Denner.

— Todavía no. Ya es tarde para firmar papeles pero el asunto es urgente.

— Lamento de rechazar su petición, pero sin los papeles adecuados no se permite la revisión de un cuerpo.

"¿Quién es este tipo?" – Pensó Ricchi – "¿con ese lenguaje trabaja en la morgue?"

Denner los miró a todos uno por uno y después miró a su reloj.

"Algo anda mal" – el chico tenía idea fija.

Parece que hay que actuar rápido y a fuerza.

— Escúcheme señor Dickens, — dijo Ricchi – me parece que hay que convencer a este señor de otra manera. ¿Usted trajo su arma?

Denner se sorprendió y se puso nervioso. Hizo un paso atrás y apoyó la mano en la cintura.

— ¡Necesitamos ver el cuerpo de la doctora! – dijo Jerome sacando la pistola.

Sin más decir se acercó a los nichos y empezó a abrirlos uno por uno.

Brash se quedó con la boca abierta.

Ricchi hizo unos pasos a la otra pared de nichos, para buscar a la doctora.

El encargado Denner de repente cambió la cara. Sonrió y pegó una mirada a su reloj.

Jerome estaba abriendo los nichos uno por uno. Los vacíos él cerraba en el instante. Los que tenían cuerpos, revisaba. Tenía cara de piedra, pero se notaba que sus nervios no son de acero.

Ricchi con la mano temblando abrió primer nicho de su lado. Por suerte estaba vacío.

En el segundo había un cuerpo tapado con la sabana. El chico levanto la tela para ver la cara del muerto. Parecía una anciana. Esto no puede ser la doctora. En el nicho siguiente había cuerpo de una mujer. Ricchi levantó la sabana y miró la cara. Los rasgos hermosos de la mujer le sacaron las dudas. Por más que el rostro estaba color azul de la descomposición de los tejidos. Era la doctora Clemens.

— ¿Encontraste? – escuchó Ricchi una voz de hombre. Una voz tan bien conocida.

El chico se dio vuelta. En la puerta de entrada estaba Herbert.

— Bien por ti – dijo el jefe de policía sonriendo como celebrando la victoria.

Todos lo miraron sorprendidos. Todos, menos Denner. Él también estaba sonriendo.

### Capítulo 37

Atrás de Herbert entraron cuatro policías armados.

Herbert les hizo seña ubicarse en los puntos estratégicos de la sala.

Después miró a todos que estaban acá antes, uno por uno.

— Te llamas Richard, ¿verdad? — dijo Herbert al chico.

Ricchi lo estaba mirando sin contestar.

Herbert suspiró.

— Está bien, después me ocupo de ti.

Miró a Denner.

— Buen trabajo sargento. Nos avisó a tiempo.

Sargento sonrió orgulloso.

Herbert miró a padre de Ela.

— Hola Jerome. Yo sabía no me vas a creer en lo que te dije sobre una banda de locos. Te conozco bastante bien, amigo.

Jerome estaba mirando sorprendido.

— Primero de todo te quería decir que te creí. Y me aparte de éste asunto.

— ¿En serio? — Dijo Herbert sarcásticamente — ¿y entonces por qué te encuentro acá?

Jerome suspiró.

— En principio yo quería apretar a este enfermero — señaló a Brash — para averiguar donde ellos escindieron a mi mujer. Y después...tenía una leve esperanza que este maldito elixir funciona.

Herbert empezó reírse.

— ¡Mi viejo amigo! Te vas a sorprender de lo que te voy a decir sobre elixir. Pero primero hacemos esto.

Herbert se acercó a Jerome y con un movimiento rápido le sacó el arma de la mano. Se dio vuelta y tiro la pistola a uno de sus subordinados.

— Bueno. Lo que te puedo decir es que elixir...

— ¿Primero decime si encontraste a mujer? — dijo Jerome enojado.

— Si. No te preocupes. Ella ya está en tu casa.

— ¿Que?

— ¿Tu pensaste que la secuestraron los siervos de la doctora? No. Tu mujer me llamó del hotel apenas ustedes se fueron. Ella sabía que no puede contar contigo. Pero conmigo sí.

La cara de Jerome se puso roja. Parecía que va a explotar.

— ¡Hija de perra!

— Déjala Jerome. Pobre mujer no sabía cómo sacar de encima a tu hija muerta.

— ¿Que? ¿Pero por qué?

— Después preguntale porque ella tiene tanto miedo a los muertos. Yo ahora no tengo tiempo. Si no, voy a perder a la doctora. Y a ella la necesito más a todos ustedes juntos. Pero bueno.

Volvemos a nuestros asuntos.

Ricchi sentía las piernas flojas. Y se sentó en el piso.

Con una breve mirada Herbert lo registró y siguió con su discurso. Parecía estar de buen humor.

— Como te decía Jerome — continuo Herbert — el elixir realmente funciona. Pregúntale al señor Brash. ¿Verdad? — dijo Herbert a Brash.

El enfermero lo miró con cara de lobo y solo apretó fuerte la bolsa donde tenía elixir.

Herbert sonrió.

— Por eso ahora lo vamos a resucitar a la doctora — dijo con cara de victorioso.

Jerome lo quemaba a su ex amigo con la mirada.

— ¿Entonces me mentiste Herbert? ¿Tu sabias lo de elixir?

— Por supuesto.

— ¿Pero cómo?

— Es una larga historia pero te doy algunos puntos claves. ¿Te acuerdas la famosa leyenda de Elizabeth Trenton?

Jerome no contestó.

— En tus ojos veo que si — continuó Herbert — bueno. No fue una leyenda. Fue una historia verdadera. Hace cien años en esta ciudad ejecutaron a una bruja. Pero ella resucitó. Y más adelante empezó a resucitar a otros llenando nuestra ciudad de esas criaturas horribles.

— ¿Pero tú que tienes que ver con todo esto? — dijo Jerome.

Herbert sonrió.

— A la bruja Trenton la quemó... mi abuelo. Era venganza por la muerte de mi tío. Y ahora soy la tercera generación que lucha contra esta banda de zombis o como los quieres llamar. Pero lo más interesante que la bruja se escapó y la estábamos buscando todo este tiempo. Cada tanto encontrábamos algunos de sus ayudantes y los matábamos. Esta lucha Jerome dura ya casi cien años. Mucho tiempo, ¿no? Y hoy es el día para ganarla. Por fin en mis manos está la famosa bruja. Que surte que me contaste de esa doctora. Yo pensaba que ella solo es una de los ayudantes. Ricchi estaba escuchando y ni lo podía creer. ¡En qué guerra lo metieron! ¿Por qué él no fue a otra ciudad que no sea Beltrama?

— Herbert — dijo padre de Ela con la voz cansada. ¿Qué tiene que ver en todo esto mi hija?

— Oh, Jerome. Eso es la frutilla de la torta. Ella también fue resucitada por la doctora. Me di cuenta después que nos contó este chico (señalo a Ricchi) en el día de funeral. Y allí en el cementerio me di cuenta que la mancha de café estaba fresca. Es decir, tu hija recién estaba viva. O sea, resucitada. Pero ya basta. Deja que me ocupe de la doctora.

Herbert se dio vuelta y dijo a sus subordinados.

— Pongan la bruja en la mesa.

Los policías estaban en shock. Parece que también escucharon toda esa historia por primera vez.

"Seguro que Herbert los tenía con el verso de grupo de locos, no resucitadores" — pensó Ricchi.

"Y no les contó nada de su verdadero propósito."

Dos policías se fueron al nicho y sacaron el cuerpo de la doctora. La acomodaron en una de las mesas y dejaron tapada con la sabana.

Herbert cruzó los brazos.

— Ahora es su turno — dijo a Brash.

## Capítulo 38

Brash estaba dudando. No sabía qué hacer. Él tenía claro que después de resucitar a la doctora lo van a matar. Y probablemente a ella también. Apenas Herbert saca la información necesaria, los días de Elizabeth Trenton se acabarán. En su discurso Herbert dio entender que es cazador de los "Crimson". Entonces todos ellos van a morir. Su propia vida no le importaba a Brash, si no la vida de su hijo resucitado. Sin la doctora los "Crimson" no pueden sobrevivir. Pero James Brash tenía una leve esperanza que por lo menos algunos de ellos van a poder seguir su existencia. Y eso sucederá gracias a la señorita Dickens, la futura reina de los "Crimson".

— Estoy listo — dijo Brash a Herbert.

— Preparen el lugar al cirujano — dijo Herbert con tono burlón.

Brash no reaccionó a la burla. Él sacó de su bolsa un suero y una botella grande con elixir. El líquido era color negro—petróleo. También parecía muy espeso.

Ricchi sintió escalofrió. Ahora delante de él van a resucitar a una persona muerta.

Brash se arremangó y colocó la aguja en el brazo de la doctora.

Después de todos los preparativos, abrió el suero y el elixir empezó a fluir por el cuerpo de la mujer. Brash se alejó como por precaución y se puso al lado de Jerome.

— Es interesante — dijo Herbert – nunca vi cómo funciona elixir. Algunos policías asintieron con las cabezas. Seguro que ellos tampoco lo vieron.

Todos dejaron de respirar. Era algo de no creer. Estaban viendo algo místico, macabro.

El cuerpo de la doctora estaba inquieto. Todos estaban esperando.

Pasó un minuto. Dos.

En un momento a Ricchi le entró una duda. ¿Será verdad que elixir funciona?

De repente un fuerte sacudón movió todos los músculos de la doctora. Su cabeza se golpeó fuerte contra la mesa.

Después otro sacudón, y otro, y otro. Los temblores desde interior del cuerpo de la mujer estaban retorciendo los músculos, hacían volar los brazos como buscando apoyo en el aire. Los pies y la cabeza golpeaban la superficie del acero con un ruido grave como tratando de liberarse de un dolor insoportable. La mesa se estaba tambaleando. El cuerpo podía caer en cualquier momento.

Todos los que observaban la resurrección se quedaron quietos. Los ojos de la doctora empezaron parpadear. Un fuerte rugido de animal reventó el ambiente revotando los ecos entre las paredes.

Ricchi ya no aguantaba más. Cerró los ojos y tapó los oídos con las manos lo más fuerte que pudo.

Aun así se escuchaban los rugidos de la doctora y los golpes del cuerpo sobre la mesa.

Los rugidos se cambiaron por los gritos del dolor. Parecía que a la mujer la están cortando a pedazos siendo viva y ella padece un sufrimiento inhumano.

Entre los gritos también se escuchaba que algo se chorreaba al piso algún líquido espeso como la sangre.

De a poco el efecto de elixir empezó a calmar a la doctora. Los golpes se hacían cada vez más débiles. El rugido de animal se cambió al llanto. Como una angustia profunda que salía del alma.

El rechazo a volverse a este mundo tan ajeno al paraíso.

Finalmente la mujer se quedó quieta.

Ricchi destapó los oídos, sin abrir los ojos. Tenía miedo de ver en que se convirtió la mujer. Su imaginación le dibujaba al chico un monstruo de las peores pesadillas.

De todos los sonidos se quedaron unos sollozos de la mujer los cuales fueron interrumpidos por la voz fría de Herbert.

— Bienvenida de vuelta al mundo, doctora Clemens! La estábamos esperando.

Ricchi abrió los ojos.

La mujer estaba sentada en la mesa tapándose con la misma sabana de la morgue. Pero ahora la tela estaba manchada de sangre. También había los charcos de sangre en el piso alrededor de la mesa.

Después de resurrección la doctora otra vez se veía como una hermosa mujer. Con su piel pálida y mirada fuerte, era la diosa.

Los ojos de la doctora estaban abiertos en grande. Con una mirada de susto y sorpresa ella estaba observando todo alrededor.

De a poco la mujer tomó la posta de la situación. Era una señora de mucho carácter.

"Y nos es de menos," – pensó Ricchi – "teniendo en cuenta todo lo que pasó ella en toda su vida.

Solo la ejecución en el fuego te transforma como persona y un ser humano."

La doctora miró a Herbert. Una mirada de odio lo penetró al hombre.

— Me alegro que me hicieron una cálida bienvenida – dijo la doctora Clemens – no merezco tanta atención a mi persona.

— ¡No! El placer es mío – dijo Herbert – yo la estaba buscando todos estos años, señora Elizabeth Trenton.

La doctora entendió que la han descubierto. Y ahora empieza una verdadera batalla.

## Capítulo 39

Parece que Herbert controlaba toda la situación. Pero la doctora también era una mujer de mucho carácter. Tenía los nervios de eslingas de acero. Sus cien años de vida le dieron mucha experiencia.

Ella miró alrededor. En un momento miró a Ricchi y le sonrió tristemente.

Después miró a Brash, su fiel seguidor. Un intercambio de miradas era como un dialogo mudo, pero Ricchi notó que la doctora le hizo una seña con los ojos, que apenas se podía percibir, y le señaló a Ricchi. Brash también miró a Ricchi a reojo. Parece que los "Crimson" tenían planes con él.

La doctora miró a Herbert sonriendo.

— Su visita fue inesperada para mí — dijo la doctora — disculpe el desorden — la mujer señaló la sangre alrededor de ella y acomodo la sabana con cual se estaba tapando.

Herbert se rio.

— No hace falta hacerte la heroína. Te quedan pocas horas de vida. Aunque me gustaría estirar un poco más mi triunfo. Pude terminar la caza que no llegaron a cumplir mis ancestros.

Elizabeth Trenton lo miró atenta, estudiándolo. Ella aprendió a distinguir muchas cosas en las personas. Pero ahora vio que Herbert era como una roca y entonces la guerra de ella parecía estar perdida. Al menos que surge un milagro.

Todos en la sala estaban esperando como continua esta situación tensa.



Ricchi estaba sentado en el piso y era muy atento. En este momento él solo quería saber qué pasaría con Ela. Y qué pasaría con su propia vida.

De repente percibió la mirada de Brash. El chico se quedó esperando una señal. El no imaginaba que podría hacer Brash ya que estaba custodiado por un policía armado. Pero fue solo una mirada rápida.

Mientras tanto Herbert largó un suspiro y se sentó en una mesa enfrente de la doctora.

— Hablemos claro Elizabeth. Lo que yo necesito es saber dónde tienes el laboratorio para cocinar este elixir macabro — el hombre sonrió — suena raro "laboratorio de una bruja". Como cambiaron los tiempos. Se nota que estamos en el siglo veintiuno. Ahora estoy pensando ¿con que te puedo chantajear, ya que las torturas no resultan con tu cuerpo muerto?

La mujer se quedó pensando.

— Yo también te puedo ofrecer algo — dijo ella. — Me voy con mi gente de esa ciudad y no vuelvo nunca más.

Herbert frotó los ojos. Estaba cansado. Sus estados de ánimo eran muy cambiantes.

— Olvídalo Elizabeth — dijo con la voz cansada — nunca creeré en la promesa de una bruja. Así que vamos por otro camino.

El hombre se dio vuelta y miró a dos policías que estaban vigilando la puerta de entrada.

— Traigan a Ela Dickens.

Las caras de Ricchi, Jerome y la doctora se estiraron sorprendidas.

Los dos policías desaparecieron atrás de la puerta.

Jerome se acercó a Herbert.

— ¿Dónde está mi hija?

— Relájate amigo — dijo Herbert — ya no tienes hija. Es solo una réplica.

Los ojos de Jerome se llenaron de sangre.

— ¡Hijo de perra! ¿Dónde está ella? ¿Qué le hicieron?

— No te preocupes. En unos minutos la van a traer. Esta acá a la vuelta. Un poco frizada tal vez.

"¡El camión refrigerador!" — se acordó Ricchi — "el que estaba frente del hospital! Allí la tienen a Ela"

La cara de Jerome se retorció de la rabia. El pegó un salto y agarró a su ex amigo del cuello de la camisa, pero Herbert hizo un movimiento rápido y brusco. Le dio a Jerome dos golpes veloces en la cara y el pecho. El padre de Ela voló hasta un rincón de la sala golpeándose contra la pared. Se quedó quieto por unos segundos. Después levantó la cabeza, escupió un poco de sangre al piso y trató de levantarse.

Un policía se acercó a él rápidamente y le apretó el pecho con la bota dejándolo clavado al piso.

Todos se quedaron mirando a Jerome.

De repente Ricchi sintió un leve golpe en la panza. Miró abajo. En la panza de él había un celular.

En medio segundo el chico escondió el teléfono bajo la remera y miró a Brash, pero el hombre ya estaba observando a la doctora y a Herbert.

## Capítulo 40

Ricchi apretó el celular que tenía guardado bajo la remera. Hay que hacer algo. Él metió la mano y tocó la pantalla. La pantalla se iluminó, pero debajo de la tela el brillo no se notaba tan fuerte. Era una ventaja. Pero a través de la remera Ricchi tampoco podía distinguir la imagen en la pantalla. Todos en la sala estaban esperando la llegada de los policías que fueron a buscar a Ela. Herbert empezó a bostezar. La doctora estaba muy nerviosa. Tenía la mirada clavada en la puerta de entrada. Ricchi tocó un icono en la pantalla del celular. Por la imagen que se abrió pudo distinguir unas filas de números. "Debe ser para marcar el número de teléfono para hacer llamada". Cerró el icono. Abrió el otro. Otra fila de números. "Debe ser la calculadora". – Pensó Ricchi – "Lo que menos necesito ahora es la calculadora. ¿Qué voy a calcular? ¿Cuántas horas de vida me quedan?" Abrió otro icono. "La cámara de foto. No es el momento para una selfie". "¡Dios! ¿Dónde están los contactos?" El próximo icono le mostró una lista. "¡Contactos!" Los dedos del chico temblaban. Parecían ser de madera. Ricchi miró a los policías. Nadie lo observaba. El chico eligió primer contacto y empezó a escribir. Las letras casi no se distinguían. Más que nada Ricchi trataba de encontrarlas por la ubicación en el teclado. Las letras empezaron a aparecer: "SOS morg hosp st brig" Apretó "enviar". "Espero que entiendan de que se trata". La pantalla cambió el fondo. Mensaje salió. "Ojala que sea destinatario indicado. No sé cuántos mensajes más llevo a enviar". Otra vez volvió a los contactos y eligió otro. Los elegía ciegamente. No se podía leer los nombres. Repitió el texto del mensaje. Lo envió. "¿Cuántos más voy a poder avisar? Y ojala que a ellos no se les ocurre contestar el mensaje, el sonido me va a dilatar." Desde pasillo se escuchó el ruido de las ruedas de camilla, acercándose. Todos se quedaron con nervios de punta. La puerta se abrió con un golpe. Los dos policías entraron una camilla con el cuerpo tapado con la sabana. "¡Debe ser Ela!" — pensó Ricchi y se levantó de golpe. Al último segundo llegó a sostener el celular que casi se cae. Los policías dejaron la camilla en el medio de la sala. Herbert se levantó de la mesa. Se acercó a la camilla y con un tirón sacó la sabana. En la camilla estaba Ela. Su cuerpo estaba endurecido, totalmente rígido. Parecía un maniquí. Estaba congelado. Era de color blanco, cubierto con la escarcha de hielo. La chica tenía puesta la ropa que le compró Ricchi. — ¿Que le hicieron a mi hija? — preguntó Jerome con la voz de sufrimiento. Herbert lo miró con la cara de consuelo sarcástico.

— Solo la congelamos para que el cuerpo no llega a pudrirse. La encontramos en muy mal estado. Toda azul, olor a podrido. Y además yo sabía que la iba a necesitar. Si no, como puedo apretar a la doctora.

La doctora se bajó de la mesa y se envolvió en la sabana. Ahora parecía una diosa griega.

Se acercó a Ela.

Jerome trató de liberarse del policía que lo tenía apretado contra el piso.

Pero el uniformado sacó la pistola, se arrodillo al lado de Jerome y le apretó la sien con la punta del arma. El padre de Ela le tiro una mirada llena de odio.

Ricchi sin sacar el celular debajo de la remera, lo metió atrás del cinto.

Se acercó a Ela.

"Pude mandar solo dos mensajes, esperemos que esto ayuda" — lo último que pensó el chico antes de tocar la mano de Ela.

Herbert se alejó un paso de la camilla.

— Bueno, acá tienen a la señorita Dickens.

El hombre suspiró.

— Pensar que la conozco desde chiquita – dijo Herbert — la tenía en mis brazos. Era buena chica, hasta que la convirtieron en una bruja. O ya era bruja desde su nacimiento, no sé.

— ¿Que vas a hacer ahora con mi hija? — preguntó Jerome.

— Mira Jerome, — Herbert lo miró sonriendo. — Ahora todo depende de la doctora. Si acepta mis reglas, podemos encontrar una opción.

La doctora estaba mirando a Ela con amor de una madre. Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas. Tanto que ella quería que Ela sea la reina. Que pudiera sacar a los "crimson" del escondite y darlos el derecho de vivir entre la gente. Pero ahora no hay esperanza. La lucha de la doctora se terminó. Solo queda un último intento.

La mujer se dio vuelta y miró a Herbert.

— Primero la tengo que resucitar. Y después hablamos.

— Acepto — dijo Herbert. — Adelante. Haga tu brujería.

Unos chorros de traspiración helada empezaron a deslizarse por la espalda de Ricchi. Hay que aguantar otra resurrección. Pero ahora es de Ela.

Ricchi apretó fuerte la mano de la chica. No la iba a soltar.

La doctora miró a Brash.

— James, dame el suero y el elixir.

## Capítulo 41

Brash miró al policía que lo custodiaba como pidiendo permiso. El policía miró a Herbert esperando órdenes. Herbert asintió con la cabeza.

Brash le pasó a la doctora el suero y el elixir.

Elizabeth Trenton tocó el brazo de Ela, lo arremangó e intentó de poner aguja. No pudo.

El cuerpo estaba muy endurecido.

La doctora suspiró. Abrió la botella con elixir y tiró unas gotas sobre el brazo. La piel de Ela en

este lugar se descongeló en el momento. Las gotas de agua que hace unos segundos era hielo se deslizaron por el brazo y se cayeron al piso.

No se podía creer que el elixir siendo una sustancia tan fría puede provocar al mismo tiempo tanto calor.

Todos estaban observando a la doctora.

— ¿Crees que puedes resucitar a mi hija? – preguntó Jerome apretando los dientes. Estaba muy nervioso.

— ¡Yo no la resucito! Lo hace el elixir. Vamos a ver si tiene poder de recuperar el cuerpo de Ela. Por lo que veo ella está en muy mal estado – contestó la doctora muy molesta.

Después de colocar el suero y el elixir la mujer largó un suspiro de alivio.

— Ahora vamos a ver qué pasa, — se dio vuelta y miró a Herbert – Si esta chica no se resucita. Olvídate de cualquier trato.

Herbert encogió los hombros.

— En todo caso, te mato a ti y sigo buscando a tus cómplices – contestó.

No era fácil para la doctora mantener la calma, pero ella solo apretó los puños.

El elixir fluía adentro de Ela llenándola de la vida.

Ricchi sostenía la mano de la chica. La miraba a los ojos tapados de hielo. Observaba la hermosa cara. Se acordaba como Ela lo miraba con amor. Todo el mundo dejó de existir para él.

De a poco el hielo que cubría el cuerpo de Ela se derretía descubriendo el cuerpo.

Los ojos de Ricchi se abrieron grandes. La carne de su chica amada estaba color azul oscuro con manchas negras en algunas partes. Era realmente un cadáver descompuesto durante varios días. Un olor a cuerpo muerto llenó la sala. Todos los que estaban allí se sentían molestos por el fuerte olor.

Pero Ela todavía no se movía. No había vida en ella.

Paso un minuto.

Dos.

Tres.

De repente los parpados de la chica temblaron. Otra y otra vez.

Ela se estaba despertando.

Y allí llegó la fase de resurrección.

La carne vieja se empezó a desprenderse del cuerpo cayendo alrededor de la chica.

Un flujo de sangre salió de la nariz.

Otro de la boca.

Otro de las orejas.

Los brazos de Ela se movieron. Después se levantaron al aire.

A Ricchi le costó sostener la mano de Ela, ya que los músculos empezaron a tambalear con mucha fuerza. Los pies pateaban la superficie de la camilla.

Ricchi no aguantó más. Soltó la mano de Ela y se alejó unos pasos. Él tenía ganas de salir corriendo.

El cuerpo de Ela empezó a convulsionar. Los músculos de espalda se retorcieron, poniendo el cuerpo como un arco y en próximo segundo dejándolo plano golpeando la espalda contra los caños de la camilla.

— ¡¡¡Ah—ah—ah!!! – pegó un grito Ela. La voz era sobrenatural. Parecía un animal herido.

Todos que estaban en la sala la miraban asustados. Todos menos la doctora, que la observaba a Ela muy atenta.

Menos Brash, que ya vio varias resurrecciones en su vida.  
Y menos Herbert, que observaba a Ela con una sonrisa malvada. La resurrección de la chica le daba una ventaja en su lucha en contra de los "crimson".  
Ela empezó gritar del dolor. El sonido de su grito reventó el ambiente.  
Ricchi tapó los oídos. Sus ojos se llenaron de lágrimas.  
Ela seguía gritando. Así debe ser que grita una mujer en el parto muy doloroso, dando una nueva vida. Pero ahora Ela estaba dando una nueva vida a sí misma.  
La resurrección de la posible reina de los "crimson" se estaba terminando.  
La chica se estaba calmando. Tras la carne caída, aparecía una nueva piel, muy pálida. Pero así como Ricchi la estaba acostumbrado a ver.  
Después de unos últimos gemidos de dolor Ela de golpe abrió los ojos. En su mirada había un susto infernal. Ella se sentó en la camilla y miró alrededor. Tenía todavía los ojos vidriosos.  
— ¿Dónde estoy?  
Ricchi corrió hacia ella y la abrazó con toda su fuerza.  
— Estás conmigo mi amor – le susurró al oído.  
— Ricchi. ¿Yo estaba durmiendo?  
— Se puede decir así.  
Ela lo miró a la cara. Le hizo cariño en el cachete.  
Unas lágrimas salieron de sus ojos.  
— ¿Estás bien, mi amor?  
Ricchi bajo la mirada. No sabía que contestar.  
Ela lo miró preocupada. Después miró alrededor. Vio todo el ambiente.  
Los hombres armados.  
A Herbert con cara malvada.  
A la doctora envuelta en la sabana.  
A su padre con la pistola en la cabeza.  
— ¿Qué está pasando? – preguntó con una voz débil.

## Capítulo 42

Herbert se acercó a Ela.  
— Bienvenida de nuevo. Ahora ustedes chicos pueden seguir con sus diálogos amorosos, y yo voy a seguir con mis asuntos.  
— Traigan los botellones — ordenó Herbert a sus subordinados.  
Dos de los policías salieron a paso rápido.  
— Entonces doctora — Herbert se dio vuelta a Elizabeth. La cara de él se transformó. Ahora estaba muy seria. — ¿Dónde está tu laboratorio?  
— Primero sueltas a la señorita Dickens.  
— Me lo imaginaba que lo vas a pedir, si no, la resurrección de la chica no tiene sentido.  
— ¿Entonces? — preguntó la doctora.  
Herbert se quedó pensando.  
— Está bien. Para mi victoria de hoy esta chica no resulta un gran trofeo. Lo único que me gustaría

saber, ¿porque ustedes están tan aferrados a ella?

La doctora miró a Ela con amor.

— Ella es mi creación. Le quería delegar mi lucha.

— Me estas mintiendo bruja — dijo Herbert meneando la cabeza — yo sé que esta chica tiene algo especial, pero no sé qué es. Por algo su madre le tenía miedo desde que Ela nació. Por algo, a lo largo de su vida alrededor de Ela habían cosas extrañas. Como por ejemplo, cada tanto se desmayaba la gente.

Herbert se dio vuelta.

— Traigan a Jerome!

El policía que tenía vigilado a padre de Ela, apartó la pistola de su cabeza.

Jerome se levantó.

Su mirada parecía ser de un cristiano que vio a Jesús mismo.

Jerome despacio se acercó a Ela. Los ojos de hombre se llenaron de lágrimas.

— Hija. ¡Estas viva! Mi chiquita.

— Papa. ¡Cómo te extraña!

Jerome abrazó a Ela. Ella apoyo la cabeza en su hombro. Ela estaba llorando.

— Desde que moriste yo no quería vivir. Después solo tenía esperanza de verte y poder abrazar una vez más.

— Estoy viva, papa. Estoy contigo.

— ¿Que les parece si seguimos conversando ente todos? — dijo Herbert.

Jerome miró a Elizabeth.

— ¡Gracias doctora por resucitar a mi hija!

Elizabeth se sintió incomoda. Solo bajó la mirada. Parecía que había algo que no podía enfrentar.

Herbert miró a Jerome.

— Mi viejo amigo. Me emociona verte tan feliz, pero no entiendo ¿por qué agradeces a la asesina de tu hija?

La cara de Jerome se puso pálida.

— ¿De qué me estás hablando?

Herbert sonrió.

— ¿Que te parece bruja, le cuento yo o le cuentas tú?

Jerome soltó a Ela y se acercó a Elizabeth.

— ¿Que pasa doctora? ¿Hay algo que debo saber?

La doctora miró al piso.

Acomodó la sabana en que estaba envuelta.

— Escúcheme Jerome — dijo la doctora con la voz ronca — nosotros no teníamos otra opción.

Estábamos en peligro. Por eso cuando Ela estaba internada yo decidí a hacer de Ela una "crimson".

—...y para eso primero la tenías que matar — dijo Herbert.

Jerome miró fijo a los ojos de la doctora. Apretó fuerte los puños. Parece que estaba a punto de pegarla.

Herbert se acercó a Jerome y le puso la mano en el hombro.

— Ya está amigo, son cosas que pasan en la vida. A veces te encuentras con gente muy mala.

Ricchi se acercó a Ela y la abrazó de los hombros. La chica miraba a la doctora con cara de desilusión. Hace unos minutos ella sentía que tenía una madre. Y ahora la traicionaron una vez más.

Mientras tanto Herbert seguía dirigiendo la situación.

— Bueno, volvemos a lo nuestro. Entonces, la suelto a Ela y me decís la ubicación de tu laboratorio.

— Primero ella se va — dijo la doctora.

— Está bien — dijo Herbert e hizo una seña a los policías en la puerta.

Los dos vigilantes se apartaron de la salida.

Ela miró a la puerta.

— ¡No voy a ir sin mi padre y mi novio!

Herbert miró a Ricchi.

— ¿Es tu novio? ¡Ja! No lo imagino. Al menos que lo conviertas también en un zombi como tú.

Ela se puso enfrente de Herbert.

— ¡No es asunto tuyo! ¡Me voy con ellos!

Herbert suspiro.

— Está buen. Ustedes se aprovechan de mí que estoy de buen humor. Váyanse los tres. Pero si a alguno de ustedes yo encuentro en esta ciudad, no van a tener una segunda oportunidad.

Ricchi suspiró con alivio.

De repente la puerta de entrada se abrió y entraron los dos policías enviados por Herbert. Cada uno de ellos tenía dos botellones plásticos con un líquido verde.

Al ver los botellines los ojos de Elizabeth se llenaron de lágrimas. Ella sabía que llegó su fin.

— ¿Qué es esto? — preguntó Jerome.

— ¿Y a que parece? — dijo Herbert. — Ya que a esta bruja no la afecta el fuego, vamos a usar un ácido.

Ricchi miró a la doctora con lastima.

Jerome lo agarró al chico de la mano. Con la otra sostenía a Ela.

— Vámonos — dijo él.

— Esperen — la doctora se acercó a ellos — ¿me puedo despedir de Ela?

Jerome miró a Herbert.

— No me mires a mí — dijo Herbert sarcásticamente — no me tienes que pedir permiso. Ustedes ya están libres. Es tu decisión.

Jerome le clavó una mirada de odio. Después miró a la doctora y asintió la cabeza.

Elizabeth se acercó a Ela.

La miró a los ojos.

— Si algún día trates de entender como fue mi vida todos estos años, posiblemente me vas a perdonar. Yo tenía que hacerlo. Te puse en el altar de nuestra lucha. Pero lo hice por toda la gente que esperaba de mí una salvación. Nos estaban persiguiendo y matando.

— Lo voy a tener que entender — dijo Ela – no hay otra opción.

— Lo que te hice — continuó la doctora — fue porque tú tienes un don especial. ¿Me entiendes Ela?

— Entiendo.

La doctora la agarró de la mano.

— Ela, mírame. ¿Me entiendes?

La chica miró a los ojos de la mujer sin entender el sentido de sus palabras.

— Ela — dijo Elizabeth casi susurrando — tu puedes salvarnos ahora mismo.

"¡Mi poder!" — Se acordó Ela — "lo puedo usar."

Ela se dio vuelta y miró a Herbert tratando de hablar a su alma.

— ¿Que te hice ahora? — Dijo el hombre sonriendo — ¿qué me miras con tanto odio?  
Ela estaba concentrada en Herbert tratando de penetrar su interior y llegar a los más profundo de la existencia humana.  
Pero no pasaba nada. Herbert la seguía mirando sonriendo.  
"Parece que este hombre no tiene alma" — pensó Ela. Ella se puso muy nerviosa.  
— Muy buen intento de hipnotizarme, pero ahora estoy ocupado.  
Herbert levantó uno de los botellones.  
— Entonces bruja — dijo a Elizabeth — espero que no olvidaste la ubicación de tú laboratorio.  
Ya que tienes cien años, tu memoria puede fallar.  
Jerome dio a Ricchi y a Ela un suave empujón, dirigiéndolos a la salida.  
Ricchi miró a la doctora por última vez. El chico tenía una sensación extraña. Por un lado la odiaba a Elizabeth por lo que hizo con Ela y por otro lado la entendía.  
Ya en la salida Ela también se dio vuelta y miró a Elizabeth. Ahora Ela con su mirada le pedía perdón a la doctora por no poder salvarla. Las habilidades de Ela no funcionaban de la nada.  
Todavía la chica no las podía manejar.  
Elizabeth miró a Herbert asustada. De repente se sentó desplomándose en el piso, tapó la cara con las manos y largo un llanto.  
Herbert hizo un paso hacia ella con botellón en la mano.  
Jerome, Ela y Ricchi salieron de la sala.  
En el pasillo había otros dos policías vigilando.  
El hombre y los chicos pasaron al lado de los vigilantes mirándolos a reojo.  
En otro pasillo había dos uniformados más.  
Y en otro pasillo también.  
"Parece que Herbert trajo todo el departamento policial. Debe ser que toma a nosotros muy en serio. Más que nada a la doctora."  
Ricchi siguió caminando atrás de Ela y Jerome.  
De repente el celular que tenía Ricchi atrás del cinturón, se deslizó y cayó saltando por el piso.  
Uno de los policías miró a Ricchi sorprendido. Ricchi se puso pálido. Levantó el teléfono rápidamente pero el policía ya estaba delante de él estirando la mano para sacarlo.  
Y en este momento de afuera del hospital empezó a sonar disparos.

### Capítulo 43

Los policías se quedaron atentos al ruido afuera del hospital. Dejaron de prestar atención a Jerome y a los chicos. Solo sacaron las armas y tomaron posición defensiva.  
Jerome agarró a Ela y Ricchi de las manos y los tres y siguieron corriendo al otro pasillo.  
El tiroteo en el hospital provocó un barullo a grandes rangos.  
De las habitaciones se asomaban los enfermos y el personal médico.  
Algunos corrían por los pasillos, gritando asustados. Otros se volvían a esconder.  
— ¡Vamos por acá! — dijo Ela, señalando al cartel de salida de emergencia.  
Los tres fueron corriendo, chocándose con la gente.



— ¿Conoces bien este hospital, verdad? — dijo Ricchi a Ela.  
— Estuve internada acá. Hasta que me mató la doctora.  
Unos pasillos más y los tres llegaron a la salida trasera del hospital.  
Los tiros reventaban el aire a la vuelta, en la entrada central.  
— Por acá — dijo Jerome agitado — allí deje el auto.  
Menos que en un minuto, ellos llegaron al "Ford" de Jerome.  
Padre de Ela saltó al volante.  
Los chicos al asiento trasero.  
El auto arrancó chillando y sacando el humo blanco de los neumáticos.  
Ricchi se dio vuelta y miró al hospital.  
Al edificio llegaban los otros autos de policía. Los agentes saltaban de los vehículos con armas en mano.  
"Si la policía está peleando con los "crimson" que vinieron a salvar a la doctora, los "crimson" están en problemas contra tantas fuerzas policiales" – pensó el chico — "y la doctora también".  
Pero ellos tres en el auto de Jerome ya estaban fuera del peligro. Por lo menos así pareciera.  
Ricchi abrazó a Ela.  
Ella le dio un beso y apoyó la cabeza en su hombro.  
La chica suspiro aliviada. Parecía estar feliz.  
Jerome los miró por el retrovisor sonriendo.  
En unas diez cuadras el tiroteo ya no se escuchaba.  
Ricchi miró al reloj en el tablero del auto.  
Eran 3.30 de la mañana.  
La ciudad estaba vacía.  
Las calles tenían reflejo de los faroles en el asfalto mojado por la reciente lluvia.  
Ricchi le dio un beso a Ela.  
La chica le respondió. Ella cerró los ojos disfrutando el momento. Tenía labios helados.  
Ricchi abrió la ventana. Una ola de aire fresco con olor a lluvia le pegó en la cara.  
— ¿Adónde vamos ahora? — preguntó a Jerome.  
El padre de Ela sonrió.  
— Decir la verdad, me gustaría irnos a la casa. Tengo una conversación pendiente con mi mujer.  
Pero esto no sería adecuado ahora. Por eso nos vamos de esta ciudad lo más lejos posible. Espero que Herbert no nos va a buscar. Ojala que lo maten en el tiroteo.  
Ricchi suspiró y apretó la mano de Ela. No quería perderla otra vez, pero la solución del problema todavía estaba lejos.  
— Herbert no nos va a buscar — dijo Ricchi — no le hace falta.  
— ¿Por qué? — preguntó Ela.  
Jerome también miró a Ricchi por el retrovisor sorprendido.  
El chico miró a Ela.  
— Porque en menos de dos días tenemos que volvernos a esta ciudad.  
Los ojos de Ela se abrieron del susto.  
— Mi amor... – continuó Ricchi –...no tienes elixir.  
Jerome dio una puñalada sobre el volante. El auto pegó un giro y después volvió al medio de la calle.  
— Estamos anclados acá – dijo Jerome con el dolor en la voz.  
— Si – Ricchi suspiró – ahora entiendo por qué Herbert necesitaba el laboratorio de la doctora.

Sin elixir, todos lo "crimson" mueren en dos días.  
Ela abrazó fuerte a Ricchi. Los ojos de la chica se llenaron de lágrimas.  
— No quiero perderte otra vez – le dijo al oído.  
— No me vas a perder – dijo Ricchi y le hizo cariño en la mejilla. – Todo va a estar bien. Vamos a encontrar la solución.  
— ¡Maldito bastardo este Herbert! – Jerome dio otra puñalada sobre el volante y freno de golpe. El empuje los tiró a los chicos adelante.  
Ricchi lo miró al hombre.  
— Señor Dickens, vamos a encontrar la soluc...  
La frase se cortó por la mitad. El chico se quedó con la boca abierta. Igual que Ela.  
La salida de la calle estaba cortada por dos autos policiales. No tenían las luces prendidas. El padre de Ela los pudo detectar solo a unos cincuenta metros.  
Como por arte de magia, atrás sonó el arranque del motor. Otro auto policial salió de la vuelta de la cuadra, frenó en el medio de la calle cortándoles el camino de huida.  
Ahora el auto de Jerome se quedó bajo la iluminación cruzada de los autos policiales de atrás y adelante. Un blanco perfecto.  
Ela mordió el labio y apretó fuerte la mano de Ricchi.

## Capítulo 44

Era una trampa de Herbert. No los dejó ir.  
Los policías salieron de todos los autos con las armas en manos y apuntaron al auto de Jerome. El padre de Ela estaba analizando la situación dando golpecitos con los dedos sobre el volante.  
— ¡Salgan del auto! — gritó uno de los uniformados que tenía los parches de sargento.  
— Agáchense chicos — dijo Jerome.  
— ¡Papa no! — dijo Ela asustada.  
— Tranquila hija, no tenemos otra opción.  
Jerome apretó acelerador. El auto se tiró adelante espantando a los policías. Ellos se saltaron a los costados disparando de todos los cañones.  
Ricchi y Ela se agacharon.  
Las balas martillaban el auto perforándolo como una lata.  
Bajo fuego cruzado era difícil de escapar.  
Las ventanas se trizaban tirando los trozos de vidrio llenando el salón.  
El auto de Jerome avanzó a toda la velocidad y chocó a los autos policiales sacándolos a los costados. Tremendo golpe sacudió a Jerome y a los chicos.  
Pero ellos pudieron seguir adelante.  
El auto de Jerome corrió por la calle.  
Ricchi levantó la cabeza.  
"Parece que salvamos".  
Pero de repente escuchó que el padre de Ela largó un rugido del dolor.

La cabeza del hombre se apoyó sobre el volante.  
El auto empezó a correr en zig—zag.  
Finalmente se fue al costado arrastrando un contenedor de basura.  
Atrás ya se escuchaban las sirenas. Los policías estaban llegando.  
Jerome estaba inconsciente.  
El auto corría sin dirección, llevando por delante todo lo que encontraba en su camino.  
Ela empezó a gritar del susto.  
El vehículo avanzó unos metros más y a toda velocidad se incrustó a un negocio atravesando de la vidriera.  
El vidrio se disparó a pedazos tirando una lluvia sobre el auto.  
El auto entró al negocio hasta el fondo tirando los maniqués y estantes.  
Se detuvo golpeando el mostrador.  
Ricchi miró atrás.  
Los autos de policías llegaron y se quedaron en la vereda. Los agentes salieron y con cuidado empezaron a entrar al negocio con armas en las manos.  
Los rayos de linternas recorriendo la oscuridad de la tienda.  
— ¡Papa! — gritó Ela y lo tironeó al hombro a Jerome.  
El padre de Ela no se movió.  
— ¡Papa! — la chica lo tironeó más fuerte. El cuerpo de Jerome se deslizó y cayó al asiento de al lado.  
"Lo mataron" — pensó Ricchi.  
Una ola de rabia le llenó el pecho.  
Ricchi estaba a punto de explotar. Si tendría un arma, empezaría a dispararlos.  
Pero las armas tenían ellos, no él.  
Y todos apuntaban a los chicos.  
— ¡Salgan todos del auto ya o vamos a disparar! — gritó el sargento.  
Un rayo de linterna policial iluminó a Ela.  
Ella miró a Ricchi. La chica no estaba llorando. Solo estaba furiosa.  
Ricchi la agarró de la mano.  
— Salgamos del auto. Despacio. — dijo Ricchi con la voz temblando de rabia.  
Ahora los ojos de Ela largaban fuego.  
Ella empujó la puerta y salió.  
Ricchi se apuró de salir tras ella.  
Ela caminó a paso firme hacia los policías con los puños bien apretados. Se detuvo a unos metros delante de ellos.  
— ¿Que hicieron bastados? — gritó Ela. — ¡Mataron a mi padre!  
El sargento hizo un paso adelante y apuntó a la chica con la pistola.  
— ¡Manos en la cabeza! ¡Date vuelta!  
Ricchi se puso al lado de Ela y levantó las manos.  
Ela los miró fijo a los policías.  
— ¡Fuera de acá! — gritó ella. — ¡Asesinos!  
Los cinco agentes se miraron entre ellos.  
— ¡Te dije, manos en la cabeza! — repitió el sargento.  
— Y yo les digo — ¡fuera de acá!  
El sargento guardó el arma y agarró a Ela del brazo. Ela lo miró fijo.

De repente la cara del hombre se estiró del asombro. Los ojos se abrieron bien grandes. El cuerpo se aflojó. Las piernas se doblaron en las rodillas. El hombre se desplomó en el piso. La chica libero el brazo de la mano del sargento e hizo un paso a los otros policías.

— ¡Fuera de acá! – gritó ella.

Los agentes apuntaron a la chica listos para disparar. Pero no llegaron. Sus cuerpos también se cayeron al piso uno por uno. Las almas abandonaron sus dueños y se volaron libres. Ela se dio vuelta y corrió a Jerome. Abrió la puerta del auto.

— ¡Ricchi ayúdame a sacarlo!

El chico estaba en estado de shock mirando a los policías que parecían muertos.

— ¡Ricchi!

El "se despertó", ayudó a Ela a sacar a Jerome y acostarlo en el piso.

Ela abrazó al padre y lo miró a los ojos cerrados.

— ¡Vuélvete! ¡Te ordeno que vuelvas! – gritó Ela.

Jerome no reaccionaba.

Ela miró arriba como tratando de encontrar el alma de su padre.

— Vuélvete, por favor. Papa, ¡vuélvete! No puedes ir.

Ricchi se arrodillo al lado de la chica. La abrazó del hombro.

Ela empezó a llorar.

— Papa, no. Te tienes que volver. No me poder dejar.

De repente los ojos de Jerome se abrieron. Los chicos quedaron asombrados. Ela lo sacudió al padre.

— ¡Está vivo! – dijo Ricchi.

Pero fue solo un momento que el alma de Jerome se volvió al cuerpo para despedirse de la hija. En unos segundos la mirada del hombre se puso vidriosa. El cuerpo otra vez se aflojó. El alma de Jerome los miraba a los chicos de arriba, cada vez subiendo más alto. Hasta que Ela dejó de sentir su presencia.

## Capítulo 45

Ricchi se acercó a Ela. La despegó del cuerpo del padre. La levantó y la abrazó fuerte. Ela lloraba desconsoladamente. Lo abrazó a Ricchi, hundió su cara en el hombro del chico.

— Llévame de acá – pidió ella – lo más lejos posible. No quiero sufrir más. ¿Por qué no lo pude revivir? ¿Por qué su alma se fue? No me escuchó. ¿Por qué?

Ricchi suspiró. No se le ocurrían palabras consoladoras. Todo lo que pasó en los últimos días lo dejó con un agotamiento descomunal.

— Mi amor – dijo el chico. – Pasaron muchas cosas fuertes. Y siguen pasando. Tenemos que hacer un esfuerzo más. Así vamos a salir de esta pesadilla.

Ela asintió con la cabeza. Paró de llorar. Seguía sollozando.

— Vamos – dijo Ricchi. – Pronto tendremos más problemas acá.

Los chicos cargaron el cuerpo de Jerome en el asiento trasero del auto.

Ricchi se sentó al volante. Ela al lado de él.

La chica estaba con una mirada perdida. Revolvía la punta de la remera con los dedos. Parecía que todo este mundo perdió sentido para ella.

Ricchi arrancó el auto esperando que todavía sigue funcionando.

El motor rugió. Ricchi miró al retrovisor. Algo le llamó la atención.

El chico suspiró y apagó el motor.

— ¿Qué pasa? – preguntó Ela.

— Policías muertos.

Ricchi salió del auto y agarró el cuerpo del sargento para liberar el paso para el auto. Lo estaba arrastrando por el piso por encima de los vidrios rotos y la ropa tirada.

Ela salió del auto. Se acercó a Ricchi.

— ¿Quieres que te ayude?

— No. Puedo solo.

Pero Ela le tocó la mano como pidiendo apartarse. Ricchi la miró sorprendido.

— Vamos a ver si fueron muy lejos – dijo la chica.

De repente levantó la mirada. Se concentró en algo. Pegó un grito.

— ¡Vuélvanse! ¡Todos! ¡No es el tiempo! ¡Su lugar es todavía acá! ¡Dije todos! ¡Los están esperando en sus casas! – y agregó en voz baja – odio a estos bastardos.

Ela se sentía agotada. Miró alrededor y se sentó en un maniquí tirado.

En menos de un minuto los cuerpos de los policías empezaron a moverse. Uno, después otro, y otro.

Los cinco agentes se levantaron despacio es como después de dormir un rato largo. Se agarraban las cabezas. Miraban sorprendidos a los chicos y entre ellos. Nadie entendía lo que pasó.

— Me parece que te apuraste un poco, mi amor – dijo Ricchi. – ahora sí, nos van a matar.

Ela hizo un gesto como diciendo "no te preocupes".

Los policías empezaron a mirar a Ela con ojos raros. Estaban muy asustados.

Todos se quedaron quietos, mirándola sin saber que decir. Hasta que parecía que están esperando las órdenes.

"Que increíble" – pensó Ricchi – "mi chica, sí que es una reina."

— Fuera de acá – dijo Ela a los policías con la voz cansada.

En diez segundos los autos policiales chillando con los frenos desaparecieron a lo largo de la calle.

— Vamos – dijo Ricchi.

Los chicos subieron a auto de Jerome.

Ricchi se sentó al volante. Ela atrás agarrando la mano del padre.

El chico condujo despacio para salir de la tienda. En la calle eligió la dirección contraria adonde fueron los policías. Arrancó la marcha.

Las calles de Beltrama se estaban despertando. Muy despacio, como la salida del sol.

Ricchi no tenía idea adonde pueden ir y que próximo paso hacer.

Parece que la guerra todavía no terminó.

Ela se veía muy cansada. Miraba por la ventana observando las calles, tratando de encontrar algún culpable que los metió en este círculo cruel.

— Mi amor – dijo Ricchi a Ela – podemos revivir a tu padre. Con elixir.

Ela asintió.

— ¿Tienes hambre? – preguntó Ricchi.

Ela lo miró sorprendida. Pero al ver la sonrisa de Ricchi en el retrovisor, también sonrió.

— Me faltaría una hamburguesa – dijo la chica.

Ricchi suspiró fuerte. Los recuerdos le pegaron en la cabeza.

"Ahora con esos suspiros parezco a Jerome, cuando estaba manejando".

El chico pensó en el padre de Ela.

"Ojala que lo pudiéramos revivir" – pensó Ricchi – "y para eso necesitamos el elixir. ¿Dónde podremos conseguirlo?"

De repente Ricchi detuvo el auto. Después arrancó otra vez y lo llevó hasta la vereda para estacionar.

— ¿Qué pasa? – dijo Ela.

— Un momento. Mi amor. Se me ocurre algo.

Ricchi sacó el celular del bolsillo. Era celular de Brash, asistente de la doctora.

— ¿Qué vas a hacer? – preguntó Ela.

— Buscar a los "crimson".

— ¿Qué es esto?

Ricchi se dio vuelta y miró a Ela.

— Es la gente igual que tú.

Ela bajó la mirada. No sabía que responder. Pero entendió perfectamente de que se trata.

El chico prendió el celular y empezó a revisar los contactos.

"¿Entonces que tenemos acá?"

Los contactos eran comunes. Los nombres, teléfonos. Nada inusual. ¿Cómo encontrar acá a los verdaderos "crimson"?

"A ver. En la morgue yo mandé dos mensajes. Al primer contacto y al segundo. Y vino ayuda".

Los contactos no estaban ubicados por orden alfabético. Primer contacto se llamaba "Hilda".

Segundo – "Tom".

Uno de los dos.

Ricchi marcó el número del primer contacto.

Después de tres tonos lo atendió la voz de una mujer.

— ¿Hola?

— ¿Señora Hilda? – dijo Ricchi.

— ¡Equivocado! – lanzó la mujer y cortó.

"Claro" – pensó Ricchi – "ella vio el nombre del Brash en su celular. No iba a atenderlo. Ya se enteró de lo que pasó en el hospital".

Ricchi marcó el número del segundo contacto.

— ¿Hola? ¿Brash? – atendió la voz de hombre. Ricchi tenía sensación que conoce esta voz.

"Parece que en esta ciudad tengo más conocidos que en mi propia."

Tom parece que sabía un poco más del asunto.

Ricchi le contestó. Le explicó el asunto.

Después de una breve conversación se acordaron encontrarse en las afueras de la ciudad.

Y cuando los chicos llegaron al lugar indicado, vieron un auto al costado de la ruta y del auto salió un hombre que sin duda era Tom — Ricchi se acordó de donde lo conoce.

Era un hombre de unos treinta y pico de años. Era muy gordo. Era uno de los dos policías que llevaron a Ela al hospital de Beltrama después del accidente del tren. Y uno de los dos, asesinados por la doctora. Pero ahora estaba vivo y no tenía uniforme.

Tom se acercó. Miró a los chicos que permanecían en el auto. Reconoció a Ricchi.

— Hola chico – dijo Tom – ¿cómo has estado todo este tiempo?

## Capítulo 46

Ela y Ricchi salieron del auto.

El ex policía miró a la chica con interés como a una persona famosa.

— Me alegro señorita Dickens que pudo salvarse.

Miró adentro del auto. Vio el cuerpo de Jerome.

— ¿Es sénior Dickens, su padre? ¿Se desmayó?

— No — dijo Ela y limpió una lágrima.

— Entiendo — dijo Tom. — Si conseguiremos elixir, lo vamos a revivir. Es muy importante señorita Dickens que usted está con nosotros.

Ela lo miró con timidez.

— Por favor cuéntenos un poco que pasó. Todavía tenemos muchas preguntas.

— Está bien — dijo el hombre y sacó un cigarrillo.

— ¿Usted también es uno de los "crimson"?

Tom asintió.

Sonrió tristemente.

— Me mató la doctora — el hombre prendió cigarrillo — y después convirtió en...esto. Me reclutaron sin preguntarme, para los propios intereses de la doctora. Solo agarraron y metieron en este juego — el hombre tiró una nube blanca de humo. — Y ahora no me queda otra opción que obedecer las órdenes, si quiero estar vivo. Si no, me dejan sin elixir.

"Lo mismo que me paso a mí. A mí tampoco me preguntaron si quiero ser una "crimson"." — pensó Ela.

— Éramos dos — siguió ex policía. — yo y mi compañero. Y cuando nos resucitaron, nos dimos cuenta que estamos vivos, pero vivos en otro mundo. No podríamos ver a nuestros seres queridos. Para ellos estábamos muertos. Yo extraño mucho a mi mujer y no puedo verla. Trato de llevar esta vida adelante como puedo. Pero mi compañero no aguantó y fue a ver a su mujer y el hijo. ¿Se imaginan la escena? — Tom sonrió tristemente y tiró el cigarrillo. — Papa volvió del cementerio. Ricchi no quería imaginar cómo fue esto.

— Por supuesto la familia se quedó en shock, llamaron a la policía y mi compañero cayó en manos de Herbert.

"¡Dios mío!" — pensó Ricchi — "si después de la muerte tienes una vida, nunca será la misma."

— Y qué pasó con la señora Clemens? — preguntó Ricchi.

— ¿La doctora? No sé. — Tom hizo un gesto con los hombros. — Cuando atacamos el hospital, calculamos mal la táctica de la batalla. Las fuerzas de Herbert estaban ubicadas en puntos estratégicos. Ni si quiera pudimos enterar a la morgue. Probablemente nunca vamos a volver a ver a Elizabeth.

Tom otra vez sonrió tristemente.

— Yo tenía que disparar a mis ex compañeros. Que locura es todo esto.

Ricchi se apoyó en el capot del auto.

Ela estaba temblando de nervios.

— ¿Y qué hacemos ahora? — preguntó el chico.

El hombre suspiró.

— Tenemos que actuar rápido. Estamos sin elixir. Algunos de los "crimson" pueden morir ya hoy a la noche. Los policías descubrieron el laboratorio de la doctora que ella tenía en el sótano de su casa.

— ¿Y que, nadie más puede preparar el elixir?

— Lamentablemente no. Muchos intentaron, bajo supervisión de la doctora. Pero sus intentos los llevaron a la muerte definitiva. Este elixir es una cosa muy extraña. No sé qué poder tiene para obligar a un alma volverse al cuerpo.

— Entonces tenemos que buscar la receta, armar un laboratorio nuevo e intentar de vuelta — dijo Ela.

— Exactamente — contestó Tom — pero primero de todo necesitamos a usted, señorita Dickens.

— ¿Para qué? — preguntó Ela sorprendida.

El hombre sonrió.

— Lo que le digo ahora le parecerá extraño. Yo mismo no soy un partidario de las cosas antiguas. Pero algunos "crimson" dicen que es necesario para que todos obedezcan sus órdenes.

— ¿Pero qué es? — dijo Ela muy nerviosa.

El ex policía miró al cielo, suspiró y sacó otro cigarrillo.

— La coronación, señorita Dickens. La espera — la coronación.

Los ojos de los chicos se abrieron grandes.

## Capítulo 47

— No se asuste — dijo Tom — igual no tiene opción.

— ¿Y en que consiste la coronación? — preguntó Ela e instintivamente agarró a Ricchi de la mano. Ricchi apretó la mano de la chica.

— No sé — dijo Tom, movió el cigarrillo en la mano y de repente lo tiró al piso. — Dicen que es la primera vez que van a nombrar a una reina. Algunos viejos "crimson" escribieron un "estatuto sagrado". Allí están los detalles de la ceremonia.

— ¿Pero deme alguna idea! — Ela estaba desesperada.

— No tengo ninguna, señorita Dickens. Lo único que puedo decir que no será fácil. Para subir al trono tiene que pasar las pruebas. Son tres. Y tenga en cuenta que hay algunos "crimson" que no le desearán suerte. No quieren que aparezca una reina en el trono. Es la simple lucha por el poder. Ela asustada tapó la boca.

Ricchi abrazó a la chica de la cintura.

— ¿Podemos empezar a movernos? — dijo el chico. — Tenemos poco tiempo, ¿verdad?

— Si — dijo Tom — vamos al palacio.

— ¿Qué? — pregunto Ricchi.

— Al palacio — repitió el hombre.

— ¿Y dónde es esto? — dijo Ela. — No me acuerdo de ningún lugar en esta ciudad que podría asemejarse a un palacio.



Tom sonrió.

— Está bien escondido.

— ¿Dónde?

— En el cementerio.

— ¿Dónde?

— Usted me escuchó bien...abajo del cementerio.

"Es una ciudad de locos" – pensó Ricchi – "me gustaría despertarme y saber que todo ese horror solo estaba soñando".

Ricchi suspiró y miró a Ela.

— Vamos allá.

Tom subió a su auto. Ricchi y Ela al suyo. Ela otra vez se sentó atrás y tomó la mano de su padre.

El cuerpo de Jerome ya era de color gris oscuro.

Arrancaron los autos. Ex policía iba adelante guiando a Ricchi.

El día se hizo gris. Las nubes color plomo encerraron el sol.

Por el camino Ricchi estaba observando a Ela por el retrovisor. Ella estaba mirando por la ventana. Sin nada de emociones en la cara. Se le pasó el susto. Estaba resignada. Solo tenía una mirada vacía. Ninguno de los dos sabía que pasara en las próximas horas.

En un rato llegaron al cementerio.

"Otra vez este espantoso lugar" – pensó Ricchi y paró el auto tras Tom.

Salieron de los autos.

— ¿Mi padre? – dijo Ela a Tom.

— No se preocupe. Nos encargamos. Lo van a congelar hasta que consigamos el elixir.

Dame la llave del auto – dijo a Ricchi.

Ela frotó las manos por los hombros. Parecía que le dio frío solo al escuchar del congelador.

Caminaron hasta la entrada.

Al lado de una de las puertas estaba sentado un mendigo. Los miró con interés a los tres, se detuvo un rato en Ela y estiró la mano a Tom pidiendo limosna.

Sin detenerse Tom le tiró a la palma las llaves de los autos. El mendigo se levantó rápido, asintió la cabeza en un gesto de obediencia y se fue a los vehículos.

Tom y los chicos entraron al cementerio.

El lugar se veía muy tétrico por la iluminación que llegaba del cielo gris. Las tumbas, las cruces y las criptas guardaban silencio y secretos escondidos.

Ricchi se acordó la vez pasada que estuvo acá. Como durmió en un sepulcro. Se acordó cuando vio a Ela en la tumba.

Caminaron hasta el medio del cementerio.

— Llegamos — dijo Tom y se detuvo en frente de una cripta muy vieja. Era de dos puertas. En el techo tenía escultura de un ángel sentado que los miraba con sus ojos tapados de moho.

El hombre abrió la puerta adelante de Ela.

— Bienvenida al palacio de los "crimson".

Ela lo miró con resignación e hizo un paso adentro.

## Capítulo 48

Vieron un túnel con paredes de tierra que se hundía en la profundidad. Escalones de madera vieja y oscura los invitaban a bajarse.

Ela empezó a bajarse sosteniéndose de la pared. Pisaba con cuidado por los escalones crujientes. Tom y Ricchi la siguieron.

Más abajo ya no llegaba la luz de día pero aparecieron unos destellos de luz amarilla. Eran antorchas clavadas en las paredes. Las sombras de la gente empezaron a bailar alrededor. Escalera terminó unos diez metros más abajo. El túnel seguía como un pasillo con piso de empedrada.

De repente apareció un chico como de diez años. Tenía una remera y jeans. Estaba agitado. Los miró a los tres y detuvo mirada en Ela. Parecía asustado.

— Señorita Dickens. ¡La estamos esperando! ¡Sígueme por favor!

Todos lo siguieron al chico. A Ricchi los rasgos del niño le parecían familiares.

— ¿Quién es? – preguntó Ricchi a Tom mientras estaban caminando.

— Es el hijo del enfermero Brash, que era ayudante de la doctora.

"Probablemente Brash tampoco pudo salvarse de las manos de Herbert" – pensó Ricchi.

Seguían caminando a paso rápido haciendo los ecos que rebotaban por las paredes.

En poco tiempo llegaron al fin del túnel y se detuvieron delante de otra puerta de madera vieja y negra.

El niño dio unos golpes con el anillo oxidado colgado en la puerta.

La puerta se abrió de inmediato.

Todos entraron. Pasaron por un pasillo corto y llegaron a una sala en una cueva dentro de una roca. El lugar era del tamaño de media cancha de fútbol y unos cinco metros de altura.

La sala estaba llena de gente. Unas cien personas de todas las edades sentados pegados a las paredes. Desde los niños chicos hasta personas mayores. Estaban vestidos diferente. Desde la ropa moderna hasta unos simples baldaquines grises. Alrededor también había como veinte vigilantes, vestidos con ropa medieval. Estaban parados con espadas en las manos.

"¿Y este lugar lo llaman palacio?" — Pensó Ricchi — "Tanta decoración. Es para hacer una película. Realmente son unos locos".

Cuando Ela entró, todos los ojos se pusieron en ella. Por aire pasaron los susurros.

"¡Miren!"

"¡Es ella!"

"¡Es la futura reina!"

"¡Ojala que nos salva!"

Ela hizo un paso adelante y se detuvo.

Ricchi siguió observando el lugar.

En el techo estaba colgada una araña llena de antorchas. Las paredes estaban cubiertas con unos tapices enormes con dibujos antiguos mostrando distintos animales salvajes.

En el fondo de la sala en un lugar despejado estaba el trono. Se veía muy antiguo de madera roja con un respaldo muy alto, casi hasta el techo. En frente del trono había una mesita angosta cubierta de paño rojo. Sobre la mesa Ricchi vio una corona. Por lo que entendió era de oro, decorada con piedras preciosas.

En la sala se hizo silencio absoluto. Todos estaban mirando a Ela.  
"¿Y quién ahora va a dirigir el desfile?" – pensó Ricchi. – "Estamos perdiendo tiempo".  
De repente uno de los tapices se levantó y entraron tres hombres viejos vestidos con capas negras.  
Las capuchas tapaban las caras.  
Los tres hombres salieron al medio de la sala y se pararon mirando a Ela.  
Uno por uno quitaron las capuchas.  
Tom se ubicó atrás de Ricchi.  
— Son jueces – dijo ex policía en voz baja.  
Los dos de ellos eran desconocidos para Ricchi. Pero el tercero lo conocía demasiado bien.  
Era Edson. El viejo cuidador de la morgue que le dio a Ela un elixir falso.  
Ricchi miró directo a los ojos de este traidor.  
El viejo estiró su cuello de tortuga y sonrió al chico con falsedad.

## Capítulo 49

"¿Que hace acá este traidor?" – Pensó Ricchi con rabia – "¿Nadie sabe lo que hizo? Parece que está pasando algo muy malo en este lugar."  
El viejo del medio, que de cara parecía un avestruz, con labios finitos estirados también en una sonrisa hizo un paso adelante.  
— Bienvenida señorita Dickens.  
Ela asintió con la cabeza. Estaba muy nerviosa.  
— Mi nombre es Grulf. Estos son Edson y Rembly.  
Si Edson parecía una tortuga y Grulf a un avestruz – el tercer viejo era igual que un sapo. Petiso, gordo, con la boca grande y la cara llena de verrugas.  
— No vamos a perder el tiempo en las ceremonias innecesarias – dijo el "avestruz" — ¿Espero que usted sabe por qué está aquí?  
Ela asintió. Ricchi notó que las manos de la chica estaban temblando.  
— Entonces empecemos.  
Grulf aplaudió tres veces. Se abrió otro tapis. Salieron cuatro vigilantes. Sacaron una tarima con tres sillas y la dejaron al costado de la pared.  
Los viejos subieron a la tarima y se ubicaron en las sillas. "Avestruz" en el medio, otros dos a los costados.  
Apenas se quedó sentado, Grulf se levantó de vuelta.  
— ¡Que empiece la coronación!  
Toda la gente que estaba en la sala se quedó mirando a los jueces. Una tensión casi tangible voló por el aire.  
El "avestruz" se sentó y allí no más se levantó el "sapo".  
Salió al medio de la sala y levantó las manos pidiendo atención.  
Parecía que los jueces también estaban apurados.  
Ricchi y Tom se sentaron en el piso.

— Lo que no puedo entender — dijo Ricchi a Tom en voz baja — es ¿por qué perdemos el tiempo en eso si hay que buscar el elixir?

Tom suspiró.

— Ahora que la doctora no está el poder lo tienen los jueces. Y ellos quieren definir una autoridad para manipular la gente a través de ella. Sería la reina.

— ¿Pero ahora no tienen poder?

— Sí, pero la gente no les cree y además tiene odio. Poner una reina era la orden de la doctora. Los jueces no lo pueden impedir. Los últimos días sin la doctora fueron medio duros para todos. Gracias a la pésima arbitrariedad. Edson por ejemplo, está vivo solo por protección directa de Grulf.

— ¿Pero por qué dijiste que ellos no van a querer que Ela sea la reina?

Tom sonrió.

— ¿No entiendes? Porque el poder va a seguir en manos de ellos. Por eso van a hacer todo lo posible que la señorita Dickens rechaza el trono.

— ¿Y si no?

— Puede morir.

— ¿Entonces Ela no tiene opción?

— No sé. Vamos a ver de qué se tratan las pruebas para la futura reina.

Como consecuencia de las palabras de Tom, los vigilantes levantaron otro tapiz y arrastrando por el piso entraron otra tarima de madera. La ubicaron en el medio de la sala. Toda la gente empezó a susurrar asustada.

Ricchi se levantó de golpe. Sus ojos se quedaron abiertos. Él no podía creer lo veía.

Era un poste de madera envuelto con una soga. La parte de abajo estaba cubierta de leñas.

Todo estaba preparado para una ejecución con fuego.

## Capítulo 50

El "sapo" otra vez levantó las manos pidiendo atención.

— Pueblo "crimson". Hoy tenemos el privilegio de dar una oportunidad a la señorita Dickens de ser nuestra reina. Es un honor para nosotros tener una protectora de nuestra nación.

"¡Epa! ¿Los "crimson" ya son una nación?" — pensó Ricchi sarcásticamente.

Pero el sentido de humor se le fue después de próximas palabras del "sapo".

— Necesitamos que la reina sería nuestra defensora como fue nuestra madre Elizabeth Trenton que ya no está. Por eso hemos decidido con nuestro poder de jueces dar a la señorita Dickens la oportunidad de demostrar que puede ser nuestra reina y presentar un sacrificio como nuestra madre lo hizo por nosotros.

El "sapo" se acercó a Ela.

— La primera prueba consiste en pasar la purificación por el fuego. ¿Está usted preparada a subir a la hoguera?

La gente empezó a murmurar asustada.

Ela hizo un paso atrás. Las piernas temblaban. Le costaba mucho mantenerse de pie.

Ricchi se levantó de golpe.

"¿Qué carajo están haciendo estos viejos hijos de perra?"

El chico se acercó a Ela y la agarró de la mano.

— No hay tiempo para pensar – siguió el "sapo" con su voz ronca. – pronto vamos a morir todos.

Tome decisión señorita Dickens.

El viejo se dio vuelta y miró al "avestruz" y a Edson.

Ellos le dieron una señal.

Ela ya estaba temblando entera. Ella miró alrededor. No entendía que está pasando. ¿Por qué esta gente le desea muerte?

— Señorita Dickens. Estamos esperando. Tenga en cuenta que también tiene opción de rechazar el trono. Para eso solo pronuncia su rechazo delante de todos. Y el poder se quedara en las manos de los jueces, o sea nuestros.

Ela empezó a llorar. Las lágrimas se deslizaban por la cara.

En un momento ella miró a Ricchi pidiendo ayuda "¿qué hacer?"

— ¿Realmente quieres ser una reina? – preguntó Ricchi en voz baja.

— ¡No quiero nada! – dijo Ela con el nudo en la garganta. – es que si rechazo el trono, me van a matar igual. Y a ti también. Mi amor. ¿Qué podemos hacer?

La cabeza de Ricchi estaba por explotar buscando una solución. El sostenía a Ela de la cintura.

Por la espalda del chico corrían gotas de transpiración helada.

"¡Debe haber una solución! Hay algo raro en todo esto. Parece ilógico que para subir al trono la reina tiene que morir. Estos viejos tienen algo en la mente. ¿La van a resucitar después o que será? ¿Por qué nadie de todos que están acá pregunta lo mismo — cómo al trono va a subir una reina muerta? Los jueces saben algo que nosotros no sabemos. ¿Qué es? ¿Qué es, carajo? Si la van a quemar como a Elizabeth entonces..."

Una idea muy loca se le golpeó a Ricchi.

Allí estaba la solución. Solo había que acordar de Elizabeth.

— Ela – dijo Ricchi a la chica al oído. – no tengas miedo. Subí a la fogata.

Ela lo miró con ojos llenos del terror. Ricchi sonrió.

— Confía en mí. Y confía en Elizabeth Trenton.

Y en una voz aún más baja agregó – el elixir es muy frio. No te vas a quemar.

Ela apretó los dientes. Asintió con la cabeza. Sentía un poco de alivio.

— Gracias mi amor.

Pero confiar en una posible solución es una cosa, y subir a la fogata es otra.

Pero la chica era muy valiente.

Ella se tiró y abrazó a Ricchi muy fuerte.

— Perdóname mi amor que te metí en este horror – le dijo al oído. – Te amo mucho, ¿sabes?

Siempre te amaré.

— Yo también te amo.

Ela se dio vuelta y miró a todos.

— Acepto – dijo con la voz firme.

La gente otra vez empezó a murmurar.

— "¡La futura reina se sacrificará por nosotros!"

— "Es muy valiente".

Los tres jueces se miraron entre ellos sorprendidos. No esperaban esto.

El "avestruz" que dirigía la "fiesta" le hizo a Ela una señal a subir a la fogata.

Ela hizo unos pasos a la tarima. Del susto casi no podía caminar.  
Los vigilantes la ataron al poste. Uno de ellos sacó una antorcha de la pared a la acercó a las leñas.  
La madera seca aceptó el reto y en cuestión de segundos envolvió a la futura reina en llamas.  
Ela empezó a gritar asustada.  
Ricchi no lo pudo aguantar. Sin pensar corrió hacia la fogata.  
El "sapo" hizo una seña rápida a los vigilantes.  
Ellos lo agarraron al chico de los brazos. Tiraron al piso. Uno de ellos sacó la espada y le apretó a Ricchi contra la garganta.  
— ¡Bastardos!  
Los ojos del chico se llenaron de lágrimas al ver que las llamas cubren a Ela besándola con sus lenguas rojas.

## Capítulo 51

Ela no paraba de gritar. La primera prueba era bastante dura.  
El humo subía al techo bailando.  
Ricchi casi no podía ver nada, los ojos estaban tapados con lágrimas.  
El trató de liberarse de los vigilantes. Les dio unas patadas.  
Pero los guardias solo lo agarraron más fuerte y apretaron contra el piso.  
— Mejor que no te muevas – dijo uno de ellos. – tengo ordenes de cortarte la cabeza en caso de desobediencia.  
"¡Hijos de perra!" – pensó Ricchi. – "Malditos viejos, la doctora y todos los "crimson" juntos".  
De repente el "avestruz" se levantó e hizo una seña a los guardias.  
Ellos trajeron baldes de agua y en un par de minutos apagaron el fuego.  
El humo llenó la sala. Todos empezaron a toser. No se veía nada. Dos minutos más el humo se fue por completo.  
"Acá debe haber ventilación" – pensó Ricchi totalmente fuera de lugar. Y otro pensamiento no adecuado para la situación le cruzo por la cabeza – "Si alguien ahora pasaría al lado del cementerio, se caería muerto al ver una columna de humo saliendo del medio".  
Pero los ojos de Ricchi estaban puestos en Ela. Como también de todos los "crimson" en la sala.  
"¡Ella está viva!"  
"¡Resistió al fuego!"  
"Como Elizabeth Trenton".  
Los guardias le ayudaron a Ela bajarse del poste.  
Una mujer se levantó de golpe, sacó su capa y tapó a Ela.  
"Claro" – se dio cuenta Ricchi – "la ropa de Ela se quemó".  
La cara de la chica se veía toda negra tapada de hollín.

El pelo endurecido y levantado. Los ojos grandes del susto.

Pero Ela estaba viva.

Le acercaron una silla y la chica se sentó en el medio de la sala. Estaba agotada. Se acomodó la capa envolviéndose. Lo buscó a Ricchi con la mirada.

Los ojos de ellos se encontraron.

A Ela no le gustó la posición en que encontró a Ricchi bajo vigilancia y con espada en el cuello.

Ella apretó los labios y miró a los guardias enojada. Pero Ricchi le hizo seña tranquilizándola.

El "sapo" levantó las manos llamando la atención.

Todos dejaron de hablar y lo miraron.

— Pueblo "crimson" – empezó el "sapo" su discurso. – Todos ustedes son testigos que la señorita Dickens pasó la primera prueba. Esto quiere decir que...

— ¡No tenemos tiempo para todo esto! – Dijo "avestruz" – pasamos a la segunda prueba.

El "sapo" bajó la cabeza obedeciendo y tomó su lugar en la tarima de los jueces.

Se levantó Edson.

Salió en el medio de la sala.

Todos lo miraban expectantes.

— Pueblo "crimson" – empezó Edson estirando su cuello de tortuga. – Recién vimos una demostración del pasado, que nuestra madre aguantó. Así como lo hizo la señorita Dickens.

Edson miró a Ela. Ela miró al viejo y apretó los puños.

"¿Que van a inventar ahora?"

— Si la primera prueba fue una demostración del pasado, — siguió Edson — la segunda nos va a demostrar el presente. En nuestro tiempo los enemigos ya no tratan de matarnos con el fuego, sino tienen otro método.

Al escuchar eso, Ricchi empezó a sentir náuseas.

"Por favor que no sea lo que yo pienso".

Pero era justo lo que el temía tanto.

Por la orden de Edson, los guardias sacaron al medio de la sala y ubicaron justo en frente de Ela una especie de bañera de plástico bastante grande como para meter una persona adulta.

Después trajeron una docena de bidones con un líquido verde, tan familiar a Ricchi, y empezaron a llenar la bañera con cuidado para no salpicar a ellos.

Ricchi miraba al brillo del líquido en la luz de las antorchas.

"¡Dios! Del ácido Ela sí que no puede salir viva".

## Capítulo 52

Edson estiró su cuello de tortuga.

— En la segunda prueba, la futura reina nos tiene que demostrar que está dispuesta a presentar un sacrificio por su pueblo. Que será nuestra madre y nos va a proteger.

El viejo miró a Ela.

— Señorita Dickens, ¿usted está dispuesta sacrificar por sus leales un miembro de su cuerpo?

Todos que estaban en la sala soltaron un jadeo.

Ricchi rugió como un animal. Sus ojos se llenaron de sangre.

"¡Hijos de perra! ¡No tienen escrúpulos!"

Ela tapó la cara con una mano. Con la otra estaba sosteniendo la capa para taparse.

Ricchi desesperado miró alrededor como buscando ayuda.

"¡No puede ser que nadie hace nada para meter a esos bastardos a este mismo acido!"

Los hombros de Ela empezaron a temblar. La chica largó un llanto.

Para meterle más presión a Ela, Edson sonrió.

— Fíjese señorita que no aceptaremos un dedo meñique.

Ricchi se movió y crujió los dientes. La espada del guardia también se movió y le lastimo la "manzana de Adán".

De repente Ricchi vio que ex policía, el gordo Tom se levantó.

Hizo unos pasos al centro de la sala.

— Señores jueces – dijo Tom, su voz temblaba de la rabia. – Me parece que hay que considerar que la señorita Dickens no está en condiciones de tomar una decisión de esta magnitud.

El "avestruz" frunció las cejas y lo miró como a un bicho asqueroso.

— ¿Lo puede explicar? ¿De qué condiciones habla? No tenemos tiempo para pasar la coronación para el otro día.

— Solo dijo – contestó Tom, — que la señorita Dickens se siente incómoda sin ropa. No se puede tratar así a la futura reina del pueblo "crimson".

Ricchi lo miró al policía sorprendido.

"¿A dónde quiere llegar?"

— Les pido permiso a preparar a la señorita Dickens para la segunda prueba. Si ella la decide aceptarla.

— ¿Qué quiere hacer? – preguntaron los tres jueces casi al mismo tiempo.

— Buscarle la ropa.

Ela levantó la mirada y lo miró a Tom sorprendida.

Pero el hombre sin prestar mucho la atención al estado de ella, se acercó y la levantó del brazo. El gesto le salió algo duro. Estaba acostumbrado de tratar así a los delincuentes.

— Vamos, señorita.

Ela obedeció. Algo le decía que él no es su enemigo.

Los dos salieron de la sala por una de las puertas tapadas con tapis.

Todos se quedaron expectantes.

En menos de cinco minutos el tapis se levantó de vuelta y entraron Tom y Ela. El hombre ya no la llevaba del brazo. Ella caminaba sola al lado de él.

Tenía puesto un jean y una remera de manga corta. Estaba descalza.

La chica todavía estaba nerviosa, pero tenía mirada más firme. Estaba más decidida.

— Elijo la prueba. No voy a rechazar el trono.

La gente empezó a murmurar.

Ela miró a todos. Detuvo su mirada en Ricchi. Le sonrió tristemente.

Movió los labios diciendo "Te amo" silenciosamente.

Ela suspiró. Las palabras no llegaban fácilmente.

— Voy a sacrificar mi brazo.

— ¡Ela no! – gritó Ricchi.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Ricchi.

Él no podía creer en la crueldad de los jueces y el pueblo "crimson".



Nadie dijo nada. ¿Sera que todos dependían del "elixir"?  
Ricchi no imaginada a Ela sin un brazo.  
"No quiero vivir" – pensó Ricchi y cerró los ojos.  
Ela apretó los dientes.  
Espacio se acercó a la bañera y muy espacio hundió su brazo derecho en el ácido hasta el hombro.  
Un suspiro salió de cada persona que estaba en la sala. Las llamas de las antorchas se movieron haciendo bailar las sombras.  
El ácido alrededor del brazo de Ela empezó largar vapor que subía en una danza macabra.

### Capítulo 53

Todos de la sala se levantaron desesperados para ver mejor.  
Ricchi sabía que Ela no siente dolor pero no aguantaba que la chica se quedaría sin un brazo.  
Pasaron unos minutos.  
Los jueces la miraban a Ela muy sorprendidos. No podían entender de donde ella saca tanta valentía. Por qué necesita este trono y lucha por él.  
— ¿Ahora me creen? – al fin gritó Ela a los jueces.  
Edson se sentía perdido, lo miró a "avestruz".  
El juez principal dio señal a la chica que ya basta.  
Supuestamente el brazo de Ela ya estaría comido por el ácido hambriento.  
Ela suspiró con alivio y espacio empezó a sacar el brazo.  
Todos estiraron los cuellos para ver mejor.  
Ricchi tenía miedo de mirar. No quería ver los restos.  
Pero el brazo de Ela estaba intacto. Estaba verde. Cubierto de ácido. El líquido chorreaba al piso dejando charcos que trataban de comer a la tierra.  
Todos se quedaron asombrados y empezaron a murmurar.  
"La reina es muy valiente."  
"El ácido no la afecta."  
"Podemos sobrevivir."  
"La reina nos va a salvar."  
Tom rápido se acercó a Ela y envolvió el brazo de la chica con su saco. La tela no aguantó mucho.  
En unos segundos empezó despeluzarse y caer al piso a pedazos.  
— ¿Le pueden traer agua? – dijo Tom.  
Los vigilantes corriendo trajeron un balde de agua.  
— Ponga la mano – dijo Tom a Ela y le empezó a echar agua sobre el brazo.  
El ácido resistía. Largaba vapor.  
Tom pidió una capa de una señora y otra vez envolvió el brazo de Ela secándolo como con una toalla. Al terminar la miró a Ela contento.  
La chica lo miró agradecida.  
Los jueces parecían perdidos.

— Nunca vi algo así – dijo el vigilante que sostenía la espada en cuello de Ricchi.  
Ricchi lo miró enojado.

— No puedo respirar – dijo al vigilante.

— Disculpa.

El hombre apartó la espada del cuello de Ricchi.

El chico se levantó y corrió hacia Ela.

— ¡Ela, mi amor!

— ¡Ricchi! – Ela lo abrazó con una sola mano y escondió la cara en su hombro como hacia siempre.

— ¡Yo tenía tanto miedo! – dijo Ela llorando.

— Yo sé. Y yo tenía miedo por ti.

Ricchi miró a los jueces a reojo.

— ¿Pero cómo lo hiciste? – preguntó a Ela en voz baja.

Ela sonrió apenas.

— Tom me ayudó.

— ¿Pero cómo?

— Ricchi. ¿Te acuerdas el guante de la doctora? Debes saberlo. Tom me contó.

Ricchi también sonrió.

Se acordó que en la comisaria donde Ricchi fue con abogado y padre de Ela, la doctora les mostró que tenía una protección de piel que no permitía detectar la temperatura fría del cuerpo de los "crimson". Es allí cuando ella cortó la piel sintética y lo sacó como un guante.

"La doctora con ese invento nos salvó una vez más".

Ricchi se dio vuelta y lo miró a Tom.

El gordo ex policía le sonrió a Ricchi mientras escondía el pedazo de tela con cual seco el brazo de la chica tras él.

"Seguro que adentro tiene el bendito guante." – pensó Ricchi.

De los pensamientos lo sacó la voz del juez principal – el "avestruz".

— Me alegro señorita Dickens que usted está de pie a pesar las pruebas que nosotros considerábamos justas para ver mejor el poder y valentía de una señorita que va a tener un pueblo tan especial como nosotros los "crimson". Por eso vamos a pasar a la tercera prueba.

"¡Dios!" – Pensó Ricchi – "falta una más. ¿Qué van a inventar ahora?"

Ela también se acordó que las pruebas no se terminaron y empezó a temblar.

Ahora Ricchi estaba asustado todavía más.

"Es la última prueba. La última oportunidad de los jueces de sostener el trono en sus manos. No me quiero imaginar que van a hacer ahora."

El "avestruz" se levantó despacio. Caminó al medio de la sala.

Del cinto sacó una daga. Parecía un cuchillo muy antiguo. El filo brillaba en la luz de las antorchas.

— Pueblo "crimson" – dijo el juez con ojos como dos hendiduras.

Toda la gente se sentó y lo miró con mucha atención.

— Queda una sola prueba. Como hablábamos anteriormente la primera prueba representaba el pasado. La segunda el presente. Y la tercera prueba nos tiene que denostar el futuro. Un futuro que el reino necesita.

El juez levantó la daga.

— Por eso, la futura reina de este pueblo, tiene que abstenerse de todos los afectos terrenales que

pueden afectar sus decisiones en el reinado. ¡Así puede juzgar con corazón frío!  
El juez se estaba acercando a Ela y Ricchi con la daga en lo alto.  
Todos se quedaron como congelados esperando el próximo paso del juez.  
Una sensación muy fea le golpeo al corazón de Ricchi.  
El apretó la mano de Ela e hizo un paso adelante para protegerla de cualquier ataque.  
— Ninguna persona tiene que tener preferencia para la reina en ningún sentido. Solo la justicia estará en el corazón de ella. ¡Igual para todos!  
El juez se paró en frente de Ela y Ricchi.  
— ¡Nadie es mayor que otros! – gritó el "avestruz".  
Ricchi no entendía adónde va este maldito. La mente de Ricchi se nublo. Solo tenía en cuenta que tiene que proteger a Ela.  
Pero el juez no tenía intenciones de dañar a la futura reina. Por lo menos físicamente. Quería quebrantarla emocionalmente. Dejarla sin aliento y sin ganas de vivir.  
Con un gestó brusco el juez estiro la mano como una ráfaga y clavó la daga en el pecho de Ricchi.  
Todos jadearon.  
Ricchi sintió el crujido de los huesos.  
Después vio la manija de la daga en su pecho. Vio la sangre que disparó como una fuente. Sintió un dolor intenso en todo el cuerpo. Las piernas se aflojaron.  
El chico miró a Ela y empezó a caer.  
El mundo alrededor se fundió en rojo, después en gris.  
Lo último que sintió fueron brazos de Ela tratando de sostenerlo.  
Escuchó el grito de ella.  
— ¡RICCHI, NO—O—O—O!  
Ricchi sintió fuertes nauseas.  
Después tenía sensación que alquilen le tapó los ojos con un telón negro. Y allí su vida se apagó.

## Capítulo 54

"Tengo mucho frío".  
"El hielo está en mis huesos".  
"Tengo mucha sed".  
"Veo el sol. Es solo una pequeña estrellita como una lamparita led".  
"¡Que dejen llenar mi cabeza de plomo! ¡Ya no la puedo levantar!"  
"Agua. Quiero tomar un poco de agua".  
"Ela".  
"¿Ela?"  
"¡ELA—A—A—A—A—A!"  
Ricchi abrió los ojos. Muy despacio. Milímetro a milímetro.  
El "sol", la estrellita led que lo miraba del techo, le guiñó.  
Ricchi sintió algo muy frío en la frente. Es una mano. Muy fría.  
"¿De quién será?"  
La luz se tapó con una sombra.

Ricchi vio los ojos de Ela mirándolo. Llenos de lágrimas.  
— Ela – dijo Ricchi en voz baja y sonrió.  
— Hola mi amor – dijo Ela y también le sonrió secando las lágrimas.  
La chica se agachó y le dio un beso.  
— ¿Dónde estoy? – preguntó Ricchi.  
— Por ahora en el palacio. Después te llevo al hospital.  
Ricchi levantó la mano. Le tocó la mejilla a Ela.  
Sintió un fuerte dolor en el pecho.  
— ¡Ahh!  
Ela le agarró de la mano.  
— No te muevas, mi amor. Todavía el calmante no te hizo efecto.  
Ricchi bajó la mirada. Vio una venda en su pecho con una mancha roja en el medio.  
De repente Ricchi se acordó de todo lo que pasó.  
— ¡Ela! ¿Cómo estás tú? ¿Qué pasó con todo? ¿Qué te hicieron?  
Ela le acarició la cabeza con su mano helada.  
— No te preocupes, mi amor. Todo salió bien. Las pruebas terminaron.  
— ¿Terminaron? ¿Pero de que se trataba la tercera prueba después que este bastardo me sacó de encima?  
Ela sonrió tristemente.  
— ¿No entendiste, mi amor? Tú eras la tercera prueba. Ellos quisieron matarte para destruirme a mí.  
— Ahora entiendo. Menos mal que sobreviví.  
Ela lo miró con tristeza en los ojos.  
— No pudiste sobrevivir. Nadie puede quedarse vivo con un cuchillo en el pecho. Tu moriste, mi amor.  
Un pensamiento escalofriante le golpeó la cabeza al chico.  
"¡Dios! ¡Por favor no!"  
— Ela. ¿Por qué ahora me siento vivo? ¿Me pusiste el elixir? ¿Ahora soy un "crimson"?  
Ela sonrió. Le dio un beso.  
— Ricchi. La vida de los "crimson" es muy sacrificada y peligrosa. Nunca te desearía algo así. Solo llamé a tu alma. La clamé volverse. Y ahora estas acá conmigo.  
— ¿Hiciste algo que no salió con tu padre?  
Ela miró abajo acordando de su padre. Suspiró.  
— Sí, mi amor. Ésta vez pude hacerlo. Tu alma me escuchó y se volvió.  
Recién ahora Ricchi vio un brillo en los hombros de Ela. Y también en las manos. Ela tenía puesto el vestido de reina decorado con telas doradas y plateadas.  
— ¿Ya eres reina? – dijo Ricchi asombrado.  
Ela quiso contestar pero en el fondo de habitación se abrió una puerta.  
— Señorita Dickens, la esperan para la coronación — se escuchó la voz de un chico.  
— En un rato voy – contestó Ela y miró a Ricchi.  
La chica suspiró.  
— Me espera mi reino. Ahora me van a poner la corona – dijo ella en voz baja.  
Ricchi no quería soltar la mano de Ela. Se notaba que ella está nerviosa a cargar una tremenda responsabilidad. De la vida de los muertos.  
— No te caigas, — dijo Ricchi. — En todo momento estaré contigo.

— Yo sé, mi amor.

Ela lo abrazó con cuidado y le dio un beso.

— Ela. ¿Y el elixir? – de repente se acordó Ricchi.

De repente pensó que Ela y todos los "crimson" corren riesgo. En unas horas pueden morir.

Ela sonrió.

— No te preocupes Ricchi. Descubrimos un depósito pequeño que tenía la doctora. Ya fueron a buscar el elixir escondido allí. No es mucho, pero nos va a dar dos días más.

Ela se levantó.

— Trata de descansar, mi amor. Ahora envié a alguien a cuidarte.

— Te espero.

Se miraron una vez más con ojos llenos de amor.

Ela se dio vuelta y salió de la habitación.

Ricchi pensó que por última vez la vio como una chica. La próxima vez se va a encontrar con una reina. La Reina de los muertos. La Reina del cementerio.

Él no podía imaginar cómo sería su propia vida de acá en adelante. No sabía ¿qué se siente de amar a una reina? ¿Qué otras pruebas va a tener que aguantar el amor de ellos dos?

Pero en lo que estaba seguro, es que el amor que tienen ellos dos, es más fuerte que la muerte. Que ya la venció a la muerte en varias oportunidades.

Alquilen golpeó la puerta.

— Entre – dijo Ricchi.

La puerta se abrió. Entró una chica de unos trece años. Tenía un vestido de estilo antiguo y la cara pálida.

La chica se detuvo en la puerta.

— ¿En qué puedo ayudarle? – preguntó la chica.

— Por favor tráeme un poco de agua – dijo Ricchi y cerró los ojos.

De lejos se escuchó la música y un coro cantando alabanza.

Empezó una nueva etapa de la vida.

**FIN**